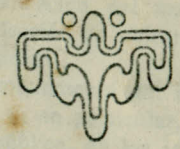
M. VINCENZI

CRITICA TRASCENDENTAL



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
BIBLIOTECA

1920
IMPRENTA MARIA V. DE LINES
SAN JOSE DE COSTA RICA

Llamamiento

Al Gobierno Constitucional de la República; a las Juntas de Educación e Inspectores y Directores de Escuelas; a las Municipalidades; al Comercio, y, en general, a la sociedad costarricense.

Señores representantes de las corporaciones indicadas:

Con la publicación de este libro se propone el "Círculo intelectual editor" que represento, contribuir a alzar la estatua que debe el pueblo de Costa Rica a Marcelino García Flamenco, quemado vivo por las huestes tinoquistas en los campos de batalla. García Flamenco es, en la historia de Costa Rica, el símbolo del Magisterio Nacional, el símbolo de la rebelión ilustrada, la verdadera idealización del maestro patriota y nobilísimo que dió la mayor lección de cultura con su cuerpo en llamas y su protesta encendida.

Contribuir para el monumento del héroe es obligación moral de los costarricenses y, en particular, del Gobierno y el Personal Docente de la República, de los jefes de toda corporación noblemente estatuida.

El patriotismo nos une a todos en la admiración y gratificación del héroe, de este hermoso símbolo del Magisterio Nacional.

MARCO A. ZUMBADO.

NOTA.—Todo pedido de libros debe dirigirse a la Imprenta Lines y a los directores de escuela que deseen ayudar, con su propaganda, en la construcción del monumento, y cuya lista se publicará oportunamente en los periódicos de mayor circulación. Se ruega enviar los fondos por correo certificado y con la anticipación conveniente.

Marcelino García Flamenco

Es el héroe. Sereno, desconocedor del miedo, como Sigfrid; sin esperar nada, a no ser la satisfacción interior, que es un sol de gloria y de paz; sin oír los murmullos del interés personal, sino solamente la voz clara y breve de su yo interno, fue al sacrificio, no como un cordero, pues era simplemente un hombre, sino como un león.

La muerte husmeaba por ahí. Pudo ésta no haberlo advertido; pudo él haberse ocultado para huír de su rigor; pero la llamó a voces, con hambre de ella, para completar su apoteosis. Porque la miseria humana es tan grande, que sólo la muerte confiere la gloria. Viva uno y las pasiones vociferan y aúllan; muera uno, y, como ya no puede hacer sombra a nadie, la gloria llega.

Desde los comienzos de la odisea él fué uno de los escogidos; no porque lo llamaran, sino porque él fué: fué hacia ella, no en demanda de oro, ni siquiera de honores, sino guiado por una luz etérea, inmaterial, que le llenaba el alma.

Disgustado de ciertas cosas , varias veces quiso abandonar el campo; porque él ansiaba que en todos sus compañeros ondease el mismo mar de fuerzas superiores que lo agitaba a él. Y no era así. Pero a la primera observación, se sometía de nuevo y el rifle glorioso volvía a brillar en su mano férrea.

Murió en La Cruz. Allí yacen sus restos, refrescados por la brisa acariciadora del mar.

Nació en El Salvador. Allí se meció su cuna, entibiada por el más puro calor tropical.

¡El Salvador y La Cruz! Dos nombres simbólicos.

Si Costa Rica no se apresura a copiar en bronce las facciones inmortales del héroe, Costa Rica no merecería tamaña abnegación.

¡Adelante costarricenses! García Flamenco pide a gritos un bronce. Un bronce nada más. Un bronce que sea para el alma nacional lo que la estrella de Belén fué para los Reyes Magos!

J. A. G.

Nota. — El señor Presidente de la República, don Julio Acosta García, solicitado por el "Círculo Intelectual Editor" para que escribiese algo con oportunidad de la publicación de este volumen, a beneficio de Marcelino García Flamenco, envía este bello fragmento, que es un patriótico llamamiento al pueblo de Costa Rica para que se realice un acto de gratitud nacional. La Escuela de Costa Rica, en particular, sabrá contestar este vibrante llamamiento.

ALGUNOS JUICIOS CRITICOS SOBRE M. VINCENZI

(RECOGIDOS POR MARCO A. ZUMBADO)

JUICIOS DEL EXTRANJERO

Sobre "Principios de Crítica".

"En cuanto a usted, nos presta un servicio valioso, revelándonos a nosotros mismos, tan desatentos, de cuánto somos capaces. — Y otro: elevar la crítica a la categoría de ciencia.—"

Su muy atto.

A. MASFERRER.

Sobre "Mis primeros ensayos".

"También supongo que debo a la influencia de usted el envío del señor Vincenzi; me parece que sus aforismos representan un esfuerzo muy sincero para pensar el mundo; esfuerzo personal, aunque, al serlo, se repitan o vuelvan a cruzar los caminos cruzados por otros; porque sólo así llegamos a conocer los caminos del pensamiento y a hacerlos nuestros".

De una carta de Pedro Hernández Ureña al editor Joaquín García Monge (Copia de Rómulo Tovar).

Señor don Moisés Vincenzi.

San José de Costa Rica.

Muy distinguido señor:

Gracias por el envío de su lindo libro "Aticismos Tropicales". Me ha recordado mucho los "Pájaros perdidos" del gran poeta Tagore. Hace sentir y pensar; sobre todo a nosotros los de esta bella y poco venturosa América intertropical.

De usted con grande estimación,

ENRIQUE JOSE VARONA.

Sobre "Principios de Crítica".

"En un estilo elegante y sencillo, acertado en los juicios, que desarrolla hábilmente, se suceden las líneas sin permitir al lector caiga en el hastío a que lo suelen llevar fácilmente críticos dogmáticos y biógrafos superficiales. Los problemas filosóficos que plantea los resuelve con acertadas deducciones silogísticas".

EUGENIO GONZALEZ.

(Cop. de Julio F. Ugalde).

Madrid, 13 de agosto de 1919.

"Asocia usted mis pobres palabras a sus "Aticismos Tropicales cuya 2a. edic. llega a mis manos como una gratísima sorpresa. Gracias por esta prenda de amistad y de confianza. ¡Si supiera usted a lo que saben, cuando uno vive lejos de su América, estos saludos, estas memorias! Después sigue uno con más fe su camino. —He visto con gusto la mención de Vasconcelos".

ALFONSO REYES.

"Hoy he recibido en el mismo paquete un opúsculo de usted, que merece leerse despacio, y un drama del señor Francisco Soler. Quedo a usted muy agradecido por el envío de su "Paulino y Suetonio" y de "El último madrigal", que me parece escrito con un estilo muy terso y elegante".

Soy su más atto. s.,

ENRIQUE JOSE VARONA.

—

"Mi distinguido y fino amigo: Ayer recibí su interesante librito "Aticismos tropicales" y crea que le he agradecido nuevamente esta prueba de atención que usted, por su bondad, me dispensa. Siempre leo con mucho gusto lo que usted escribe".

J. M. DIHIGO.

"Señor don M. Vincenzi.

San José, Costa Rica.

Distinguido y estimado señor:

Tengo gran placer en acusar recibo de su primoroso librito, titulado *Aticismos tropicales*. Le felicito por obra tan bonita, y sé que tendré sumo interés en leerla con detención.

Estoy sumamente agradecido que me haya incluido en las personas que honrara usted con el obsequio de su libro, y esperando tener el gusto de mencionarlo en *Inter-América,* me honro subscribiéndome atento y obsecuente servidor suyo,

PETER H. GOLDSMITH.

Director y Redactor de "Inter-América".

"Leí su *Paulino y Suetonio* junto al mar. Fue en días en que —sin discípulo— había entablado un diálogo conmigo mismo. En la soledad de una playa distante, leía a los desprestigiados y desconocidos escolásicos y su sutilidad de razonar me era grata. Junto a las ondas crespas me repetía su latín móvil. Oh. Roban—Mour! (Si res predicatur, res dicitur; si res dicitur res enunciatur; si res enunciatur, res profertur. Sed res proferi non potest...) y veía constelarse el cielo tendido en la arena. Y el rumor del agua y mi balbucear latín tenían ritmos iguales.

"Metafísica de la unidad". Leo, leo, leo, leo aún...

Paulino habla: "No encuentro otra cosa mejor que especular y por eso me ejercito en la especulación. ¿Quién me inculpará?"

Especular! Hablarse! Junto al mar, con los escolásticos en la mano, he sentido toda la belleza de esta divagación sin fin...

Tal vez nuestros diálogos, amigo Vincenzi —usted maestro, yo discípulo,— constituirían sistemas distintos, llegarían a fugaces conclusiones antagónicas. Qué importaría! Pero como Paulino y Suetonio amaríamos sentir la belleza plena del dialogar deslizándonos por el agua tranquila de un lago; en una montaña de suave ondulación, junto a una parlera fuente; en un jardín de altos cipreses y blancas estatuas.

Sí; por caminos varios aprenderíamos a dar infinito significado a la palabra *infinito*. Alcanzaríamos la plenitud de la belleza pudiendo divagar mientras nos sintiéramos, en el paisaje, almas.

La trascendencia del diálogo no radicaría en la explicación, radicaría en el esfuerzo de desprendernos y ascender; en el olvido que representa lanzar la palabra en los espacios, libertándola de toda cosa común y de toda esclavitud cotidiana.

"Paulino y Suetonio" es de lo suyo que he leído lo que me ha causado más impresión. El poeta de "Aticismos tropicales" vuela tan alto!

Mándeme más cosas. Escríbame. Mande para *Voces* algo. De tierra a tierra, con mar entre nosotros, puede entablarse un

diálogo de distancias. Volveré a la playa benigna a seguir mi lectura de los escolásticos. No olvidaré a Paulino y a Suetonio".

RAMON VINYES.

Paulino y Suetonio, por M. Vincenzi. San José, Costa Rica.— En este bien pensado y bien escrito diálogo resplandecen cualidades sobresalientes de un pensador avezado a caminar con pie seguro por el espinoso campo de las más sutiles abstracciones metafísicas. En sus valiosos trabajos de este género, no incurre, como la inmensa mayoría, en frecuentes citas de autores renombrados, para robustecer y dar mayor autoridad a sus propias disquisiciones. Aborda los más altos y difíciles temas filosóficos confiado en sus propios recursos mentales, aunque no pueda, ni creo que lo pretenda, revestir su pensamiento discursivo de una *completa* originalidad en asuntos, como estos, ya tratados con harta frecuencia. No amengua con esto nada el mérito intrínseco de su trabajo, pues se ve, desde el primer momento, que en M. Vincenzi hay un criterio personal, propio, muy depurado por medio de una observación discreta y reflexiva de las cosas que trata de interpretar o de explicarse". Etc.

"Estas disertaciones metafísicas están escritas en un estilo claro, conciso, de verdadera precisión lógica, que hace fácil y agradable su lectura".

FED. GARCIA GODOY.

"Hemos recibido con atentas dedicatorias, que agradecemos, los libros "Aticismos tropicales" y "Valores fundamentales de la razón", escritos por el ya reputado filósofo costarricense don M. Vincenzi".

De "Los domingos", Managua, Nicaragua.

"Quedaré yo en vuestro predio, prisionero de vuestra acienciada disciplina que recorta y pule el tropicalismo de nuestras tierras?

Escribidme. Os aguardo. "Voces" os aguarda. Vuestra palabra no se perderá. La rectitud de vuestra ciencia irá bien a mi juventud revuelta".

De una carta de Ramón Vinyes a M. Vincenzi.

De la revista *Atlántida*. La Ceiba, Honduras. "Doctor Salvador Lejarza y Lic. Francisco Lagos Cházaro".

"Desde la presente edición empezaremos a publicar en nuestro semanario los "Aticismos tropicales", del escritor M. Vincenzi..," etc.

"El librito en referencia es un riquísimo joyel, todo incrustado de piedras preciosas..," etc.

"Los "Aticismos tropicales" son dignos de ser leídos y recortados por todos los amantes de la literatura y de las piedras preciosas, como en síntesis son los fragmentos del galano escritor Vincenzi".

De "Nuestra América". República Argentina. "Vincenzi es un poeta de alma oriental. Sus pupilas son sensibles al color y su alma a las emociones sencillas. Con esas virtudes borda poemitas sintéticos en prosa dulce y un tanto rebelde a reglas gramaticales. La hace así, de intento, y para expresar, con toda fuerza, las exquisiteces de su psiquis.

Vincenzi es un feliz miniaturista. Cada párrafo es un cuadro".

"Paulino y Suetonio". Para juzgarlo necesitaríamos mayor espacio de tiempo del que disponemos. Es un diálogo filosófico, que acusa vasta erudición..," etc.

De "La Tribuna", Asunción, Paraguay. "M. Vincenzi, profundo y original escritor centroamericano".

"Señor don M. Vincenzi. Etc.

Muy distinguido amigo:

Perdone usted que conteste con tanta tardanza el envío de sus preciosos opúsculos. He estado muy enfermo, durante más de un mes, y le escribo a usted el mismo día en que he podido abandonar la cama.

Hacía tiempo que conocía sus escritos. En mis pláticas con Alfonso Reyes, un amigo incomparable, su nombre de usted aparecía con frecuencia. Admiraba en usted la seriedad, la nobleza del pensamiento, la inquietud renovadora y el arte fino, delicado, del escritor. Por eso recuerdo íntimamente el recuerdo de sus libros". Etc.

Mándeme, así, como amigo de largos años y se lo agradecerá su admirador devotísimo.

JOSE Ma. CHACON Y CALVO.

"Gracias por el envío de sus "Valores fundamentales de la razón" y "Aticismos tropicales", que he leído con el interés que presto a todos los otros de los americanos. He gustado de su estilo limpio y lírico, hondo y suave. Hay en usted un pájaro azul que bate alas en una jaula de oro.

Seguiré con simpatía su obra futura. Ya hablaré de usted. Un apretón de manos cordiales".

BARTOLOME GALINDEZ.

"A la gentileza de la dirección de "Athenea" enviándome el diálogo "Paulino y Suetonio", y a la suya, ofreciéndome los "Valores fundamentales de la razón" y los "Aticismos tropicales", debo las horas largas de placer intelectual que pasé el domingo último.

Leí sus obras y las gusté, tanto por la alta orientación filosófica de su espíritu, como también por la forma tersa de su contextura artística.

Desde luego, al leer el primero de los folletos tuve una agradable impresión de estar en contacto con un talento superior, auxiliado por una hermosa aprehensión que necesita la verdadera filosofía moderna, y más fortalecí esta opinión cuando asimilé los conceptos de los dos últimos, verdaderas joyas de la actual literatura científica de América Central".

AUGUSTO DE AZEVEDO.
Brasil.

(Versión del portugués).

"Paulino y Suetonio" es lo mejor que he leído de Centro América".

M. MAUNCLAIR

De "Revista Francesa".

"Mi querido Vincenzi:

Sus "Valores fundamentales de la razón" me recuerdan las cálidas páginas puristas de Kant, el mayor metafísico de Alemania. Lo creí nitzscheano en la segunda serie de sus ensayos y ahora es usted coherente hasta el extremo, pesado y duro. ¿Cuántos se habrán engañado encasillándole a usted? Cada vez me convenzo con mayor alegría de su originalísima personalidad literaria y filosófica. Y me pregunto: ¿le estimarán mucho en su país?"

ADOLFO DURAN.

JUICIOS DE ESCRITORES NACIONALES

De "Athenea":

"Hemos recibido los *Principios de Crítica*, libro definitivo de Moisés Vincenzi, que nos demuestra ahora lo que puede dar un espíritu inquisidor y anhelante. Vigorosos conceptos fundamentales sobre la filosofía de la crítica, cuidadosa exposición acerca de los fenómenos interiores del hombre, un haz de ideas nuevas y de generosos pensamientos se escancia en esta obra fuerte".

Sobre "Principios de Crítica".

"En la parte primera del libro revela su concepción amplía de la crítica, sin parar mientes en dogmatismos, tan en boga entre los críticos. Por decirlo así, en su sistema caben todos, se cuentan en suma, preceptistas y grandes maestros desde Aristóteles hasta Ovidio, desde Boileau hasta Taine y Brunetiere.

No hay en él el tan frecuente exclusivismo de esos rebeldes que acaban por hacerse maestros. Está con Renán en cuanto le merecen respeto todos los gestos del espíritu".

"Se extiende en sus principios en consideraciones muy importantes de orden subjetivo. Considera las leyes generales de las lenguas y las partes constitutivas del pensamiento y el espíritu, en relación con la crítica. Luego va al objeto de su estudio y nos lo presenta en diáfanas síntesis".

De "La Información". C. MORA COTO.

"La crítica de Vincenzi está muy lejos de ser la empresa de un taxidermista: no diseca: interpreta; y por lo tanto pone alas a la obra que juzga".

FRANCISCO SOLER

De "La Prensa Libre".

Sobre "Principios de Crítica".

"Para terminar estos párrafos, diré a usted que Moisés Vincenzi ha publicado recientemente un estudio sobre la vida y obras de Roberto Brenes Mesén —una de las inteligencias mejor cultivadas y uno de los corazones mejor puestos que hay en el país.— Vincenzi es un joven que de los predios de la filosofía, por los cuales él discurre con confianza que es signo de fuerza, ha extraído los materiales de que se sirve para analizar y juzgar las obras que son objeto de su atención. Es una manera que atestigua la altura filosófica a que este joven estudioso y reflexivo eleva su concepción de la crítica y la seriedad que pone en su esfuerzo para ejercer dignamente esa alta función del arte literario".

JUSTO A. FACIO.

De "Athenea".

Del opúsculo de Napoleón Pacheco intitulado: *Filosofía de la Crítica. M. Vincenzi.—Su personalidad crítica.*

"Y aquí está la importancia de las investigaciones de Vincenzi. Ha partido de la metafísica, o de la metaciencia, como la llamaría Ingenieros, para encontrar que la crítica ocupa, en su forma de labor hipotética, un campo de verdadera importancia en la ciencia y la filosofía".

"Y las nuevas corrientes no deben desconocer el pensamiento de estos afanes del talento, que Vincenzi ha de ir imponiendo lentamente en los círculos más importantes del continente".

"Las admirables conclusiones de Vincenzi en el libro que comento en este epítome están corroboradas por unos *Principios de autocrítica* que pronto publicará".

Sobre "Aticismos tropicales"

"Son medallones esmaltados al gusto romántico: noches perfumadas, espumas de argento, un remo que corta el agua, un corazón que palpita, talvez una sonrisa".

FRANCISCO SOLER.

"La Prensa Libre".

Sobre "Aticismos tropicales".

"Impresiones de arte. Estremecimientos de un espíritu exquisito que ama la Pena, los países en donde florece la luz de la luna en las noches tranquilas, y la luz violeta de las tardes transparentes, en donde armonizan los lagos sus aguas a la sombra de los sauces y se agitan los remos de sándalo... Melancolía, sensaciones de lo ignoto, de lo lejano. Ninfas, muchas ninfas y cisnes".

NAPOLEON PACHECO.

"El Renacimiento".

Sobre "Aticismos tropicales".

"Sabe usted que sus *Aticismos* me han traído a la memoria el *Diario Intimo* de Amiel y *La Atlántida* de Verdaguer?"

A. QUESADA L.

Sobre "Valores fundamentales de la razón".

"En este tomo se encuentra el lector con afirmaciones que lo admiran".

"ATHENEA".

Sobre "Paulino y Suetonio".

"Paulino y Suetonio" hace recordar la profundidad de Platón, el sabio estoicismo de Epicuro y la valentía de Emerson. Mezcla de lo nuevo y de lo antiguo, que aparece entre una pincelada inicial y otra que finaliza. Un Miguel Angel sacaría hermosos cuadros de esos nimbos de luz, de belleza e inspiración.

Estilo profundo, firme, flexible y bello, que convence y emociona".

A. QUESADA L.

"El público de usted será pequeño..." Etc.

R. BRENES MESEN.

"Hacer todo lo que se pueda, pero a costa de uno mismo. Y Vincenzi vive lo que piensa y altivo y vigoroso ante el prejuicio de los hombres construirá su propio templo".

MARCO A. ZUMBADO.

"En Costa Rica no hay crítica capaz de circunscribir los alcances de la obra filosófica de Vincenzi, como que es el único filósofo que han producido estas tierras".

NAPOLEON PACHECO.

"Esta tarde, que ha tenido para mí resplandores extraños, dijera, místicos, a la luz de mis lentes que dan una coloración de tintes orientales a todas las cosas, sobre las cuales parece que reposa un alma... esta tarde, he abierto su estuche de piedras preciosas, "Voces lejanas", que usted titula, y he penetrado tan profundo en la oscuridad luminosa de cada una de ellas, que recónditamente, apaciblemente, me he sentido llevar en una barca de oro tirada por dos heráldicos cisnes, a través de un lago de lirismo, azul..."

RIGOBERTO ALVAREZ BERROCAL

"Esta es la tercera serie de la publicación que ha venido haciendo este laborioso y extraño filósofo que nos muestra una *prueba de su filosofía personal*".

Sobre *Tercera serie de Mis primeros ensayos.*—De *Athenea.*

"Para estos días que vienen: un cuadernito de Moisés Vincenzi: *Aticismos tropicales*.
Páginas artísticas, cosa buena. Ya lo verán ustedes".

JOAQUIN GARCIA MONGE.

"Vincenzi ha sabido cuidarse de vejámenes internos: es un excelente apóstol y un velador de su propia conciencia".

RAUL VILLALON.

M. Vincenzi:

"Distinguido reformador gramatical".

Presbítero MARCELO MALDONADO.
Villa Colón

"Su sistema de crítica reune todos los adelantos de esta ciencia y, con su enorme contribución personal y sistematizadora, ha logrado usted relacionarlo todo y utilizarlo todo".

R. TORRES ROJAS.
Profesor en el C. de S. Luis Gonzaga
y de la E. Normal

"Y el filósofo de *Valores fundamentales de la razón,* después de traginar en el aforismo nietzscheano, en el comprimido kantiano, conservando su personalidad e independencia, pasa, en *su Paulino y Suetonio,* a los dominios de la gracia platoniana, poniendo a dialogar, en paisaje bajo relieve latino —de curiosa belleza romántica— al viejo Paulino de barbas otoñales, con Suetonio, bello como un cortesano de la Roma conquistadora. Y la discusión se entretiene en el profundo tema de la unidad absoluta, entre la belleza de los surtidores, de las sandalias y los mármoles, y comprendida en planos cuya existencia trascendente radica *más allá de las afirmaciones fundamentales de la filosofía actual.* Después de iluminada disertación sobre el *prejuicio* y sus funciones mentales, llegan los dos pensadores a la suprema conclusión de su sabiduría: *la unidad absoluta es una entidad cuya comprensión escapa a la razón consecuente.*

Diálogo clásico, de helénica transparencia, tiene una belleza castellana que resalta sobre las páginas de Valle Inclán. La profundidad del pensamiento, la serenidad arrobadora de su prosa flexible y madura, la claridad de bronce antiguo de sus paisajes, elevan la suprema sabiduría de sus ideas dejando en el recuerdo la nostalgia de aquellas dulces noches del Atica, perpetuadas en los diálogos de Platón..."

NAPOLEON PACHECO.

Julio, 1920.

M. Vincenzi. — Desde hace dos años he tenido la dicha de ser amigo de este luchador; he comprendido que es él, un hombre muy sincero y muy dispuesto a proporcionar el bien a los demás.

Siento no tener capacidades filosóficas y literarias, para dedicar parte de mi vida al estudio de la labor de este intelectual, porque estoy seguro de que sus escritos están hechos con su propia alma.

PABLO ZELAYA SIERRA

Heredia, agosto de 1920.

Fotocopia
199.728.6
V775cr

142129

Dedicatoria

Para Ceferino Vincenzi

Te has ido también, padre mío. Diez meses hace que mi madre se fue de esta casa. ¡Y después tú, padre mío, tan pronto! Alabado sea el Altísimo que me los quita. ¿Acaso para siempre? ¡Ay, Dios mío, todo me duele en el alma..! Mis hijos me duelen por lo que hay en ellos de la más íntima esencia de vosotros. Y yo mismo, que soy el más doliente recuerdo de vuestro paso por el mundo. ¡Ay..!

Para qué trajiste, hermano, esas cosas del retiro de mi padre: ese breviario, esa silla, esos platos, esas cucharas, esas cartas... ¡Para qué! ¡Ay, Dios mío!

Padre: te siento pasar, al lado de mi madre, sobre la más tierna alfombra de mi alma...

M. VINCENZI

La literatura no tiene ley que capacite al individuo para la vida práctica; ello indújome a pensar en los motivos que determinan tal circunstancia. E interesado en los principales aspectos del problema puse la atención en la historia con propósito de determinar hasta qué punto la filosofía, la ciencia y el arte han aunado sus energías para el objeto de indicar los fenómenos de evolución y regresión, en el más vasto aspecto general de la vida. Las conclusiones son las siguientes:

1).—Exclusivismo de parte de la filosofía, la ciencia y el arte, teórico y práctico.

2).—Consecuencia del exclusivismo: desconocimiento de las relaciones recíprocas de la filosofía, la ciencia y el arte.

3).—Ausencia de sistematización de las materias en que entran las relaciones recíprocas anteriores, en la vida interior y exterior.

Y entonces he comprendido la necesidad de poner en estudio los motivos filosóficos, científicos y artísticos que han impuesto el exclusivismo; después, de intentar conocer las relaciones que unen los aspectos de la vida para sistematizar la mental y práctica en su mundo dinámico más complejo. Así concluiría por resolver las dificultades que las prácticas de la literatura, en particular, han ofrecido a mis inquietudes filosóficas y científicas.

Una investigación filosófica llevó mi espíritu a la comprensión de que los movimientos de la cultura opéranse en virtud de un perenne reconocimiento crítico de los campos que se exploran en analogía con los campos que se han explorado y los que se van a explorar. Porque, o no tienen razón de existir los propósitos de la crítica, o son dinámicos en un sentido altísimo de creación y de fe trascendentales, cuya raigambre crece en la contextura misma del mundo mental y orgánico. Y, puesto que existen son dinámicos y optimistas en alta esfera. Sin embargo no se les ha dado la importancia y la extensión que tienen.

Encontrar que todo movimiento cultural es de crítica es contribución consciente y sostenida de esta obra renovadora, y

sobre todo el estudio de esa ciencia en sus hondos secretos y su vasta multiplicidad desconcertante. Todo en síntesis y bien deslindado, para uso de investigadores, principalmente.

En esta obra se ve cómo el más leve rumor de las aguas, la más sutil cristalización de nieve en el dorso de una mano, el más delicado esfuerzo aéreo de una sonrisa, el aleteo fugaz de una libélula o una alondra, determinan en el espíritu una forma definitiva de apreciación de cúalquier arte, filosofía o ciencia. Encontrar estas causas es determinar, a su vez, la parcialidad orgánica y mental del tipo.

Leopardi, en su primoroso opúsculo "De la Gloria", habla de los efectos de tales causas con una profundidad conmovedora, pero no intenta una explicación filosófica y científica de los fenómenos. Observa; no analiza. Y yo presento mis principios después de las observaciones y los análisis correspondientes.

Si el poeta y filósofo escéptico hubiese hecho obra de análisis habría encontrado que la existencia misma de la queja y el escepticismo no se justifica sin la fe de creación que supone toda crítica. Nadie llora o se lamenta sin esperar consuelo.

Todo es autocrítica en el mundo consciente. A esta circunstancia debo el estudio de la materia en sus relaciones capitales con el yo.

M. VINCENZI

Autocrítica

Definiciones. Crítica y autocrítica.

Juzgar las obras humanas en todo género de posibles actividades, alentar los buenos aspectos y rechazar los malos, sugiriendo para ambos propósitos nuevos puntos de vista conforme al interés general de los hombres, es función correspondiente al arte, la ciencia y la filosofía de la crítica. Y referir precisamente los propósitos de la crítica al desenvolvimiento particular de uno mismo en relación con el mundo y los otros seres vivientes, equivale a practicar la autocrítica.

Crítica del mundo exterior y autocrítica.

La crítica del mundo exterior ~~con~~ en relación a uno mismo, aunque tiene semejantes funciones, orígenes y finalidades que la autocrítica —la universalidad del bien y los propósitos de realizarlo,— difiere en esos tópicos de la materia en la exacta proporción en que no son idénticos. Y de la diferencia que caracteriza ambas críticas proviene la necesidad de distinguir sus facultades y procedimientos para ejercitarlos con la mayor perfección posible.

Ventajas y desventajas de la crítica de lo externo y la autocrítica.

La crítica del mundo exterior con relación al tipo que la ejerce ofrece un campo más complejo y extenso, al estudio. Las facultades se diluyen en la vasta observación de los fenómenos de ese mundo maravilloso e infinito que le rodea. Además, la fuerza observadora y asimiladora de la inteligencia en el estudio del mundo exterior se aleja del núcleo

motriz que la produce, y se debilita en la proporción en que se aleja y empeña en un campo mucho más vasto que el mismo núcleo referido, del cual procede directa y estrechamente.

En cambio la autocrítica trabaja en terreno más determinado, cercano y constante, y sus dificultades y desventajas en relación con la crítica del mundo exterior se deben a las causas contrarias, a la mayor cercanía del objeto que se observa; y es, a veces, el mismo conjunto de facultades autocríticas que se examina a sí mismo. Pero hay siempre más probabilidades de efectuar mejor autocrítica que crítica del mundo exterior; y esta última es una resultante de aquella, puesto que en primer lugar aparece el tipo, y por consecuencia, las capacidades y objetivo de la autocrítica; y, después, la observación de lo exterior aparejada de sus propios motivos.

Divisibilidad de la mente. Por sus consecuencias es posible juzgar las causas y acercarse a la naturaleza que las constituye y determina a obrar. Así, por ejemplo, la naturaleza múltiple de las obras que produce la mente —obras de comprensión, asimilación y disimilación, memoria, voluntad, sentimiento y fantasía, etc., etc.,— nos induce a conocer que una característica esencial de la causa es la multiplicidad en la misma armonía del yo, que, por otro lado, parece indivisible. Y en realidad, lo uno no es capaz de ser energía productora en ningún sentido, sin dejar de ser indivisible y perder su carácter.

En tanto que obra la mente es múltiple, finalmente; y, por ello, divisible.

Consecuencias de la divisibilidad del yo Como la unidad absoluta no podría mantener ningún género de relaciones — relaciones con su exterior o consigo misma— porque la relación sólo es posible en la analogía, y esta en la multiplicidad, que gradúa el enlace de las cosas por la armonía universal, y el yo tiene la capacidad de establecerlas consigo y las cosas y espíritus exteriores, es natural que no es uno y debe su poder de introspección a las fuerzas múltiples que lo constituyen. En virtud de esto resulta necesario que el yo sea múltiple para que esté en condiciones de efectuar la autocrítica. Y en el fragmento anterior queda comprobada la existencia de su divisibilidad, que entraña, naturalmente, la multiplicidad que se exige de la conformación del yo.

Y así como de la divisibilidad del yo se desprende la capacidad introspectiva de la autocrítica, de esta depende el poder crítico que juzga el mundo externo, externo con relación a

Fotocopia 199.728.6 V775er 142129

Tópicos fundamentales de la autocrítica. 1o.)—Existencia de la obra; 2o.)—de un poder capaz de juzgarla; y 3o.),—existencia de la multiplicidad de las facultades críticas y la multiplicidad de la obra a que se aplican las funciones de esas capacidades. Esos tres fundamentales aspectos han de ser considerados detenidamente en su naturaleza, funciones y relaciones recíprocas.

Existencia de la obra. El espíritu puede engañarse a sí mismo, y creer que existe una obra de imaginación en el mundo ordinario, o viceversa. Necesario es analizar la naturaleza y orígenes de ambos fenómenos y localizarlos con propósito de evadir sus influencias.

Todo empeño se debe a una exaltada o reducida imaginación del objeto, ya porque el testimonio de los sentidos sea inexacto y la inteligencia padezca un estado patológico, en primer lugar; en segundo término, porque una engañosa o equivocada autoridad exterior, puede contribuir a que la imaginación o el simple raciocinio efectúen torcidas apreciaciones de los objetos y las ideas.

La localización de la procedencia concreta de los engaños sensuales, de imaginación y razonamiento, es la tarea que corresponde al crítico en el estudio determinado de las obras externas e internas, o la simple presunción de la existencia de esas obras.

Existencia de un poder Capaz de juzgar. Juzgar no es conocer de modo absoluto la realidad de las cosas; es, simplemente, comparar y establecer grados de relación, partiendo de planos conocidos por sus relaciones comunes con el mundo ordinario, que son resultado de experiencias de carácter vulgar, y, por lo mismo, detenidamente comprobadas por vastas generaciones y largas épocas de la historia humana y todo lo que se refiere a sus vicisitudes.

Entonces la atención debe dirigirse a la calidad de comparación y las relaciones que se efectúan, para llegar a saber en la medida en que son aceptables o inaceptables.

Por otra parte, se conoce que existe el poder mental de juzgar las obras e ideas, por la existencia misma de los elementos que lo constituyen: apreciación de analogías y diferencias por el sentimiento y el ejercicio abstracto de la asimilación y la disimilación; y capacidad abstracta y sentimental de establecer relaciones.

Existencia de la multiplicidad de la obra y del poder crítico.

Un medio de conocer la existencia de la multiplicidad del poder mental de juzgar es el de apreciarla por sus propios resultados, que son las funciones de la com- ración y el ejercicio de establecer relaciones, vistos en el rrafo anterior. Pero existe otro, de mayor trascendencia fi- ófica. Como la unidad absoluta es el reposo absoluto y el vimiento la manifestación de toda multiplicidad, donde éste arece puede afirmarse que esa multiplicidad lo ha engendrado. la obra, cualquiera que sea, tiene su génesis en la acción adora, que es un movimiento inicial.

En lo que respecta al conocimiento de la existencia en la ltiplicidad del poder crítico basta decir que no puede actuar la observación, el análisis y la síntesis, que son movimientos, por consiguiente, multiplicidad.

Generalidades que se relacionan con los tres puntos de partida.

Tener una idea clara de nuestras capacidades y de los instrumentos que se usan para apreciar los movimientos del alma y los externos con relación a ella, es cosa ecisa para adquirir un aproximado conocimiento de la existen- o no existencia de la obra que se pretende estudiar.

Conocimiento de los sentidos.

Los sentidos son los instrumentos directos de la percepción y los indirectos de la apercepción; y por esto, los instrumentos de la vida, que una compleja armonización de percepciones y apercepciones. r consecuencia interesa sobremanera examinar los elementos nstituyentes de sus órganos y las múltiples funciones de éstos. ro como el tipo normal de la sensación no existe, se ha de servar la inclinación peculiar que dirige las funciones y la culiar estructura de cada órgano; y se encontrará que las racterísticas personales son precisamente obra de las pecu- ridades orgánicas y mentales del individuo.

Los sentidos.

Para tener resultados ordenados y simplificar el esfuerzo es necesario clasificar el estudio de los ntidos en grandes y pequeños tópicos cuyas características edan ser determinadas por la ciencia. De conformidad con to adoptaremos el siguiente orden lógico: 1o.), órgano de los ntidos visto en sí mismo; 2o.), visto en sus relaciones con el

uno de estos grandes aspectos será subdividido en tantos subórdenes como se aspire a detallar la observación y conseguir resultados más o menos complejos. Así, por ejemplo: 1o.) El órgano visto en sí, estudiado en su constitución, en primer lugar; y luego, en lo que respecta a sus funciones. 2o.) Constitución y funciones de la relación del órgano con el alma. Y 3o.) Constitución y funciones de las cosas y relación de ellas con los sentidos. Después podríase considerar una nueva subdivisión del siguiente modo: diversidad de formas de constitución; de categorías motrices; diversidad de relaciones del órgano con el alma y el mundo exterior: relaciones directas e indirectas de materia y de movimiento.

La vista.

La óptica puede suministrar la mayor parte de los conocimientos al autocrítico que tenga en estudio el aspecto orgánico y mecánico de los órganos de la vista. Pero lo personal necesita de una reconstrucción mental que señale las características del tipo: así estará en condiciones de aplicar los recursos de la medicina e higiene conforme las inclinaciones y estado personalísimos que corresponden a cada ser y lo distinguen de los otros.

Además, el estudio de los ojos y sus funciones, como queda indicado en el párrafo que precede, deberá hacerse, una vez obtenidos los informes científicos de la óptica, ordenando los recursos de esta ciencia de tal manera que su comprensión sea una adopción práctica de lo que nos corresponde conocer de la materia general, o lo que nos singulariza, especialmente; en esta forma no se aceptará ninguna proposición científica sin obligarla a adaptarse a la comprensión original del autodidacta y asimilarla en la proporción en que éste lo necesita para el impulso personal de su desarrollo consciente.

Por lo demás, debemos repetir los análisis a menudo y descubrir los grados de remoción natural que se opera, tanto en los ojos como en los otros órganos del cuerpo, y las funciones de todos. Las aptitudes y deficiencias ordinarias y patológicas —a toda enfermedad corresponde un género de aptitudes— que sufren la remoción, van alterando las imágenes visuales; y las nuevas formas de apreciarlas someten al espíritu a una correspondiente modificación de singular trascendencia en la vida. De aquí la conveniencia de hacer el análisis de la visión y los órganos correspondientes, con el número de detalles que sea posible adquirir. Lo mismo ocurre con las otras facultades y órganos.

El oído. La sensación de la armonía del verso, que es sonido en la proporción que palabra, no es psicológica en sus principios elementales, nace en el oído, el cual concierta las vibraciones conforme corresponde a las capacidades internas del hombre. A esto se debe que el sordo de nacimiento tenga una psicología no complementada. Ocurre el fenómeno en toda clase de sentidos conocidos; y es muy probable que ocurra en los otros, puesto que las leyes del contacto son unas mismas, y el sentido siempre lo supone con sus leyes comunes.

Y como cada individuo tiene su propio oído, diferente de los otros, conviene que intentemos determinar el origen de las ideas auditivas en su relación con el origen de la ideología personal de cada uno: así se delineará el perfil histórico de nuestras almas en sus analogías y diferencias con las otras analizadas, de músicos —artistas en general,— sabios y filósofos.

El olfato. En la historia se ve la preminencia que en momentos determinados y para determinados objetos, se da a tal o cual sentido. La religión, que es la síntesis de los progresos más audaces del espíritu humano, lo ha observado y practicado maravillosamente. Existen armonías, sabores, colores, olores y contactos místicos, y cada sensación que provocan ataca el alma y la orienta hacia rumbos más o menos caracterizados. A este propósito podríase afirmar que si no hubiese templos para alimentar las necesidades sensuales de la mística, la fe padecería una baja considerable de asociados.

Debido a la historia estamos desde luego en condiciones de clasificar las sensaciones odoríficas y conocer la génesis de multitud de inclinaciones psicofisiológicas. La siguiente clasificación podría servir al análisis detenido de esta materia: olores místicos; olores profanos; artísticos o no artísticos —poéticos, por ejemplo, y los que proporcionan decaimiento, pereza, trastornos orgánicos (digestivos, etc..;—olores festivos, etc., etc.

Es oportuno recordar aquí el hecho de que las sensaciones e ideas, cualquiera que sea la categoría e intensidad que les corresponda, pueden ser dirigidas voluntariamente hacia todos los rumbos y referirse a todos los tiempos. Abarcan e impulsan, rechazan, comprimen y extienden los cuerpos y las funciones; evocan, profetizan, y combinan estas dos formas de la actividad hacia propósitos futuros y retrospectivos. Así, pues, los olores insinúan, con un delicado cultivo de las facultades, cuantas ideas y sentimientos sean posibles en el espíritu y los órganos, actuando éstos sobre sí mismos o las fuer-

as exteriores con las cuales se relacionan; y de propósito el ombre está facultado con objeto de civilizarse, si quiere, por edio del olfato o cualquiera otro centro dinámico. Pero la vilización más fácil es la integral.

La simple fragancia de un loto tiene en sí el poder de evocar civilización íntegra de oriente y de cristalizar una previsión os hechos más vastos.

La clasificación de los olores en aristocráticos y democrá- en la estética y la ética, puede ofrecer gratas y fecun- orientaciones al espíritu superior, o simplemente, iniciado la ciencia del bien y de la belleza. Unido esto a los cono- ientos indicados, de las funciones espaciales y temporales jercicio de abarcar e impulsar, rechazar, etc., etc., de la cación y profecía— constituye un plan circunstanciado pa- el complejo ejercicio de las actividades críticas.

El gusto. El sentido que nos pone en más directa comunicación con el mundo exterior es éste. A los alimentos se debe la subsistencia del organismo; sin gustarnos no ingresan al estómago salvo una forzada o deliberada cincunstancia que los haga aceptar —casos de violencia exterior o de conveniencia en que por enfermedad se toman drogas desagradables; y también en casos en que el cuerpo dañino que se prueba guarda una apariencia aceptable, de dulzura, de suavidad, etc...— A esta necesidad de subsistencia corresponde el gusto relacionándonos con las materias alimenticias.

De lo anterior se concluye que las funciones que anteceden y siguen a las del gusto, junto con estas últimas, tienen una importancia fundamental en la vida del organismo y, de modo indirecto, en el alma. Por consiguiente, cuando el gusto se atrofia —consecuencia probable de un trastorno de la digestión, o del órgano del sentido en sí— es preciso localizar sus consecuencias en la voluntad, la emotividad y la inteligencia analítica de la persona. Por supuesto que antes de empezar a estudiar la materia en este punto, como en los demás, se ha hecho el plan de estudio recomendado en los párrafos anteriores.

En la historia de este sentido es notable, de la misma manera que en la de los otros, el número de casos en que se han atendido para asuntos del espíritu sus funciones. Citamos el siguiente ejemplo: el ayuno, con fines religiosos. Aunque no se refiere directamente al gusto, sí de manera indirecta; y necesaria, en cambio.

El tacto. Es el sentido fundamental (organismo humano, porque como relación y los sentidos funcion al relacionarse con el objeto, o la idea y el sentimiento que insinúan cuando la relación toma rumbo hacia dentro, c está que los abarca a todos.

* *
*

Además de todo lo expresado acerca del orden e ideas pitales que pueden dirigir al autocrítico en el estudio de órganos, las funciones y propósitos correspondientes a la es en que están situados, en lo que tienen de general y común de singularidad típica que les distingue de los otros y de mismos en el tiempo —al autocrítico,— queremos hacer obs var que para realizar la introspección científica es indispe sable conocer las propiedades orgánicas del cuerpo y todas l manifestaciones que les ha sido y es posible efectuar: por ejer. plo: la plasticidad; la elasticidad; resistencia; contractibilidad afluencias y emergencias centrípetas y centrífugas respectiva- mente; leyes de conservación, evolución e involución. Gerar- quías orgánicas; irrigación de fluidos y líquidos; temperatura; fibras; asimilación y disimilación. Y las relaciones que se establecen o han establecido, en determinados casos, entre las funciones de las cualidades diferenciales.

Se comprende que la ciencia no podrá satisfacer a la curiosidad e interés trascendentales de ninguna persona. Pero esto no quiere decir que debemos dejar de prever las posibles orientaciones e inquietudes de los hombres del porvenir y menospreciar nuestras osadías de filósofos trascendentalistas, que nos revelan más de un tópico interesante de la materia.

Ampliaciones generales. Para la práctica de lo indicado acerca de los sentidos no es suficiente el conocimiento de las reglas, hay que saberlas aplicar y saber comprobar los resultados sirviéndonos de largas observaciones, comprobaciones, clasificaciones, y análisis renovados. Y con este objeto propongo la división del estudio íntegro del autocrítico, en dos grandes grupos: la autocrítica que se refiere a los elementos interiores del alma y del cuerpo; y la autocrítica que estudia las relaciones del alma y del cuerpo con las almas y objetos exteriores. Aquí es preciso señalar cuáles son los objetos concretos de las reglas y la forma o las formas en que han de ser aplicadas.

Principios fundamentales. La unidad no existe y los espíritus y sus fenómenos (1) exteriores, por este motivo, no permanecen, se renuevan de modo perenne. Y por lo mismo las influencias exteriores con relación al espíritu aportan a su interior verdades que se han ido renovando, y que en su trayectoria hasta él han perdido infinito número de veces la realidad originaria que ha deseado adquirir ese espíritu conforme ella ha ido acercándose a él, y éste ha renovado, a su vez, las aspiraciones en la medida en que se han perdido las primitivas con los objetos mismos que las han inspirado. La afirmación trascendental que esto entraña tiene sus comprobaciones eminentes en la vida ordinaria. Las afirmaciones: *nada se conoce en su esencia; todo es misterio y sólo Dios conoce; Dios sabe por qué lo ha hecho*, más o menos populares, explican que un estado de intuición ha revelado la verdad metafísica que afirma la no existencia de la unidad, esto es, la imposibilidad de la existencia de un punto de partida absoluto del cual poder concluir con entera seguridad la verdad más simple. Esto nos relega al estado de las aproximaciones, a la negación hipotética de la evidencia absoluta y, al mundo práctico de la hipótesis como verdad provisional, pero dinámica y progresiva.

La historia comprueba la inseguridad del hombre: nunca ha concluido nada que esté libre de objeciones sólidas y el día en que hubiese aparecido una verdad absoluta, es decir, una unidad absoluta, existencia contradictoria por razones que no nos es dado exponer aquí, por sí misma se habría impuesto a la comprensión universal de las cosas y los hombres, no se habría discutido jamás. Por el mismo motivo las épocas, sus accidentes y las relaciones históricas de las mismas, no se pueden determinar y la aproximación suple a todo ambicioso deseo de adquirir la eterna verdad del mundo.

Continuación. Hay dos clases de testimonios de los cuales el alma toma las iniciativas de su desenvolvimiento: aparentes y verdaderos: los primeros corresponden a una realidad y se creen correspondientes a otra. Unos son espirituales, otros sensuales y los últimos exteriores al espíritu y al cuerpo. Estos últimos provienen de las ilusiones materiales que inspiran los objetos y de las espirituales de los otros hombres. Los segundos carecen del elemento ilusorio e impresionan al espíritu

(1).—*Nóumeno y fenómeno son modalidades de una misma esencia múltiple: todo es esencial. La forma es tan real como el cuerpo mismo que la manifiesta.*

de un modo aproximado a la realidad del fenómeno que los sugiere. Como los anteriores son: espirituales, sensuales, o exteriores. Unos y otros pueden ser mixtos.

Motivo de infinitas equivocaciones.

Por la circunstancia de que la verdad absoluta no es accesible a los sentidos y al espíritu humano, y el mundo y el alma fluyen y se transforman de continuo, la aspiración del hombre debe concretarse a establecer relaciones entre los fenómenos temporales y espaciales. Así se responderá con aproximación a las necesidades del momento. Por lo tanto, el motivo de las frecuentes imprudencias dogmáticas consiste en aspirar a fijar puntos de vista en una materia que fluye y se transforma.

Disputas sin conclusión posible.

Las ha habido y las hay innumerables en el arte, las ciencias y la filosofía. ¿Y conserva la historia siquiera una página indiscutible de afirmaciones filosóficas, artísticas y científicas? ¿No hay muestras más o menos claras de que la evidencia no es sino un fenómeno tan discutible como los más complejos fenómenos? Lo que parece aproximarse más a la realidad hipotética es el hecho mismo de la transformación constante de todo. No es muy aventurado creer que las disputas no tienen un fin próximo en la historia: el mundo fluye y se transforma y las capacidades espirituales —que están incluidas en él — evolucionan.

Ejemplos.

Los historiadores más distinguidos no son otra cosa que entidades que sufren los errores infinitos de sus capacidades, las capacidades ajenas y la influencia ilusoria e irresistible de todo género de fenómenos: son resultado de las masas y no logran evadir sus influencias por más que lo intenten y se precien de conseguirlo. ¿Y cuándo es imparcial la masa si los acontecimientos que se juzgan constituyen su propia obra? Nunca, aunque fuesen ajenos a sus intereses. Desde luego, la parcialidad de todo historiador —de todo juez— es cosa bien calificada y natural. Y la imparcialidad absoluta no existe: sería el reposo, el vacío, o lo que es lo mismo, la nada. La existencia particular será parcial con lo que tenga de común con ella la existencia, que todo lo abarca.

¿Qué se puede creer entonces de los testimonios históricos para cincelar una obra espiritual, por ejemplo, que necesita de esos testimonios con el objeto de ilustrarla con hechos y

argumentar su defensa en hechos humanos experimentados en vastos campos y vastas distancias? Sólo la simple aproximación y la hipótesis, que impulsan hacia rumbos ignorados la maquinaria de la vida.

El intelectual debe intentar reducir las impresiones del exterior a sentimientos e ideas que excluyan, hasta donde alcancen las posibilidades humanas, la necesidad de los testimonios exteriores. Pero no podrá prescindir completamente de ellos.

Otros ejemplos.

Cualquiera está en condiciones de comprobar que, dentro de sí y en torno suyo, la perenne disputa de las facultades y los elementos lo abarca todo: es la incomprensión recíproca de las diferencias en el espacio y el tiempo lo que produce el fenómeno de esa disputa incansable.

Basta la introspección bien dirigida y una delicada experimentación de los elementos exteriores para comprobar el hecho. En lo correspondiente al espíritu se encontrará que las soluciones íntimas varían con las circunstancias de tiempo y espacio, con la mayor o menor extensión del objeto interior y la hora determinada en que actúa. En lo correspondiente al exterior se experimentará la indeterminación de sus relaciones con el interior: cada individuo de la ciudad o de la aldea juzga el valor de las obras del amigo, el enemigo o el indiferente, de diversa manera en las diversas temperaturas y circunstancias singulares del instante; no importa que sea anciano o joven, ignorante o docto en el arte, las ciencias o la filosofía, de buena o de mala índole; lo que varía es la proporción de la parcialidad que dinamiza las facultades. No es posible aceptar ninguna opinión ajena sin que hayamos determinado más o menos el interés que la produjo y la calidad de ese interés. De lo contrario seremos víctimas de los caprichos, infamias, benevolencia, caridad, encono, incomprensión, malicia, envidia, indiferencia manifiesta o reservada, ambición, vanidad, orgullo, excesos de delicadeza y cortesía, odio, y, en general, de las agresiones conscientes o inconscientes del medio en que se vive: esta inmensa amalgama mueve el alma y la materia del mundo. ¿Cuándo estaréis seguros de vuestros juicios y los ajenos? Que nada turbe el propósito de aproximaros a la verdad cuanto os sea posible.

Motivos que desvirtúan la libre manifestación de los testimonios externos.

La temperatura; el país; los temperamentos; la mayor o menor cultura en individuos de más o menos inteligencia; razas, costumbres; estados patológicos del cuerpo y el alma; la familia y sus vici-

situdes políticas, sociales, morales y económicas; la educación; relaciones sociales: favores y ataques recíprocos; aspiraciones; edad; percepciones y apercepciones pasadas y presentes; fenómenos sociológicos, etc., etc.

a) La temperatura: se relaciona con todos los fenómenos humanos, adaptando o dejándose adaptar, y siempre de las más diversas maneras. El frío en determinados individuos produce determinadas consecuencias que bien pueden ser de un género o de otro radicalmente opuesto. Lo mismo el calor. El grado de cultura, la edad, el estado orgánico, los bólidos, todo contribuye a que las influencias climatéricas deriven los más diversos fenómenos internos. ¿Cómo se ha de conocer, pues, el grado de interpretación correspondiente a cada caso?

Sin embargo, el crítico acostumbra apreciar los juicios exteriores que le interesan conforme corresponde al estado más o menos constante de su cuerpo y su espíritu, sin hacer caso a las circunstancias científicas variadísimas que los formulan.

b) El país: si la más leve variación del año o el calor determina en los seres multitud de cambios, cada país, que supone infinidad de cambios de temperatura y hechos de otro género, determina en las razas multitud de fenómenos más complejos que ese.

c) Los temperamentos: son una resultante de la energía nacional; y, por tanto, en un plano más delicado, lo del párrafo anterior referente al país corresponde a ellos. Esa energía se manifiesta en multitud de formas que se pueden clasificar en tres grupos: fisiológicas, psicológicas y fisiopsicológicas. Tienen su historia, en la cual es posible enumerar los fenómenos en corrientes y accidentales. A cada uno corresponde su naturaleza, sus consecuencias y, las relaciones que unen lo corriente con lo accidental.

La raza de un pueblo, por otra parte, puede prestarse para ordenar el estudio de las causas que producen temperamentos, en materia psicofisiológica, relacionándola con el medio en que vive y sus vastas consecuencias morales y espirituales. Y a la raza se adjuntan los fenómenos de la lingüística, que acarrean al espíritu gran cantidad de motivos: fenómenos de localización de sentimientos e ideas; de generalización de los mismos; de conservación, evolución e involución ideales y no ideales, etc. Además, la constitución singular orgánica de cada elemento étnico determina las funciones del espíritu en la proporción directa en que se relacionan con ella, y de ambas cosas —alma y cuerpo orgánico— está constituido el temperamento.

Sólo el conocimiento científico, artístico y filosófico de estas circunstancias, dará una mayor orientación al espíritu.

Orientación que evitará los peligros de las pasiones en virtud de una tolerancia científica, filosófica y estética, cuya trascendencia no ha sido determinada todavía.

d) Diversidad de culturas e inteligencias: cada diferencia en estos dos sentidos dificulta las relaciones entre los individuos, porque relación es fusión ineludible de analogías. Por lo tanto, importa determinar las capacidades y su poder virtual, la cultura y los accidentes que sufre, en los tipos a quienes analizamos sus juicios sobre nuestras obras y sus propias obras. Una vez determinadas estas circunstancias el autodidacta tiene el derecho de aceptar, en la debida proporción conforme al resultado del análisis, las autoridades exteriores adversas a sus actos o adictas a ellos. Por supuesto que nunca encontraremos espíritus idénticos a los nuestros, y esto significa que siempre será relativa, o, mejor dicho, aproximada la impresión que las autoridades nos proporcionen en cualquier sentido, con respecto a nosotros o a ellas mismas, o a la persona de que proceden.

e) Las razas: las diferencias étnicas son cosa evidente no sólo en la constitución orgánica de cada agrupación sino también en el sentido psicológico: la historia de los actos más generales de cada raza lo comprueba ampliamente. A cada raza corresponde cierto género de causas y a estas cierto género de afectos psicofisiológicos. En consecuencia, es preciso determinar el elemento racial que constituye las diversas manifestaciones psicológicos y fisiológicos de los hombres que nos interesa analizar con propósito de relacionarlas con nuestra autoeducación, o de nosotros mismos con el mismo objeto.

f) Las costumbres: provienen de la repetida manifestación de un fenómeno. Se realizan de muy diversas maneras, según la raza a que pertenece el tipo y las circunstancias climatéricas a que esté o haya estado sujeto; según el medio —características del país: relieve del suelo, paisajes, accidentes y leyes metereológicas, etc.;— y, en lo interior, según la fuerza y ejercicio de las facultades, además del grado de cultura adquirido. Se caracterizan por la tendencia de asimilar lo externo en la proporción en que no son asimiladas por las energías que se relacionan con ellas. Y por esta razón cuando las ideas se hacen costumbres en nuestro espíritu siguen influyendo en él en la medida en que no son aceptadas y han estado libres de influencias mayores del exterior. A esto se debe que sea necesaria la revisión constante de nuestras afecciones e ideas, y que a veces podamos oponer a esas ideas y sentimientos hechos costumbre, el examen metódico de sus circunstancias para el efecto de corregirlas con el ejercicio superior de la voluntad ilustrada.

Por consecuencia, toda idea o pasión aceptadas corren el peligro de transformarse en malas costumbres. En este sentido la aceptación tiene sus peligros lo mismo que la negación sistemática.

Finalmente, se puede clasificar las costumbres conforme lo anterior, en dos grupos: negativas si se trata de algo que se rechaza sistemáticamente, y positivas si actúan en algo adquirido.

g) Estados patológicos del alma y el cuerpo: como la imparcialidad es metódica y los estados patológicos trastornan las facultades que ejercitan el método, la consiguiente ausencia del método supone la ausencia de esa imparcialidad, y, por lo tanto, de la aptitud para juzgar ideas y pasiones.

La persona enferma acelera o disminuye la rotación de sus pensamientos y afecciones, la asimilación y disimilación de la materia orgánica de su cuerpo y altera las relaciones de sus sentidos con lo exterior y lo interior. Y, por ello, no es posible que sea ecuánime al juzgarse y juzgar las cosas y los hombres.

Y, además, toda enfermedad tiene caracteres un poco distintos en cada caso, según sea el organismo, por consecuencia de los caracteres heredados y adquiridos. La crítica no debe y no puede despreciar semejantes circunstancias aunque sea incapaz de determinar la cantidad y calidad de influencia que les corresponde.

h) La familia y sus vicisitudes políticas, raciales, morales y económicas: cada interés de la familia crea un sentimiento de conservación que se manifiesta de la manera más compleja. Sentimiento que está, por lo regular, debidamente complementado por ideas y conclusiones más o menos desenvueltas. También suele formarse el sentimiento por ideas que penetran profundamente en el espíritu y adaptan a sus movimientos y finalidades el organismo, transformándolo en un instrumento dócil. Y cada problema de la familia se relaciona directa o indirectamente con los otros, lo cual quiere decir que esas ideas y sentimientos conservadores no son formas aisladas y deben ser observados en sus efectos por el crítico como partes de un conjunto armonioso cuyas virtudes y defectos afectan actitudes de gran trascendencia en sus manifestaciones particulares.

Lo económico, lo político, los intereses literarios, todo, en una familia, contribuye, por lo general, a una exagerada conservación de los conjuntos y detalles, que es obstáculo para la curiosa observación del autocrítico que desea informarse de cualquiera acontecimiento relativo a sus intereses y naturaleza.

En lo correspondiente a las vicisitudes étnicas de la familia, es posible adquirir preciosas orientaciones para juzgar

con criterio sólido, las circunstancias de algún hecho posterior de trascendencia o que atraiga nuestra atención por cualquier motivo: hechos de una deformación, por ejemplo, o hechos de cualquiera otra índole.

Pero sobre todos los problemas que se presentan al tratarse de caracterizar las distinciones civilizadas de una familia, están el problema de su evolución moral, la historia de su desenvolvimiento, las funciones que ha desempeñado y las que ha debido y no ha podido desempeñar, sus acciones y reacciones y sus propósitos actuales.

i) La educación: es muy natural que la mayor o menor intensidad de la educación contribuye a determinar en diversas formas los actos aislados y las mismas costumbres de los individuos, pero en proporciones análogas en cada tipo puede actuar en formas diferentísimas. De aquí la conveniencia que hay en localizar los caracteres típicos que diferencian a las personas, más que los caracteres generales que las reúnen y familiarizan con los hechos comunes. Consiguiéndolo el autocrítico llegará a hacerse cargo de lo que debe aprovechar en sus relaciones morales con los demás hombres.

j) Las relaciones sociales: cohiben o dirigen a la persona hacia diversos o determinados rumbos. Y colegir hasta qué punto esas influencias determinan a obrar al individuo, analizando las causas y los efectos, es tarea que pondrá en claro multitud de fenómenos que nos interesa conocer en las relaciones sociales con propósito de adaptar a nosotros el medio social o adaptarse a él en proporción económica, intelectual y moral, y de observar si la conducta de ciertas personas interesantes conviene al medio o les conviene exclusivamente a ellas, para defendernos o asumir una actitud prudente o de lucha ante las posibles violencias que se les pueda llegar a atribuir en un momento dado.

k) Favores y ataques recíprocos: la reciprocidad funde los intereses individuales en un solo núcleo, y los peligros que se derivan de ella son proporcionales a sus grandes ventajas.

La ley de la conservación por la asociación determina las funciones del fenómeno anterior; y para realizarse procura conservar los elementos interesados en la reciprocidad el mayor tiempo posible. En el caso de los ataques recíprocos las partes fijan la atención en un mismo interés que se disputan con diversos propósitos egoístas, pero, al fin, impulsados por un mismo fenómeno, que excita a la conservación de la vida.

La reciprocidad en la simpatía, al tratar de conservar este sentimiento, cultiva la benevolencia, que es fuente de excelentes realizaciones, y, sin embargo, a menudo causa de serios despropósitos. A estos últimos conviene anteponer la to-

lerancia científica, que siempre manifiesta toda la realidad con la dulzura asociadora que perdona las imperfecciones, porque no hay posibilidad de librarse de todas ellas y en cambio existe el derecho de sustituir las reconocidas por verdades que pueden ser realizadas sin mayores obstáculos.

La reciprocidad en el ataque al intentar la conservación de los odios o simples intolerancias disimuladas —estas últimas suelen pasar inadvertidas a las personas más doctas y honorables— sostiene una enorme cantidad de ilusiones que se propagan con inmensa facilidad en el medio, máxime si se trata de personas distinguidas. Además, alimenta el placer regresivo de la conservación de los errores, que se desarrolla con gran voluptuosidad en los espíritus.

k) Aspiraciones: Contribuyen a concentrar la atención en un punto determinado al cual se va rodeando, con extraña ligereza, de ideales que exaltan las esperanzas y ventajas del objeto propuesto y esquivan las dificultades consiguientes a toda empresa reposada y científicamente provechosa. El autocrítico puede tener seguridad de encontrar este fenómeno en todos los hombres por más que se manifieste en unos de un modo y en otros de otro modo. Y debe obtener profundo conocimiento de las dificultades a que por esos motivos oponen sus actividades, para no desviar, en la menor circunstancia, su orientación fundamental.

Además debe entrar, por lo mismo, con el objeto de juzgar con provecho a los otros en lo que pueda interesar a su autoeducación, en conocimiento de las aspiraciones que les mueven a actuar en todo momento y bajo cualquier pretexto.

m) Edad: la edad contribuye a determinar las capacidades del individuo, puede orientar al crítico en la obra de juzgar la mayor o menor madurez de los afectos y las ideas. La psicología nos informa además que hay manifestaciones que no aparecen sino en determinadas épocas, como ocurre con muchas manifestaciones orgánicas. Pero no se debe olvidar que las cualidades y sus relaciones constituyen un plano distinto en cada tipo.

También se puede incluir cuando sea de propósito la edad de los cuerpos inorgánicos, de las plantas y los animales, porque el autocrítico está en relación con todo y tiene el derecho de conocer esa relación para ponerla a su servicio.

n) Percepciones y apercepciones pasadas y presentes: la memoria orgánica modifica el órgano y con éste la función. Y como es cosa difícil investigar en detalle la realidad de los recuerdos del organismo, nos bastará indicar que los caracteres más generales del ambiente en que se ha desenvuelto el tipo

nos darán la clave de la capital constitución de los recuerdos orgánicos.

Entre esos caracteres los principales son: la temperatura; climas y colores fundamentales; formas fundamentales; música más usada en el país y sus ruidos más típicos —ruidos de carretas en marcha; de automóviles y barcas de gasolina; rumor de campanas; pitazos; voces de muchedumbre agitada; estruendo de cascadas; rezos en el templo, etc.;— sabores fundamentales —a frutos predilectos, a manjares;— olores característicos: a mirra, a sembrados y selvas, a resinas. Contactos característicos, violentos, —ásperos— y suaves —contacto de piedras pulidas.— Entre tanta complejidad el crítico llega a determinar los trabajos de elección que ha emprendido consciente o inconscientemente cualquiera persona, y, con eso, sus orientaciones psicológicas.

Tampoco es despreciable el elemento dinámico al manifestarse en las percepciones presentes de los individuos con quienes se habla, o se está, simplemente, porque éstas influyen —las percepciones— con energía en las actividades ya asumidas, modificándolas, estableciendo relaciones nuevas o suprimiéndolas del todo.

Por otro lado, las apercepciones pasadas han influido en el tipo y hecho ambiente en él. En parte a ellas se debe, pues, la conducta de nuestras capacidades en el presente. Desde luego, conociéndolas se justifican o injustifican las manifestaciones externas de los individuos que nos rodeen. Pero las presentes al momento en que nos relacionemos con ellas modifican el contenido de la memoria, de un modo proporcional a sus energías transformadoras y a la debilidad del aspecto atacado de ese contenido.

Lo anterior debe hacerse si se tienen serios propósitos de crítica, pero existen dificultades muy serias para poder penetrar en el proceso interior que ha desenvuelto las apercepciones ajenas. Sólo queda un medio complejo y sumamente difícil de intentarlo: tratar de llegar a él a través de los signos exteriores orgánicos correspondientes a cada uno de sus múltiples movimientos: la mímica; la expresión de la mirada y las demás funciones perceptibles de los otros órganos; y, sobre estos signos, el de la palabra. Y después habremos de intentar corregir los errores producidos en la distancia que media entre la mente y los sentidos del observador, entre éstos y los sentidos de la persona o personas que se estudian, y, finalmente, entre los sentidos de las mismas y sus capacidades espirituales, en donde está el verdadero objetivo de la indagación suscitada.

r) Fenómenos sociológicos: las verdades más generales, que tocan más de cerca a la constitución de la naturaleza, se com-

prenden con mayor dificultad que las particulares. Aplicado esto a los fenómenos sociológicos, resulta: mientras más vastos son, y más nos influyen, por lo mismo, mayores esfuerzos habrá de emplearse para determinar la cantidad y calidad de los efectos en los fenómenos comunes del hombre cuyas explicaciones pretendemos adquirir y relacionar con nuestros valores internos para modificarlos, fortalecerlos y desenvolverlos con toda amplitud.

*

Con el párrafo anterior terminan las consideraciones sintéticas sobre los motivos que desvirtúan la libre manifestación de los testimonios vulgares exteriores. Esas síntesis, como todas las del trabajo, tienen un carácter solamente inicial. Las siguientes se refieren a los motivos espirituales exteriores.

Motivos espirituales exteriores que impiden la libre manifestación de los testimonios exteriores con relación al autocrítico.

La simulación; la fantasía; la mentira heroica o justificable simplemente; la broma; la ironía; la sátira; aplausos; benevolencia; indiferencia; el amor, etc.

1) La simulación: la cohesión de los elementos sociales persiste a consecuencia de los intereses que reunen y armonizan los deberes y derechos de todos. Mas como la identidad de los individuos no existe, sus funciones en el grupo social difirieren grandemente. Y la comunidad, sin embargo, se empeña en repartir derechos y obligaciones como si esa identidad existiese o pudiese llegar a existir, tratando de determinar en tal forma orientaciones sociales con propósito de afirmar sus intereses. De aquí se desprende un principio fundamental de simulación que aspira a asumir egoístas actitudes de grata apariencia y efectivos resultados prácticos. La cortesía es una forma típica del principio que oculta la originalidad y diferencia de los hombres.

La misma naturaleza inorgánica desarrolla y conserva multitud de formas de la simulación, que tienen mucha semejanza con las más delicadas del hombre.

2) —La fantasía: ocupa un lugar preferente en la historia de cada pueblo. El deseo estético de rematar los acontecimientos, explicar los fenómenos naturales y hacer poesía, ha producido enorme cantidad de hechos fantásticos que se creen verdaderos, con perjuicio, a veces, de la justicia y las buenas costumbres. Pues este mismo fenómeno labora con asombrosa constancia la belleza imaginaria, el mal imaginario y

cuanto es susceptible de rectificación o simplificación en los espíritus.

3) Mentira heroica o, simplemente justificable: hemos hablado ya de las mentiras convencionales y de las de la maledicencia o ingenio de los individuos en particular. Ahora corresponde hablar de la mentira heroica.

Si se conoce la persona que miente en circunstancias heroicas y merece nuestro respeto por su horadez y veracidad, su misma reputación impedirá que desconfiemos de sus hechos, sus palabras y sus reticencias simulados. ¿Quién duda de las manifestaciones de un hombre veraz? Sin embargo, en más de una oportunidad la misma honradez del héroe puede denunciar sus ideas y afectos interiores a causa del rubor y la agitación nerviosa. En casos de menor trascendencia suele ocurrir también el fenómeno; y la verdad se adquiere al punto sin mayor esfuerzo. Cuando tienen un carácter marcado de violencia es el preciso momento en que el principio de la serenidad guiará paso a paso la curiosidad del crítico en la observación, el análisis y la síntesis final del fenómeno, porque el temperamento ecuánime entraña una vigorosa dominación de ideas y afectos, en cualquiera relación en que se encuentren con respecto a todo género de intereses individuales y sociales.

4) La broma: es múltiple: plebeya y aristócrata en alto grado. Habitual o accidental, no sabríamos distinguirla muchas veces en la estirada gravedad del magistrado, las sonrisas del niño, o las cortesías del anciano. Y el autocrítico debe localizarla con todas sus circunstancias para el objeto de evitar multitud de equivocaciones a que suele prestarse en delicadas oportunidades.

5) La ironía: es forma indirecta de manifestarse el espíritu indicando de modo elíptico ideas o pasiones; y produce una satisfacción malévola cuyos propósitos no siempre están bien orientados. El autodidacta debe procurar huír de toda malevolencia de las formas elípticas.

6) La sátira: oculta con ingenio, o por instinto, parte de la verdad que la ha empujado a manifestarse: obra con reservas; y la justifican las pasiones, agitadas de peligrosos impulsos. Turba la serenidad del espíritu, que es ecuanimidad, altruismo, deseo de la armonía, y su realización final.

7) Aplausos: conviene fijar la oportunidad en que aparecen. Si son colectivos, los fenómenos sociológicos que se relacionan con ellos y el estado de ánimo con el cual recibimos o rechazamos sus variadas influencias.

No se prestará atención sino a aquellas palabras de aliento cuyos orígenes no han sido estudiados sistemáticamente. La

mayor parte de estas palabras, cualquiera que sea la autoridad de su procedencia, no es sino vana improvisación discursiva.

8) Benevolencia: se supone un don de armonía, por el cual se acostumbra desviar la atención de serios peligros que implica. Después de todo, es una forma de la mentira que pertenece al grupo de las elípsis mentales. Sus consecuencias pueden ser la divulgación de la vanidad, la embriaguez de la gloria, la reducción del esfuerzo, la inconsciencia de los errores y la exaltación contemplativa de las virtudes, que las desfigura, empequeñece y oculta en multitud de ocasiones. El presunto favorecido hace una falsa apreciación de las facultades de la persona benévola; y, finalmente, se provoca la regresión de considerable cantidad de valores en todos los planos de la vida.

La benevolencia sólo es fecunda cuando pone en movimiento las energías motrices de los espíritus y reduce la mentira a las menores proporciones posibles.

9) Indiferencia: la cortesía acostumbra ocultarla y la enemistad se sirve de ella para manifestar menosprecio. Una vez localizada resulta utilísimo, en los casos de interés, valorar su intensidad intrínseca y las consecuencias que constituyen sus propósitos.

Será preciso aprovechar, acto seguido, la lección que contenga, e impedir la realización de sus malos propósitos.

10) El amor: es la más compleja de las pasiones. A sus grandes derechos corresponden muy serias obligaciones, y a sus virtudes más altas los designios más delicados. Es necesidad activa y recíproca de las existencias complementarias; constituye el mayor sentimiento de conservación de la vida y sus diversas modalidades, tales como la modalidad humana, la modalidad racial, la nacional, la consanguínea, etc. Es la pasión más singular; se manifiesta en cada individuo y en cada oportunidad, con gran variedad de formas. Pasión la más dinámica de los hombres, los seres organizados y los seres amorfos: todo lo pone en lucha con el objeto de realizar un acto de sacrificio, otro de relación y un acto final y transitorio de conservación de las formas finitas: actos que son medios y fines en sí, para la superior armonía de la evolución superior del mundo.

El autodidacta encontrará en el amor, por lo regular, una falta casi radical de la indispensable virtud de la ecuanimidad. Y sin embargo es, por una ley singular, principio de toda comprensión requerida: característica antítesis de su naturaleza.

Procurará el crítico hacer obra de múltiple prevensión contra la sorpresa que puedan causar las infinitas formas en que suele manifestar sus energías singulares, corrientemente caprichosas.

Amor fraternal; amor paternal; amor religioso; conyugal; amor a las cosas; amor al mal; a la belleza; a los hombres; amor a uno mismo; a lo exótico; a lo común; amor a nuestras obras y a las obras ajenas; amor a la ciencia y a la ignorancia.

A) Amor fraternal: la relación de consanguinidad más cercana no es como se ha creído la que existe entre padres e hijos, es la de los hermanos entre sí. El hijo hereda por mitades la naturaleza de los padres, y las dos que le constituyen son análogas a las otras dos mitades que conforman la entidad de los hermanos; de modo que mientras éstos se relacionan en virtud de una semejanza total, cada uno de los padres es análogo a ellos en cuanto les ha heredado, es decir, en la mitad que complementa la mitad de contribición del otro. Esto explica la mayor afinidad que existe, por lo regular, entre hermanos, y la necesidad que debe determinar al crítico a hacer consideraciones psicofisiológicas de los acontecimientos que se refieran al amor fraternal: hechos de parcialidad o imparcialidad; explicación que manifiesten de los actos psíquicos, fisiológicos e inorgánicos, en relación con los intereses recíprocos que les impulse a las diversas actividades del cuerpo y del espíritu; etc.

B) Amor paternal: el padre está inclinado, en sus relaciones con los hijos, por regla ordinaria, a la benevolencia más caracterizada, por el desinterés que suele moverla a obrar, por la comunidad de propósitos que les obliga a ejercitar funciones semejantes y la esperanza innata que tiene de prolongar su vida en ellos. Esta benevolencia supone un vasto campo de inexactitudes que podrían desviar las virtudes de orientación del crítico interesado en un caso que se relacione de alguna manera con el amor paternal.

C) Amor religioso: es esencialmente efectivo y trae los inconvenientes de las imágenes: sus múltiples relaciones erróneas: el abandono del desenvolvimiento ideal del espíritu; el desconocimiento de las relaciones recíprocas que deben existir entre afectos e ideas; etc.

Ha producido el amor a la fe, apesar de los inmensos beneficios que aporta a los hombres, el exceso de celo, cuyas consecuencias han sido el homicidio y la persecución; ha causado la avaricia, la hipocresía, el decadentismo dogmático que es incomprensión, esclavitud e inactividad; la prostitución del alma y la carne de los pueblos.

D) Amor conyugal: los nuevos hogares se forman a expensas de los hogares correspondientes a ambos conyuges: es un templo que se construye sobre las ruinas de otros templos queridos. Esto indica que el propósito es digno de un sacrificio semejante; e indica el vigor que constituirá los fines de ese propósito. Y como a mayor trascendencia de los fenómenos el

autodidacta encuentra en ellos mayor complejidad, en los que efectúan las relaciones del amor conyugal habrá de invertir gran cantidad de energías metódicas con el objeto de analizarlos y sintetizar sus fines. después de conocer sus funciones y su naturaleza originaria.

El amor conyugal produce un egoísmo análogo a su energía armónica; y como todo va removiéndose en él con la edad, los hijos, las nuevas dificultades y alegrías inherentes a la aparición de éstos, el crítico debe apreciar los cambios psicofisiológicos que son producto de las remociones parciales y totales de los valores.

Ahora se puede preguntar: ¿qué lugar ocupa el autocrítico en relación con los fenómenos de amor conyugal que examina? Contestada la interrogación el éxito del examen dependerá de la serenidad, ecuanimidad, penetración y método con los cuales se emprenda el estudio del caso elegido.

E) Amor a las cosas: la percepción de las cosas afecta de diversas maneras el espíritu, el cual las ama en multitud de formas gerárquicas correspondiente a esa diversidad afectiva, y elige las necesarias para el desarrollo emocional de sus facultades interiores. Sabiendo determinar las sensaciones que producen en los sentidos — sensaciones auditivas, olfativas, visuales, táctiles y gustativas — los fenómenos de las cosas, se obtendrá, por otra parte, una orientación de verdadero carácter científico, o artístico y filosófico.

No se debe olvidar la patología de esta materia: amor a las deformaciones exteriores; amor caprichoso o exaltado a unas zapatillas de mujer, por ejemplo; a determinados fenómenos sensuales que enferman el cuerpo y el alma. Etc.

F) Amor al mal: los hombres tienen innumerables defectos voluntarios, entre ellos el amor al mal: esto es imprescindible porque la naturaleza y sus accidentes lo imponen a todos los individuos. Y el problema que necesitamos solucionar es la determinación de las circunstancias que los impulsan a actuar en cualquier momento. Hay varios recursos para conseguir este propósito: el conocimiento de la historia del individuo; las circunstancias visibles del momento en que se produjo el efecto; el uso personal de la lengua y la mímica; etc.

Hecho el análisis y obtenidos en una comprobación minuciosa y serena resultados de una satisfactoria apariencia, se procede a aplicar lo concluído, a la actividad interna.

G) Amor a la belleza: la conciencia de todo género de amor altruista da por resultado el trabajo, que eleva y promueve, hacia el progreso, los valores de la civilización. No se concibe el equilibrio interior del espíritu y sus relaciones externas, en un hombre de estrechas capacidades.

Poquísimas son las personas que tienen el suficiente talento, ilustración y voluntad para contener las malas inclinaciones; y se ve a menudo en la mayoría de los hombres distinguidos la claudicación en palabras y actos. ¿Qué se puede esperar del conocimiento hecho *a priori* de los fenómenos exteriores si las excepciones se multiplican a cada intento de penetración de la realidad?

El amor a la belleza no ha salvado al hombre de multitud de radicales antítesis que desconceptúan la esencia misma de su naturaleza: la excepción ocupa un amplio espacio de la regla y la confirma copiosamente. La historia del arte encuentra gran cantidad de casos patológicos en que la estética no ha contenido los excesos del vicio, de la simple amoralidad y de las violencias generales más robustas del mal. El excesivo amor a la gloria, el acatamiento a los juicios desautorizados de muchedumbres que aplauden, olvidan o rechazan nuestras obras, la falta de principios para dirigir con el mayor rigor nuestra propia educación, han sobrepujado en muchas oportunidades a los poderes altruistas del sentimiento estético.

El autocrítico debe cerciorarse de las ideas estéticas de los sujetos para relacionar con ellas directamente sus doctrinas y actos, establecer comparaciones y prepararse a las influencias recíprocas en cualquier sentido posible en que puedan llegar a establecerse, en bien o en mal; no de las ideas que se improvisan y no se practican. Después está en el deber de adquirir conocimiento del valor analítico que orienta en uno o en los demás los actos de carácter estético, con el objeto de establecer el mismo género de relaciones anterior. Sólo faltará enseguida compaginar o intentar compaginar la vida común del esteta con sus capacidades analíticas y principios de orientación estética. Así se podrán separar los excesos del amor a la belleza, de sus propios beneficios.

H) Amor a los hombres: es más frío a veces que el amor a las cosas determinadas y a los hombres determinados, y por eso a menudo es mucho menos activo. Mientras más universales son los intereses humanos son más dinámicos en el sentido intrínseco, pero el esfuerzo que ha de emplearse en el conocimiento de ellos será proporcionalmente mayor. Es por esta razón que el amor al prójimo asume una forma superior del espíritu, y sus excesos y buenos resultados producen mayores consecuencias que el amor egoísta a determinadas personas o cosas.

El amor a la raza; el amor a los conciudadanos; a los compañeros; a los amigos; a los coopartidarios, etc., son formas del amor universal al prójimo. Es preciso localizar sus

fenómenos atendiendo cuidadosamente a la multiplicidad de sus formas.

I) Amor a uno mismo: por lo regular altera la clara visión de nuestros méritos y deméritos. Es preciso equilibrarlo con las otras pasiones y facultades reflexivas del espíritu... Así evitaremos la vanidad, la irreflexión para aceptar juicios exteriores e interiores favorables o no favorables a la personalidad o evitaremos los excesos y los defectos de su actuación; y podremos orientarlo hacia rumbos realmente educativos.

El amor a las cosas generales es superior al amor de lo particular dentro de nuestro espíritu, como en todas las circunstancias. Por esta razón determinaremos, además, el valor del amor bajo ese punto de vista; e intentaremos su equilibrio y sus orientaciones posibles por medio de los recursos que estén a su alcance y satisfagan, por entero, altos propósitos de altruismo autoeducacional.

J) Amor a lo exótico: la curiosidad es efecto y medio de este extraño amor constructivo. Es poderoso elemento civilizador al cual se deben los pasos más audaces del hombre.

Si las generaciones se hubiesen encastillado en sí mismas y la curiosidad no las hubiese impulsado a descubrir e inventar, la promoción de las facultades humanas y los valores de la civilización no existiría. Por consiguiente conviene localizar los buenos y malos efectos de este amor para distingur en uno o en los otros individuos las capacidades constructivas, indiferentes o destructivas que sintetiza en sus manifestaciones exteriores y sus poderes intrínsecos.

K) Amor a lo común: débese al deseo de la conservación; se extiende a la conservación de los errores, y en este caso sustrae a los seres de la influencia del progreso tomando a veces rumbos opuestos a todo avance.

Si el amor a lo exótico es agente de todo progreso, éste conserva sus adquisiciones hasta el punto de focilizarlos en ídolos. Pero sin embargo amenudo refrena los impulsos del exotismo exajerado, y es entonces cuando presta uno de sus servicios más interesantes.

El amor a las cosas adquiridas es el punto de apoyo de toda inquietud de invención y descubrimiento, de toda inquietud progresiva del espíritu.

En las ocasiones en que el amor a lo común no demuestra con la mayor claridad la certeza de sus objetivos, cuyos fundamentos precisamente descansan en el sentimiento de conservación de algún valor adquirido, el autocrítico metodizará la forma de localizar los excesos conservadores. Y aún más: los mismos elementos de apariencia incontrovertible necesitan una

repetida comprobación interior de la realidad de sus valores fundamentales.

L) Amor a las obras ajenas y las obras propias: el deseo de conservarnos trata siempre de imponer una defensa incondicional de nuestros valores; y como éstos no pueden ser obra de la perfección, amenudo nos constituímos en defensores tenaces de graves imperfecciones. El amor exajerado a nosotros mismos es consecuencia a veces de la defensa pertinaz de esas imperfecciones y la consideración exaltada de las virtudes personales; en otros casos se debe a la incapacidad de valorar los fenómenos interiores del espíritu por ignorancia científica, filosófica o estética. De aquí la necesidad de que el autocrítico tenga una cultura enciclopédica.

El amor a las obras ajenas se debe al deseo de conservación personal universalizado, y llega a adquirir los defectos y aspectos plausibles del egoísmo vulgar, a menudo en elevadas proporciones mentales.

Corresponde, pues, al autocrítico, operar un hondo análisis con objeto de clasificar el valor gradual de los elementos y actos del tipo excepcional en examen.

M) Amor al conocimiento y a la ignorancia: si los objetivos del conocimiento no están bien precisados por el individuo el amor a la idea llega a ser desordenado y en alto grado peligroso. La orientación encarrila las energías fuera de posibles peligros que en un momento dado podrían llegar a aniquilarlas por un proceso cualquiera de desintegración que pospusiese el verdadero interés práctico e ideal por ideas o prácticas ilícitas. De esto se concluye: el amor a la sabiduría debe conservar siempre un propósito ampliamente analizado y cuidarse con especial interés de la inconciencia de los menores detalles que intenten conducir hasta ese propósito.

El autocrítico en conocimiento de este principio estará en condiciones de apreciar cuándo la conducta de un hombre cualquiera corresponde a las exigencias de una o varias orientaciones precisa o confusamente determinadas; y sabrá sustraerse a las influencias de los malos fenómenos que se refieren a esta materia.

El amor a la ignorancia se deriva de muchas fuentes: desconocimiento de placeres mentales y las ventajas prácticas de esos placeres; pereza orgánica e intelectual; incapacidad para comprender los propósitos generales de los ejercicios de la inteligencia; estado innato de reposo y ausencia de motivos capaces de despertar inquietudes vigorosas; enfermedades; escepticismo regresivo; círculos viciosos en la vida práctica y la vida espiritual que obligan a permanecer al tipo en determinados lugares de acción; contribución de regresiones de

parte del medio: del lugar en que se vive, la ciudad, el país, el continente, la época, además de los elementos raciales y los accidentes que corresponden a las generaciones, etc. Y como la ignorancia existe en todos los hombres cualquiera persona a quien dediquemos la atención nos ofrecerá el motivo de muchos de sus defectos en la ignorancia que a ellos corresponda: es preciso, pues, que inquiramos en la ausencia de conocimientos orgánicos o mentales la causa inevitable de los desaciertos.

Los conocimientos orgánicos se distinguen de los otros porque constituyen la fuerza dinámica de la vida práctica ordinaria de los hombres. Es posible la existencia de un conocimiento teórico a la par de la más ruda incapacidad para practicarlo en la vida común: este es un caso vulgarísimo. En cambio el conocimiento orgánico, cuyo origen suele ser ciencia acumulada a expensas de grandes esfuerzos de la raza o la familia, a expensas del tiempo, a menudo opera aislado, sin la comprensión teórica correspondiente. El ideal consiste en unir el conocimiento orgánico con la mayor explicación teórica posible. Conocido esto se facilita el análisis de los fenómenos en cuanto están relacionados con todo género de ignorancias: a este propósito conviene la distinción que precede de las dos formas de ignorancia más notables.

Terminamos aquí el examen sinóptico de los otros motivos que impiden la libre manifestación de los testimonios externos y entramos, acto seguido, a

Los motivos internos que impiden la libre manifestación de los testimonios.

No se podría llegar a determinar qué es anterior en los puntos de partida originarios del tipo, si los elementos externos o los interiores. Pero, sin embargo, es más razonable que nos inclinemos a atribuir el origen capital de lo infinito, esto es, de lo interno, a lo infinito exterior, porque es más general aunque esa generalidad sin límites incluye toda interioridad posible. Por lo tanto atribuiremos los orígenes del yo a la eterna infinitud del universo y relacionaremos todos sus fenómenos con las verdades conocidas de su origen complejo.

En consecuencia, no difieren en ningún sentido la naturaleza y el hombre; éste es un efecto de las leyes naturales que lo engendran todo de modo esencial; la apariencia vacía de la forma y el error no existe, todo es esencia absoluta, y lo nóumenal y lo fenomenal no son más que aspectos de la esencia cósmica e inexplicable que constituye las cosas desde sus puntos particulares a sus relaciones infinitas.

Y para comprobar las relaciones que la naturaleza exterior

tiene con la naturaleza del yo es suficiente reconocer que el medio dirige las manifestaciones y conformación de las facultades más elevadas del hombre. Semejante aspecto de la materia, comprobado debidamente con el recurso de la experiencia vulgar, nos da una sólida orientación para reconocer las leyes que dirigen los actos más sutiles de la inteligencia.

Cómo se comprueba que el yo es prolongación de la naturaleza exterior

Primer argumento: el aspecto de la verdad general más conocido es la vida orgánica del hombre; y, como a la cesación de la existencia del cuerpo corresponde un período mucho más complejo de esa existencia, y la existencia no comprobada aún de manera clara, del espíritu, principalmente, la relación que existe entre las verdades elementales de la naturaleza exterior y la de la inteligencia son más reales, para nosotros, que las posteriores relaciones del alma desprendidas del cuerpo. Por consiguiente, no hay nada más cierto para nosotros que no existe solución de continuidad entre la mente y el orden físico de los fenómenos, y la ciencia debe partir de esta continuidad para objetar o aceptar las afirmaciones que conciernen a la existencia de ultratumba de todo fenómeno.

Lo anterior se puede resumir en las siguientes palabras: si consta que al cuerpo vivo no le falta jamás la inteligencia, sea rudimentarísima o no rudimentaria, y que la muerte es precisamente la negación de toda facultad de vida que entraña por completo diversidad de grados de comprensión, y, además, que a ningún cuerpo muerto se le ha encontrado la inteligencia característica del vivo por más que entre la muerte y la vida no puede existir la solución de continuidad, nos ha de constar en primer término que la vida orgánica y la vida psíquica tienen su punto estrecho de unión y, por lo tanto, leyes comunes que los ata a funciones y propósitos comunes.

Segundo argumento: el anterior es de orden vulgar y no se escapará a cualquiera interesado; este es para mentalidades más exigentes, capaces de comprender la metafísica. Donde existe relación, por más abstracta que sea, hay comunidad de naturaleza y por consecuencia de funciones, propósitos y orígenes. Y la primera relación que media entre el espíritu y los órganos es la existencia del uno y los otros: luego, si los dos existen, tienen un mismo origen, semejantes funciones, propósitos y finalidades. Y las mismas leyes dirigen sus actos.

Comunidad de leyes entre la mente y la materia orgánica e inorgánica.

La mente es un finísimo laboratorio donde se combinan, mezclan y desintegran constantemente las ideas. Pero estos fenómenos de química espiritual difieren de los de la química ordinaria en una gradual proporción de alejamiento que dificulta hasta cierto punto aplicar de una misma manera las leyes de lo exterior a los fenómenos del interior del yo.

Por consiguiente, es preciso precaverse con el objeto de no confundir la manera de actuar de una misma ley en la materia orgánica o bruta y sus manifestaciones inteligentes por las cuales se prolonga hasta el espíritu.

Y al hablar de la química del espíritu identifico en ella todas las ciencias posibles de la materia en sus diversos estados y funciones: por ejemplo, la física, que no es sino una forma de la química; o ésta de la física, porque los movimientos no se pueden simplificar hasta quedar aislados, ni las acciones y reacciones de la química dejan de ser movimiento en toda la magnitud e intensidad que abarquen: lo mismo se puede tratar de las acciones y reacciones del movimiento en un sentido superior que de las leyes físicas que determinan los fenómenos químicos. Esto ya ha sido aceptado por algunos hombres de ciencia que no han estado satisfechos con los simples casos particulares y han pretendido explicarse con la filosofía en lo que no ha podido explicar la ciencia.

Fuerzas centrípetas y fuerzas centrífugas espirituales

La tendencia de la materia ordinaria a afluir hacia el interior de la tierra también se manifiesta en la materia psicológica. Pero como en esta es más sutil, y es, a la par, constante, determinar en el grado y la forma en que influyen en las ideas universales del hombre y las típicas de cada individuo, es tarea harto compleja que nadie ha emprendido, y ni sospechado siquiera.

Por otra parte, toda materia al evolucionar tiende a manifestarse hacia arriba, sustrayéndose en proporción a sus fuerzas vitales, de la atracción central de la tierra, y constituyendo núcleos más o menos intensos y resistentes; resistentes según su plasticidad y sutileza, porque, por ejemplo, los minerales son más duros que los organismos, y, sin embargo, ocupan un lugar menos elevado que ellos en la escala de las diversas evoluciones: por lo tanto, la dureza es sólo un aspecto de la evolución.

La posición de la cabeza indica la tendencia a elevarse, con respecto a la tierra, que tienen las formas más nobles: en todos los animales se observa y los que tienen la cabeza a nivel del tronco tienden a erguirla.

Pero, las fuerzas centrífugas de la tierra neutralizan las influencias de las fuerzas centrípetas, sosteniendo a los cuerpos, por decirlo así, en su carrera hacia el interior y distribuyendo la materia en una forma armónica.

Lo que ocurre con el inmenso núcleo de la tierra, también rige toda clase superior o inferior de núcleos; los cuerpos que se individualizan en la superficie de la tierra toman sus caracteres precisamente por un proceso de concentración—asimilación—que para formarse necesita del movimiento opuesto—disimilación—con el objeto de sustituir la materia usada, o rudimentaria, a veces, por la nueva materia que centralizan las fuerzas centrípetas: de aquí la clara similitud que hay entre la evolución del espíritu y la ruda evolución de la tierra.

¿Y así, no resulta, pues, fundamental, la función que desempeñan los impulsos centralizadores y descentralizadores de las ideas y los sentimientos? Y, por otra parte, ¿no estamos facultados para aprovechar la analogía que existe entre la evolución y disolución de las ideas y sentimientos y los mismos fenómenos operados en la materia bruta?

Hemos afirmado la existencia de estos fenómenos en la mente sin preocuparnos de una exposición de razones por lo mismo que estos están al alcance de todos, cosa evidente si se observa que las mismas palabras que se emplean con objeto de significar que existen esos fenómenos en la tierra se han empleado siempre para indicar la similitud existente entre las funciones que desempeñan en la materia bruta y las que operan en el espíritu: por ejemplo, suele hablarse de la evolución de la tierra y la evolución del alma; por consiguiente es preciso que haya una similitud muy notable entre cuerpos que persiguen una misma finalidad, desempeñan semejantes funciones para obtenerla y se relacionan, tan estrechamente como el alma y el cuerpo, puesto que la evolución conserva unas mismas leyes en todas partes. Cosa análoga ocurre con las siguientes palabras: la palabra existencia, que es común a todo; la palabra movimiento, común a todas las cosas que evolucionan; la palabra núcleo; y concentración, consistencia, conservación, desgaste, cantidad, calidad, género, especie, orden, reunión, revolución, analogía, identidad, regresión, etc., etc. Las mismas palabras no se deben emplear para denominar cosas que, por lo menos, no sean siquiera afines; la metáfora no puede existir sin la analogía,

sin la comunión, aunque sea lejana, de las cosas que se comparan.

Cuándo las fuerzas centrípetas y centrífugas del espíritu se oponen a la evolución.

La mayor o menor concentración de las ideas procedente de la afluencia centrípeta de la comprensión, consiste en la conciencia del mayor o menor número de aspectos que se consideran en una corta extensión del espíritu. Y la dilución, resultado de la rotación centrífuga de las fuerzas ideales, proviene de considerar el menor número posible de aspectos en la mayor extensión posible. Los dos fenómenos, el de concentración y el de dilución, también se operan en lo correspondiente al sentimiento.

Cuando se atiende con demasiada preocupación un orden de aspectos en una extensión reducida, en lugar de obtenerse las ventajas de la concentración se descuidan las relaciones de ese orden con el mundo limítrofe y exaltan sus cualidades en la proporción en que se descuidan esas relaciones. Después, salidos del ejercicio, quedamos con las impresiones recibidas y sus consecuencias desviadas; la semilla germina y, con el tiempo, el follaje de la planta puede llegar a ocupar un vasto lugar en el huerto interior. La evolución del error sustituye entonces al desarrollo de la realidad.

Otro efecto peligroso de la concentración consiste en la observación y la práctica detenida del mal. El mal concentrado produce la inconsciencia del bien y tiende a rechazar todo análisis provechoso y aun a las mismas reacciones deliberadas que puedan llegar a intentarse. Las huellas del mal tienden a profundizar en el suelo y el bien tiene alas.

Pero siempre es relativamente fácil darse cuenta aproximada de las dos clases de peligro en referencia, porque aparecen como evidentes deformidades de un cuerpo inarmónico al cual le ha crecido con exceso algún órgano. Las ideas o sentimientos, explicados o sentidos sin violencia, son evidente resultado de una peligrosa concentración espiritual, u orgánica. Y cuando la deformidad es el distintivo común de un espíritu, es producto de un trabajo inmenso de accidentes poderosos en extremo, o de generaciones enteras, que le será fácil distinguir en su carácter inmoral o antiestético, al autocrítico, por la comparación de sus defectos con el equilibrio moral y estético de las otras personas. Y como esta comparación está al alcance, siempre será relativamente fácil, como está dicho, reconocer el peligro, en este caso mucho más general y peligroso que en los otros casos mencionados.

Es preciso, además, tener en cuenta que todo hecho o estado sobresaliente es consecuencia de un esfuerzo también sobresaliente de la concentración de las fuerzas; y se debe determinar la causa de las cosas que se analizan. Por lo tanto es preciso que el autocrítico intente encontrar las causas de sus deformidades para los consiguientes efectos de la rectificación total.

También viene a propósito señalar otros recursos de autoeducación, en esta materia. Por ejemplo, la conveniencia que hay de desviar la atención de todo cuanto atraiga las malas influencias, empeñándola poderosamente en ejercicios ilícitos y alegres, que proporcionen delicias violentas y sostenidas; de tratar de analizarlas y avivar con la mayor fuerza posible la conciencia de la responsabilidad no sólo de los efectos sino también de las causas. Evitar malos medios, procurar los mejores, y, en defecto de esto, adoptar actitudes agresivas contra el medio hostil y sacarle el mayor partido posible a sus energías. Sustituir al sentimentalismo por el análisis hasta donde alcancen nuestras fuerzas y seleccionar de entre los sentimientos que no podemos o debemos evadir, los más opuestos al vicio que se desea atacar. Reducir los malos sentimientos y las malas ideas imprescindibles. Etc., etc. Según sea el vicio así será la medicina que deba emplearse. No hemos hecho más que indicar las drogas más importantes que constituyen los recursos medicinales del espíritu.

En cambio, los peligros inherentes a los movimientos centrífugos del alma no son de exceso, son de defecto, por lo general.

(Ya hemos dicho que tanto las fuerzas centrípetas como las centrífugas tienden a equilibrar las energías espirituales y las conservan, pero la relación varía según la circunstancia de asimilación o disimilación tanto del cuerpo como de la mente; y si esto no sucediese así el reposo absoluto sustituiría a la evolución. De ello se desprende: es necesario darse cuenta del estado en que se encuentran las energías centrípetas y las centrífugas en los diversos estados interiores del espíritu para encarrilar sus fenómenos).

Por otra parte, al movimiento centrípeto corresponden fenómenos análogos a los fenómenos de los movimientos centrífugos, pero divergentes. Por consecuencia el conocimiento de los unos puede encarrilarnos a conocer los otros si invertimos los términos. Los peligros de concentración en la dilución son precisamente sus virtudes; y viceversa. Y como se ha manifestado, unos son de exceso y otros de defecto.

Cuando se observa con la menor atención posible un sentimiento o una idea —sentimiento o idea que pueden referirse a

los objetos exteriores—el espíritu descentraliza sus energías y las divide o debilita: esto es efecto de una función centrífuga de las capacidades de observación. Si se trata de malas ideas o sentimientos esa descentralización obstaculiza el progreso del mal y lo mantiene en un estado relativo de inconsciencia que supone menor responsabilidad; y si en lugar de debilitar la energía de esas ideas o sentimienos, las divide, los fragmentos tenderán a desaparecer. Además, la dilución es el recurso más eficaz para combatir toda peligrosa centralización de las funciones y rompe los círculos viciosos que suele formar esta centralización regresiva, de la misma manera que la centralización obstaculiza el curso de los círculos viciosos de toda energía descentralizadora.

El inconveniente mayor de la dilución consiste en que produce la ligereza del espíritu para observar con detenimiento fenómenos que interesan a la higiénica y distinguida conservación de energías orgánicas y mentales: consiste en una negación del esfuerzo que detiene al espírtu en sus ejercicios más provechosos, lo predispone a influencias perjudiciales y, con el tiempo, lo convierte en un elemento social que influye negativamente al medio en que se conserva, el cual ha permitido su estabilidad.

El medio de reconocer la presencia de la descentralización de las energías mentales y orgánicas es opuesto al medio señalado de hacer el reconocimiento de los defectos de la centralización de las mismas: esta última produce órganos y funciones excesivos; la descentralización, ausencia de órganos y funciones o el simple debilitamiento de ambas cosas. Así como el exceso produce deformidades en el sentido positivo del desarrollo, el defecto provoca la ausencia o la debilidad, parciales o totales. Por consiguiente, en la misma forma en que se reconocen los peligros de la centralización—desarrollo inarmónico y exajerado de facultades, órganos y funciones—, se reconocen los defectos de la dilución por la debilidad o la ausencia de órganos, funciones y facultades de todo género.

Por consiguiente, es necesario que se localicen debidamente los diversos estados de las fuerzas centrífugas y centrípetas del alma, por medio de un método científico que pueda considerar la mayor parte de los elemenos que influyen en su desenvolvimien-.o o en sus múltiples regresiones. Determinar para este objeto el caso particular en todas sus posibles circunstancias, será el punto de partida en el cual empezará la experiencia, y, de ahí, la clasificación, el análisis y la síntesis ordenarán sus diferencias y las múltiples analogías que armonizan el todo.

Así se podrá alentar en uno la verdad, dinamizar la mente y oponerse al mal de un modo sistemático y científico; y, si es

el caso, filosófico o artístico. El autocrítico, en tal forma, no se dejará sorprender de las opiniones exteriores por más autorizadas que aparezcan, ni de sus propias opiniones; y en cambio podrá juzgar la certeza y sinceridad de todo juicio, después de ese examen riguroso y metódico. Y nada será aceptado sin este riguroso proceso de valoración interior.

Miedo y temeridad.

La debilidad mental o corporal produce el miedo, y, en casos excepcionales, lo producen también la exhuberancia y el mismo instinto de conservación. Cuando es efecto de la debilidad acrece en la fantasía multitud de imágenes que poco a poco lo van excitando y perfeccionando hasta llegar a provocar otras enfermedades gravísimas, serios trastornos de la digestión y la circulación de la sangre, etc. Y, en lo que toca a la mente, la obsesión, y la misma locura, negación de toda crítica. A esta circunstancia se debe el hecho de que debamos evitar todo género de debilidad; y debamos, también, considerar el estado de salud en que se encuentren las personas cuyos juicios pretendemos relacionar con nosotros, sin equivocaciones. Porque, ¿sabemos qué cantidad de miedo de cualquiera índole ha obligado al amigo, persona sensata, a ocultarnos sus verdaderos juicios sobre nuestras obras, las suyas y las ajenas? ¿Sabemos qué circunstancias patológicas nos impiden trabajar en tal o cual sentido o a evitar tal o cual trabajo? ¿Podríamos afirmar si el espiritualismo ha sido aceptado por nosotros o cualquiera individuo que nos interese, por una simple circunstancia patológica? Sin el examen metódico de todas las posibles circunstancias científicas, artísticas y filosóficas del caso, no estaremos en condición de educarnos a nosotros mismos, y de ser útiles al medio, sujetos motrices.

Ahora conviene indicar cuántas clases de debilidad existen y la manera de precavernos de sus consecuencias.

Son infinitas sus causas, y, por lo mismo, infinitos sus efectos. Se dividen en dos sentidos: el orgánico y el espiritual.

En el orden orgánico puede existir parcial o totalmente en una, en varias o en todas las regiones afectadas, trastornarán las funciones mentales en la proporción del lugar e importancia que les corresponda en el conjunto orgánico.

En el espiritual, de manera semejante, se manifiesta parcial o totalmente en una, en varias o en todas las facultades. Y cuando la afección es muy grande se puede apreciar fácilmen-

te; pero cuando se trata de una debilidad cuyas manifestaciones no es posible apreciar a primera vista — y esto ocurre casi en todas las personas y en todas las épocas—es preciso hacer un examen detenido para estar en aptitud de distinguirlas y atribuirles la debida responsabilidad.

La manera de hacer obra de prevensión contra estas dificultades acaso ineludibles en todos los hombres, es localizando la atención sobre el punto débil y pensar o actuar contra el elemento o los elementos que pueden llegar a impulsarlas; y atraer los elementos en cuya presencia tiendan a desaparecer.

Debe observarse que en los casos de debilidad en la salud es producida por los siguientes motivos: falta de ejercicio; apariencias peligrosas del medio que provocan a menudo exajeradas actitudes de precaución; mala índole natural, etc.

La temeridad: comprende los siguientes estados mentales: falta de imaginación del peligro y sus consecuencias dolorosas, consciente o inconsciente; incomprensión del hecho; sentimientos exaltados de temor, defensa o ataque; excesivo amor propio, orgullo, vanidad, fe excesiva en las propias fuerzas, ambición, aspiraciones violentas e inarmónicas; desesperación, y locura, finalmente; y multitud de otros estados de segundo orden.

Si se observa cada uno de estos casos se comprende que tienen de común la inarmonía de los pensamientos y los sentimientos, en virtud de falsas apreciaciones del verdadero interés que debe guiar, con la mayor serenidad, los actos más complejos.

Todos los fenómenos indicados ocurren a cada instante en los individuos más serenos y capaces de sentir y pensar, si se toma en consideración que tienen diferentísimos grados de intensidad perceptibles los unos a simple vista y los otros con todo rigor analítico.

¿Cómo podrá el autocrítico determinar entonces, efectos de causas tan delicadas en los otros si en él mismo no juzga casi siempre por incapacidad natural las circunstancias que le mueven a obrar? En el estado actual de la ciencia, el arte y la filosofía, esta pregunta queda pospuesta para mejores épocas, lo cual no impide que se intente solucionarla por el crítico esforzado.

Efectos de perspectiva

Hay dos clases de perspectiva que corresponden la una al tiempo y la otra al espacio.

Perspectiva en el tiempo: reside en la memoria. Los acontecimientos más viejos ocultan sus relaciones superiores mientras más cercanos están del presente. Por lo tanto conviene tratar de reconstruir el detalle de los recuerdos viejos y abarcar los conjuntos de los acontecimientos cercanos o presentes, en particular si se trata de estos últimos. En ambos planos de perspectiva hay, pues, dificultades y ventajas muy semejantes pero invertidas, cuyos resultados son muy análogos, más no idénticos.

Perspectiva en el espacio: se opera en los espacios espirituales y se juzga por la mayor o menor distancia en que ocurren los fenómenos mentales con relación al núcleo de facultades que juzga en un momento dado cualquiera aspecto. Porque no existe un punto determinado con respecto al cual la conciencia que es múltiple, gire en sí misma; esto implicaría la cesación inmediata de las relaciones de ideas y sentimientos, sin las cuales la conciencia no es sino una abstracción sin sentido. Y la misma evolución de las ideas por las cuales la autoeducación viene siendo posible, es relación de estados diversos en una extensión exterior que varía con los sentimientos y las ideas en que se operan los movimientos progresivos y regresivos.

Por consiguiente, los planos de la perspectiva varían según la preocupación del momento. De tal modo que el autocrítico puede variar a su gusto los planos de perspectiva de una misma idea o sentimiento hasta llegar a determinar el lugar más conveniente con relación a la realidad científica, artística y filosófica, como el pintor que distribuye convenientemente los colores, o el escultor los contornos en conformidad con el objeto que se propone realizar artísticamente. Pero hay una gran diferencia entre la distribución que opera el espíritu de sus afectos o ideas, y la del escultor y el pintor, porque el primero ordena movimientos, y, estos últimos, cosas más permanentes, como son las pinturas y el mármol. Ordenar movimientos, encauzarlos, equivale a pretender actualizar, en su inestabilidad, a la vida interior, que fluye perennemente en los más contrarios sentidos.

En los otros aspectos las mismas leyes de la perspectiva en el tiempo determinan los fenómenos de la perspectiva en el espacio.

Relaciones de la perspectiva entre el espacio y el tiempo.

El espacio y el tiempo constituyen las dos dimensiones más características que conoce el hombre. Y se relacionan como dos planos convergentes en que se complementan las relaciones subordinadas a ellos en la conciencia, desde la cual esta aprecia los efectos combinados de ambos en diversas relaciones de perspectiva que se refieren a la memoria y a la apercepción actual.

Las equivocaciones de la memoria por lo mismo podrán referirse principalmente al espacio con el cual el tiempo se relacionó para producir el fenómeno. Y entonces la descripción tomará un papel capitalísimo en el recuerdo. Mas si se refiere principalmente al tiempo la memoria describirá el medio y sus

movimientos para apreciar la duración relativa de los sucesos. Ambas cosas, el recuerdo del espacio y el recuerdo del tiempo, a medida que se alejan del momento presente que apercibió la extensión de las ideas y los afectos y la duración que les ha correspondido, van ocultando el enlace relativo de la duración y la extensión de cada conjunto y cada detalle hasta llegar a desaparecer la originaria realidad en que sucedieron.

Pero mientras más cercano se halle la conciencia va perdiendo la noción de la generalidad de los conjuntos y se distrae por lo regular con la observación o contemplación de los detalles, de los dos planos convergentes del fenómeno. Es entonces cuando a las dificultades que aparecen en toda observación de las convergencias se unen las dificultades de perspectiva que ocultan en el primer plano las generalidades, así como en los recuerdos lejanos estas últimas ocultan los detalles y presentan el conjunto.

Por consiguiente, es necesario que el autocrítico determine el doble efecto que producen en el espíritu y sus funciones razonadoras e ideales, la convergencia del tiempo y el espacio, y los planos de perspectiva en los cuales se considera esta convergencia.

Egolatría y depreciación de uno mismo.

Lo que más interesa a la conservación ordinaria de la vida es el detalle, la asimilación orgánica y espiritual de lo particular. Por este motivo la perspectiva ofrece con particularidad, a medida que las cosas van acercándose a uno, los detalles, y dificultan más la asimilación de los conjuntos. Entonces el detalle toma mayor consideración y puede exaltarse hasta llegar a proporciones inmensas. La egolatría no es más que la exaltación en la inteligencia de los méritos que posee el paciente y que asume proporciones enormes. Por esto mismo el ególatra compara los grandes méritos de los demás con sus pequeños méritos sin apreciar diferencias. Y todos estamos acostumbrados a exaltar nuestras propias cosas, bienes y males, conjuntos y detalles, como si tuviésemos para observarlas en los ojos del espíritu una lente.

La depreciación de uno mismo no se alcanza sino después de vencer los efectos del primer plano de la perspectiva y colocarlos a distancia en comparación con los hombres y las cosas, de tal manera que se lleguen a observar con mayor detenimiento los detalles del exterior, y, a veces, hasta exaltarlos en perjuicio de todo, como en el caso de la megalomanía. Naturalmente que esto provoca una reversión, aunque ficticia en el fondo, de los valores, y se opera en el espíritu el fenómeno opuesto a la megalomanía, la reducción ilusoria de los propios valores físicos y mentales.

Es natural que las cosas se deben apreciar en su justo valor aunque ocupen cualquier posición en el yo o en el mundo exterior. Ni la exaltación de los propios valores y reducción de los ajenos o la exaltación de estos últimos y reducción de los otros podrán sostener la armonía de las leyes naturales. Por lo tanto, es preciso conocer rigurosamente los efectos de la perspectiva para combatir los excesos a que está propenso el espíritu en esta materia.

Egoísmo: defensa sistemática de los valores internos.

El individuo puede tener un juicio muy aproximado de sus valores y, sin embargo, intentar ante los demás una defensa incondicional de los mismos que falsea su virtud. Esta es función propia del egoísmo. Concluye, como es natural, amenudo, por perder la verdadera apreciación de sus actos, puesto que se niega a ejercitar sus capacidades críticas: y con esta pérdida, toda posibilidad de orientación. La falsa defensa toma un carácter sistemático e influye al medio con una actividad encarrilada; y si el tipo es de un temperamento dominante, cada impulso egoísta se insinúa con un vigor que el mayor número de personas no resiste: entonces la influencia es decisiva.

Amor excesivo: Extasis: Ilusiones. La Fe. La Esperanza exaltada.

El amor consiste en una necesidad de cohesión que no se ha cumplido, y tiende, una vez satisfecha, a mantenerse en una activa armonía. Cuando la necesidad se considera mayor de lo que es en sí, el esfuerzo para adquirir el objetivo aumenta, y entonces se pierde la conciencia intuitiva del propósito, con esta el equilibrio del esfuerzo y, por ambas cosas, la ecuanimidad del autocrítico para juzgarse en cuanto se relacione a la materia del objetivo y el esfuerzo en sí empleado para adquirirlo. El fenómeno es muy común porque siempre el amor desea excederse a sí mismo.

El éxtasis proviene de una forma superior del amor. Y el hecho anterior asume en él mayores proporciones. Las equivocaciones son más frecuentes, más intensas, y abarcan gran cantidad de las energías trascendentes del tipo. A consecuencia de esto debe exigirse de sus experiencias un caudal vigoroso de comprobaciones de todo género: científicas, artísticas y filosóficas.

Las ilusiones pueden provenir indistintamente de excesos o defectos. En los casos excepcionales en que se ama y no se cree en la existencia del hecho, la ilusión de la indiferencia

sustituye a la pasión misma. En cuanto a las otras cosas la ilusión tiene a veces consecuencias más graves: ilusión de grandeza, gloria, persecución; de ausencia de capacidades; ilusiones de odio; etc., etc.

La fe es el predominio de los sentimientos fuertes sobre los débiles, y de cualquiera de ellos sobre las ideas, que no son otra cosa que pasiones elementales. Y los sentimientos se distinguen por la fuerza práctica y egoísta mayor que los constituye y pone a obrar en la carne y el espíritu. Por lo tanto conserva y trata de conservar a despecho de la razón, intereses creados y activos, aunque sea consecuencia de cualquiera ilusión.

La tarea del autocrítico consistirá en determinar hasta qué punto la fuerza irracional de un sentimiento pugna contra sentimientos o ideas más razonables, para dominar con un esfuerzo contrario, que exceda a la resistencia irracional, las ilusiones consiguientes que implique esa fuerza.

La esperanza exaltada proviene de un sentimiento no razonado de excesivo optimismo, es el entusiasmo que no preve o no quiere prever los posibles fracasos de un proyecto determinado o difuso; una forma de la fe, que puede no ser ortodoxa. Es muy común en la ignorancia, el temor, la desgracia, en ciertas enfermedades, en la salud cuyas fuerzas no se desenvuelven, y, como todo fenómeno interior o exterior, está constituída de infinito número de matices.

Diversas inclinaciones del espíritu

Hay tres formas internas características del espíritu: la afectiva, la reflexiva y la mixta. Oscilan entre infinito número de formas intermedias.

Las inclinaciones afectivas orientan al espíritu hacia la fe, hacia las manifestaciones ilusorias, la exaltación y desequilibrio de las pasiones, y por consecuencia, hacia la parcialidad. Las reflexivas lo equilibran con más frecuencia, pero evitan, por lo regular, las enseñanzas del sentimiento. Y finalmente, el carácter mixto de las inclinaciones participa de las relaciones recíprocas de los afectos e ideas. Las tres características tienen sus ventajas y desventajas intrínsecas que debe determinar en sí el autodidacta para el efecto de la corrección y desenvolvimiento de la forma que le corresponde en predominio sobre las otras, en cada una de las circunstancias señaladas que determine su espíritu.

En la división que se acostumbra de estas formas no se ha comprendido que son los afectos, las ideas y la relación recíproca de los unos y las otras, los elementos de cualquiera individuo; y se ha pretendido explicar todos los fenómenos de un solo tipo bajo los puntos de vista de una forma predominante, cuando es

común que en un tipo principalmente afectivo, por ejemplo, se operen fenómenos particularmente reflexivos o mixtos. El autocrítico debe saber distinguir el mayor número de las manifestaciones complejas de su espíritu y juzgar cada hecho interior como si fuese una manifestación más ignorada que adquirida a priori por el conocimiento.

Efectos de exaltación, apocamiento y equilibrio de las pasiones.

Es preciso que el autocrítico tenga un profundo conocimiento de las pasiones humanas para llegar a determinar los errores del tipo afectivo de los fenómenos, el aprovechamiento de sus energías, y en general, de las enseñanzas que puedan adquirir en la observación y experiencia interior del espíritu. Por el momento nos toca hacer hincapié en los tópicos más generales del asunto.

Los efectos de exaltación de las pasiones, como los fenómenos contrarios, hacen perder el equilibrio interior, y, como consecuencia de esto, la serenidad y armonía general del espíritu. La pasión que se exalta repetidas veces tiende a ensancharse y a dominar las otras pasiones, las ideas, y con ambas cosas, los hechos que son consecuencia de los afectos e ideas.

El apocamiento destruye las inquietudes estéticas, las morales y las inquietudes de la vida ordinaria; también afecta directamente la función de las ideas.

Los malos efectos del equilibrio de las pasiones son la formación de los círculos viciosos, del dogmatismo sentimental, la incapacidad sentimental para intuir realidades superiores al plano de equilibrio conquistado, etc. El genio se hace rompiendo precisamente los círculos de equilibrio y ensanchándolos con circunferencias más amplias.

Fenómenos de carácter reflexivo

No siempre la reflexión debe entrar a todos los campos de la realidad: la verdad sentimental difiere de la verdad reflexiva, por más que no se pueda señalar el límite que las separa. Sin embargo, tienen un procedimiento análogo y orígenes y propósitos análogos e inseparables. A esta analogía se debe multitud de hechos interiores equivocados que el autodidacta está en la obligación de determinar en sí mismo y en las personas con quienes vive y se relaciona.

También los círculos viciosos se forman en las ideas y las funciones que se cree corresponderles. Y los poderes de invención y descubrimiento precisamente suponen una ruptura de prejuicios: el genio reflexivo es el hombre capaz de hacer gran-

des rupturas en los círculos viciosos de las ideas y sus vulgares procedimientos, capaz de sustituir por otros los planos de su equilibrio interior.

Fenómenos de carácter mixto

No es suficiente manifestar que los efectos de los fenómenos mixtos son los mismos de las ideas y las pasiones en combinación. La combinación produce un cuerpo diferente, en muchos sentidos, a los elementos que la constituyen. Por ello los efectos de la mixtura interior inducen al espíritu a equivocaciones características que el autocrítico puede llegar a sorprender; y a corregir localizándolas en su espíritu o en los casos exteriores.

El tipo sentimental reflexivo, es decir, el tipo mixto de los fenómenos espirituales, es más extenso, aunque no más intenso que cualquiera de los dos anteriores: se prolonga hacia ellos, y suele abarcarlos a ambos como un lazo que uniese a dos cuerpos análogos. Pero, como extiende la atención en un espacio mayor y no puede sentimentalizar o idealizar exclusivamente su naturaleza y sus funciones, pierde en intensidad lo que gana en extensión. Esto es malo para sus virtudes porque no las intensifica; y, bueno para sus vicios precisamente por el mismo motivo porque son menos vigorosos y más accesibles a la reforma. Los círculos viciosos de este tipo son frágiles, inestables, de carácter secundario; sus ilusiones son frías y débiles; sus realizaciones, transitorias; diluyen los afectos y las ideas en una conciencia frecuentemente entorpecida por ideas o sentimientos más vigorosos; y sin embargo desempeña la alta función civilizadora de relacionar al arte, la ciencia y la filosofía, en un estrecho consorcio de facultades que produce los grandes acontecimientos espirituales del hombre...

Lógica e intuición. La razón mixta.

Llámase razón a toda forma de intentar el conocimiento: la lógica, la intuitiva y la mixta. La razón lógica pertenece a la función de las ideas; la intuitiva, a los sentimientos; y la razón mixta pertenece al ejercicio combinado de sentimientos e ideas.

Estos tres elementos complementarios del raciocinio, del cual depende por entero la crítica, deben ser conocidos por el autodidacta en la naturaleza trascendente y común de sus orígenes, sus medios y sus propósitos: metafísica y empíricamente.

Para este propósito conviene el conocimiento de la historia de la filosofía y la crítica de su desenvolvimiento; después es indispensable el conocimiento de los valores fundamentales de la razón.

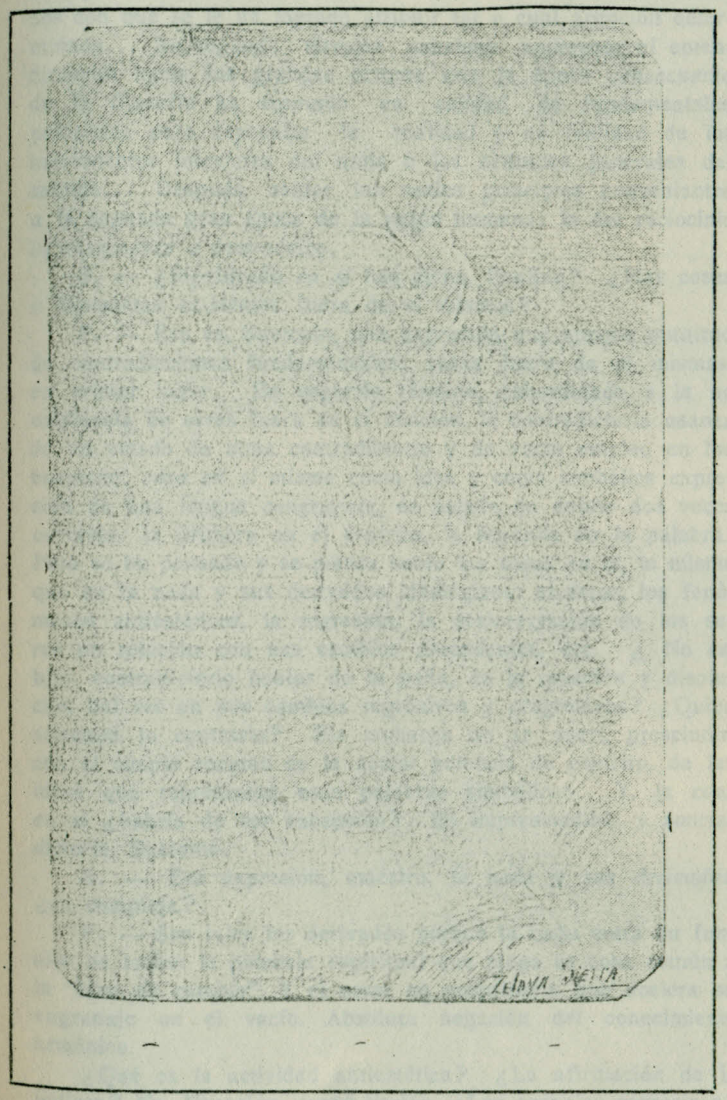
En la historia del arte y la ciencia no ha existido un crítico que abarque el círculo indicado de conocimientos. Sin embargo la autocrítica contemporánea exige determinar en él las acciones del hombre: las más pequeñas como las más grandes. Los más leves movimientos del espíritu como las más violentas lucubraciones del espíritu ....

... ...

FIN

LEUCONOE

METAFISICA DEL CONOCIMIENTO



PRIMERA ESTANCIA

Suetonio duerme en la ribera.
Y el azogado espejo de las aguas
quiebra la plata sonora del alba...
A lo lejos, en la otra ribera del lago,
tras la bruma en flor, las vagas
siluetas de romanas arquitecturas.

Paulino. — Suetonio, ¿duermes? Apenas distinguí el apasionado acento de tu voz. ¿Soñabas? Recitabas versos de Virgilio. ¡Pastorales estrofas me pareció escuchar de tus labios, Suetonio!

Suetonio. — ¡Lo advertiste, padre mío! Recitaba unos cantos que me enseñó una aldeana esclava, mientras pacía su ganado en la falda de un cerro. Los mismos que recité en tu casa aquella tarde...

P. — Estaban con nosotros mis hijas. ¿Te acuerdas? Sí, sí, hijo. Hermosos versos de amor que repasan, melancólicos, mi álbum de viejas memorias. Sí, sí; pobre pergamino empolvado que desempolvan los añejos versos clásicos.

S. — Me arrepentí después de haberte hecho remover los recuerdos, como bandada milenaria de palomas bíblicas. Eres, maestro, el marfil de una harpa, que se conmueve al más suave rumor de la memoria.

Después se alejan ambos por la senda que cruza bajo las frondas de Oriente.

P. — Caminemos despacio por esta larga senda. ¿Había prometido hablarte del *conocimiento*?

S. — Sí, Paulino. Deseo escuchar de tus labios la explicación de los más trascendentales de esos valores, en forma tal que clarifique en mi espíritu dudas y soluciones cuyos motivos, actos y propósitos desconozco y quisiera dilucidar en mí con entera evidencia.

P. — Preciso es que te explique cómo ha sido entendido el significado en sí de la palabra *conocimiento;* y los recursos con que se le ha logrado atribuir tal o cual acepción determinada... En segundo término conviene enderezar el entendimiento hacia los grandes errores que la época *consecuente* de la filosofía ha aceptado en calidad de fundamentales principios para especular la realidad o no realidad de los movimientos interiores del alma o las actitudes generales del mundo... Después, sentar los reales principios convenientes a la segunda gran época de la razón humana: la del raciocinio *inconsecuente e inarmónico*.

S. — ¿Significado *en sí* has dicho, Paulino? ¿Hay cosas o fantasmas existentes fuera de sí mismos?

P. — Esa es, Suetonio, una expresión que supone multitud de contradicciones fundamentales: cosas fuera de sí mismas, en primer lugar. En segundo término, subordinado a la no existencia de seres fuera de sí mismos, la contradictoria usanza de un estado de alma contradictorio y de vasto empleo en los espíritus: *cosa en sí misma* como idea y como simbólica expresión de una lengua *congruente*, es estado de ánimo dos veces concreto: la primera en el espíritu, la segunda en la palabra. Pero se ha pensado y se piensa sobre las cosas *en sí*, lo mismo que en la nada y sus derivados ideológicos: el error, los fenómenos antiestéticos, la regresión, la desintegración de los seres en relación con sus cambios ascendentes, etc. ¿ No es, hijo, contradictorio hablar de la nada, de la creación y disolución del ser en sus cambios regresivos y progresivos? ¿Quién afirmará lo contrario? Sin embargo no se podrá prescindir, con el simple recurso de la actual potencia de espíritu, de las ideas que representan esas palabras simbólicas. Y, la *cosa en sí* ¿habría de ser excepción? Es imprescindible y contradictoria, Suetonio.

S. — Esa expresión, maestro, *la nada y sus derivados,* ¿es compleja?

P. — Son tales los derivados porque la nada entra en función de todos: la potencia espiritual que niega es cosa común a la *"idea de cambio"*. Y el error es maquinaria que acelera su engranaje en el vacío. Absoluta negación del conocimiento armónico.

¿Qué es la actividad antiestética? ¿La afirmación de la belleza? No. Negación, contradicción. ¿Las energías regresivas? Regresar es dejar en la nada y asumir nueva existencia. Cosa negativa, contradictoria. Lo que se deja en la nada ¿se deja en parte alguna, dentro de la filosofía consecuente?

¿Y el progreso, espiritual Suetonio? Es dejar de ser de una realidad para objetivarse en otra superior; anonadar las formas

cósmicas de una existencia para extraer de la nada absoluta nuevas formas. La doble negación para el resurgimiento de un milagro: el milagro de la creación pura, divina. ¿Qué ignota parcela del espíritu es *consecuente?*

¿No te he afirmado, hijo mío, analizado y demostrado, satisfaciendo las agudezas de tu inquieto cerebro positivista y ligero como una sombra, que no hay examen capaz de dar otro género sustancial de resultado? Mas el *prejuicio* tiene honda raigambre, como un roble.

S.—Y, en las esferas del conocimiento armónico ¿cómo habría de ser *en sí* la entidad?

P.—*Una.* Fuera de los atributos variables y múltiples del tiempo, el espacio y el ser. Y por tanto contradictoria en absoluto. ¿Ahora comprendes, hijo, como el trascendente problema de la unidad absoluta puede ser un principio razonable de examen del conocimiento?

S.—Sí, sí, venerable maestro. *¿No existe, pues, conocimiento, fuera de la cosa en sí, para la razón consecuente?* ¿Y, por lo mismo, son cosas *en sí:* 1a.) las ideas; 2a.) las sensaciones; 3a.) el mundo exterior y el interior; 4a.) el error y el mal; 5a.) la nada; 6a.) el prejuicio y el dogma? ¿Y tienen, acaso, por ley común, el universal carácter *en sí* de los fenómenos: una contradicción *en sí,* Paulino...?

P.—Y lo que no es *en sí* encierra contradicción de segundo grado, es decir, una contradicción que puede ser sustituida por otra más natural: de primer grado. Porque las más asequibles a la humana preparación de los espíritus, pulcro Suetonio, son las más sencillas, las más prácticas, por más que todas las contradicciones, o pensamientos, de todos los hombres en todos los tiempos y circunstancias, se impongan en el carácter de realidades absolutas del mundo, puesto que han sido objeto de preparación divina... ¿Entiendes?

S.—Tu pensamiento, magistral Paulino, es amplio como una llanura sin bosques, sin horizonte, sin fin... Consecuente e inconsecuente, en rotunda amalgama; activo e inactivo, incomprensible, como un vago ensueño y, a veces, concreto como las frondas de ese árbol y las aguas tranquilas del lago... Por los dioses ¿se intentará explicar la ecuación infinita del mundo con palabras, con sentimientos e ideas humanos y finitos? ¿Por qué y para qué? La historia, dentro de la razón consecuente, se niega y se afirma sin alternativas posibles, en un mismo lugar y a un mismo tiempo...; el mundo es objetivo y subjetivo, uno y vario, activo e inmóvil; el pensamiento, uno y fluyente como ese chorro de agua. ¿No están los pulmones predestinados a una variable función, y múltiple, para asimilar un gas inmensamente vario y variable y, sin embargo el mismo, puesto que la

predestinación se ha realizado conforme una cierta finalidad que llega a satisfacerse como si fuese *conocida* de antemano, en *toda* su extensión y plenitud? ¿Esa es tu senda?

P.—Sí: una, varia y variable; una senda infinita... ¿Se acaba el mundo acaso en la Tracia? ¿Abarca el astrónomo, con su mirada, el curso de todas las esferas? Más allá en lo objetivo; más allá. Más cerca de mí mismo, infinitamente... En medio, mucho más enmedio: aquí. Y después del principio y el medio y el fin, otros principios, otros centros, otros fines... He aquí el mundo y he aquí mi senda...

S.—¡Maestro dulcísimo! ¡Se ha roto el manto en tus espaldas y tus alas elásticas y blancas se agitan en un mundo extraño, desconocido...!

P.—¿Qué exclamas, hijo? Todos somos inmensos, hijo mío... El espíritu universal habrá de enseñarlo a lo largo del tiempo y del espacio; y más cerca y más lejos aún que nunca, fuera del uno y el otro.

Pero no oigo ya el tintineo de las esquilas. La voz de las pastoras no se oye... Y este silencio del bosque tiene un vasto rumor de lejanía... ¡Tórname a casa, hijo!

Es un bosque; y en el bosque cruza una senda. Los tallos de cristal y de oro están erectos como si no hubiese la más suave irrupción del viento... Silencio, un silencio romano. Y las filtraciones del sol bordan finísimas flores de luz en la senda. La aristocracia de las dos siluetas exorna con magistral arrogancia un sentimiento de universal retorno.

....Se oye, brusco, el revuelo de un águila, sobre el bosque...

SEGUNDA ESTANCIA

En un rincón del jardín. El recodo de una fuente... Bajo las parras cargadas de transparentes racimos, Suetonio escucha al maestro en el asiento de mármol blanco... Leuconoe, como un espíritu, se confunde, en el fondo del jardín, con las estatuas blancas...

Hay temblor de cipreses sobre la fuente, parlera y cristalina.

Paulino.—Habías entendido, Suetonio, que la entidad *en sí* no es sino la unidad absoluta... Y que, esta unidad, en la razón consecuente, no existe. ¿Comprenderás, así, que para esa razón el conocimiento es contradictorio? No podrá ser una unidad pura un conocimiento vario de infinito género de fenómenos universales. ¿Es contradictorio? Mas suponiendo, como es en efecto, que al decir *conocimiento* esa filosofía simboliza un todo armonioso del espíritu, se salva, en parte, la dificultad fundamental de esa contradicción primera. Pero vienen nuevas dificultades que no ha podido evadir el hombre, hasta estos precisos momentos de la historia.

Las acepciones del vocablo *conocimiento* son diversísimas en la historia de la filosofía. Aquí sería suficiente analizar las principales por su generalidad y por su uso. Servirán a nuestro propósito de reconocer las expresadas dificultades.

Conocer ha sido adquirir ideas sobre fenómenos interiores del espíritu, o exteriores, ideas que esos fenómenos imponen de un cierto modo a la conciencia humana, y que establecen entre uno y el fenómeno, inalterables relaciones que constituyen para los autores de esta hipótesis, la realidad absoluta: es, pues, en tal caso, el *conocimiento,* la resultancia de relaciones de una cosa inteligible con otra inteligente.

Suetonio.—¿Y ese efecto de relaciones es lo que se ha denominado de modo implícito o explícito, *cosa en sí?*

P.—La inarmonía es clara, como esa fuente. El *conocimiento,* así, no es más, en cada caso particular, que una multiplicidad, o un término de multiplicidad distinto al resto del mundo y cuyas partes son también diferentes del todo. ¿Pero en qué forma se armonizan las diferencias? ¿Es que tienen un fondo de identidad que las une contradictoria y milagrosamente, en un todo *uno y vario,* a la vez? Sólo hay una cosa en verdad consecuente en el mundo: la *unidad única, pura y simple.* ¿A dónde irás a encontrarla, Suetonio?

S.—No en la filosofía consecuente, padre. Mas ¿por qué no en los arcanos de tu sistema, que admite todas las existencias imaginables, si la unidad ha sido imaginada por tantos hombres?

P.—Suetonio: lo que no se explica el filósofo, aunque obre de modo potencial en su espíritu, no le pertenece en la historia de la filosofía. La acepción antedicha de *conocimiento* es vana en nuestro ilimitado sistema...

Esa es la más vulgar de las acepciones. Dos más ha habido que han supuesto la realidad, la primera en el mundo objetivo, la segunda en el mundo interior. Pero, además de contradictorias, tienen marcado carácter de exclusivas. Si hubiese en realidad esos dos mundos, el *noumenal* y el *fenomenal,* correspondientes al espíritu y la materia, respectivamente, ¿por qué preocuparnos con el afán de dominar con la inteligencia la materia exterior? ¿Por qué esa necesidad de construir con la mente los planos de un templo de piedra? Efectivamente, el conocimiento exclusivo es una forma cósmica inferior al talento humano: es de otra esfera. Pero esos dos mundos supuestos se necesitan, *no son dos,* son un conjunto infinito. Son esencia...

S.—¿Y la forma, maestro?

P.—Es esencia. ¿Quién ha explicado dentro de la filosofía consecuente cómo y qué es el nexo de la forma y la ley? Absurda es la separación de fenómeno y nóumeno, de esencia y forma, por más que la forma jamás haya sido reconocida como valor concreto y universal. Esa es adquisición bien peculiar de mi sistema. Se afirma por primera vez que la forma es esencia; y yo lo afirmo.

Por lo mismo a la fórmula científica que afirma: *"la forma pasa, la esencia queda",* opongo esta otra: *nada pasa, todo es esencia.* Y esto en la esfera de la filosofía armónica, porque la primera síntesis sólo es útil a otras comprensiones o esferas inferiores.

S.—¿Y qué dificultades encuentras a la exclusiva explicación idealista o subjetiva del mundo, además de su exclusividad?

P.—El todo concebido como universal ideal quita, al carácter concreto de la denominada materia exterior, su virtud propia y trascendente: es una forma de tiranía, de imperialismo

propio a circunscripciones mentales inferiores. ¿Con el mismo derecho no podrá proclamar el materialista contemporáneo la extinción de las formas internas, la irrealidad ideal del espíritu? Y tal separación, tal exclusivismo, hemos visto que existen, y han tiranizado las manifestaciones interiores y exteriores del hombre: es necesaria otra explicación para otra época y sus facultades propias: para la época de la contradictoria razón del espíritu...

S.—Por tanto ¿el *conocimiento* no es ni sólo subjetivo, ni sólo objetivo?

P.—Pero hijo, siento que tiembla el crepúsculo, en mis nobles retinas... Las voces del agua, espirituales, se alejan por el jardín tranquilo, y cantan sus cascabeles de sonoro cristal... ¿No nos llaman los vientecillos de la tarde al viejo salón de mi nobleza? Allí dormitarán mis ojos; y repasarán, mis alas interiores, las lejanas regiones del recuerdo... ¡Levántame hijo!

En la estatua del recodo tranquilo de la fuente, sobre sus albos hombros iluminados, dormita un cuervo como recostado en pulido marfil de la India...

Paulino y Suetonio, despaciosos, entre la luz de la tarde, se alejan por la dorada senda. Y Leuconoe, allá, en el fondo lateral del jardín, los aguarda, con cincelada bandeja de plata en las lindas manos, sobre la última grada de la escala...

TERCERA ESTANCIA

Los lotos tiemblan sobre las aguas. Y los bordes del estanque, de mármol blanquísimo, palidecen bajo la luz de la luna entristecida... Sentados, Paulino y Suetonio, en los mármoles, parecen dos siluetas milenarias.

Acentúanse, cada vez más, las sombras imperiales de las viejas estátuas y los viejos cipreses.

Suetonio.—¿El *conocimiento* no puede, pues, circunscribirse en lo ideal ni en el mundo objetivo, puesto que no podrá determinarse hasta qué punto preciso e inconfundible se separan la materia y el espíritu? ¿Cabría conformarse, entonces, con un *conocimiento* intermedio de los fenómenos generales?

Paulino.—Propones, Suetonio, para sustituir otros, un nuevo exclusivismo. En idéntica forma ha avanzado la historia de la filosofía...

En estos instantes se escucha, en la tranquilidad de la noche, la melodía de las flautas lejanas....

¿Oyes la voz de las flautas? ¡Silencio...!

....El cielo se oscurece de súbito, y, el mundo, parece confundirse en exclusivo temblor de melodías y de tinieblas trascendentes... Escúchase la persistencia de las flautas.

. . . . . .

¡Sí, Suetonio! Tras la luz de la luna suele venir la espesa tiniebla del arcano. ¿Escuchas las flautas? Más tarde te parecerá oir su cadencia pastoril como tosco ruido de antiguo tronco de árbol que se desploma en el bosque...

La historia ha recorrido, en la inextricable sucesión de armonías y ruidos de esta selva del mundo, tres capitales esferas: la idealista, la materialista y la esfera del viejo dualismo. Esta en contradictoria amalgama circunscrita dentro de la razón consecuente. El alma rige en su órbita como entidad eterna; y, para unos, la materia lo mismo, en parte; para los más, pasajera ilusión, asúme una forma y la pierde en una muerte cuyos secretos y correlaciones no se explican. Mas en todo hay falaz predominio de exclusividad.

S.—¿En qué consiste lo contradictorio del dualismo?

P.—¿No se divide el *conocimiento,* que es *uno,* en dos formas y, por lo tanto, en dos diversas esencias? El grosero amasijo de esa creencia, Suetonio, es, así, radicalmente contradictorio y nulo en relación con la filosofía consecuente, quiero agregar, con la filosofía de todas las épocas profusamente historiadas... Verdaderos sofismas son, en consecuencia, las anteriores tres formas del *conocimiento.* ¿En qué sitio inhospitalario han puesto, los filósofos, su atención, que no lo han descubierto y denunciado? ¿En qué sumidero de torvas y falaces arenas?

S.—¿Cómo te explicas semejante fenómeno de absurda estrechez, venerable filósofo?

P.—Acostumbrado el hombre a juzgar ¡oh Suetonio! con exclusiva atención, los resultados de la razón sentimental—que no es sino la actividad *cognoscente* de la múltiple intuición del espíritu—y los resultados de combinación de las ideas, hasta muy tarde hubo, en esta primera gran época del pensamiento—la de la filosofía consecuente—quien se preocupase por examinar, no los resultados de la razón total, sino las leyes que en sí la constituyen y los recursos múltiples de sus operaciones. Y en el examen se condujo esa atención, no a la razón íntegra—emotividad y movimiento ideológico—, sino a la exclusiva razón ideal, ignorando casi por completo la razón intuitiva, que tiene particular mecanismo, sus premisas, sus combinaciones, complejas y elementales, y, por último, sus consecuencias. Que tiene expresado en forma categórica: silogismos; comprobaciones; y todos los estados similares, en su terreno, a los estados de la *razón ideológica.*

Pero al hacer examen del raciocinio exclusivo de las ideas, fuera de sus resultados, han quedado sin analizar problemas fundamentalísimos: el del principio de la contradicción, como ejemplo típico. ¿Quién lo ha examinado, gentil Suetonio, con el rigor y la simplicidad filosófica de mi sistema? ¿Quién ha creído y afirmado la existencia de un mundo que existe y no existe al mismo tiempo, en un mismo lugar contradictorio? Todo el mundo ha estado concorde en negar semejante inconsecuencia... ¿Quién no lo ha estado?

Yo afirmo que no hay radicales evidencias. Y, la evidencia que niega el mundo inarmónico, es una nueva falacia del espíritu que ha reducido y menospreciado la ilimitada grandeza y multiplicidad del universo... La evidencia de este principio ha sido el argumento fundamental de la pretensiosa filosofía consecuente; una negación de profundas posibilidades.

Sí, hijo mío: he descubierto que si la razón no puede, al presente, llegar a finalidades en toda perfección armónicas, la forma fundamental de juzgar los fenómenos, como recurso de un nuevo *conocimiento,* debe variar y señalar una segunda gran época de las inquietudes *cognoscentes* del hombre... Y si no se llega a nada consecuente ¿negaremos la presencia contradictoria y formidable del mundo porque se nos ofrece en mayor complejidad?

Por consiguiente hube de realizar un retorno hacia algo que no habían examinado los hombres, anteriormente, con toda profundidad filosófica. Y me detuve en ese simple principio, inexplorado, *desconocido* en sus formas más interesantes. Suetonio, así logré la ruptura de la primera época...

S.—¿Y cuáles son los recursos psicológicos, oh maestro, con que se ha atribuido las tres formas de acción al *conocimiento*?

P.—Los resultados de la acción mental y la orgánica, que no han tenido una necesidad trascendente de ser explicados con el objeto de regular la vida práctica del hombre. Se construye, por ejemplo, una maquinaria. ¿No es la idea, es decir, una relación simple del espíritu con la materia prima de construcción, la que arregla y ajusta los más complicados engranajes? He allí el denominado *conocimiento práctico, y mecánico,* en particular. ¿Y en dónde está dicho *conocimiento,* en el mundo objetivo o en el mundo psíquico? En ambos y en no se sabe qué otros elementos trascendentes. No nos autoriza, ello, a definir el conocimiento con estrechos términos simbólicos, esto es, simplemente análogos a la materia definida.

En suma: en la filosofía consecuente, el *conocimiento,* para ser tal, habría de identificar en la conciencia el elemento ideal o el intuitivo, con el propósito psíquico o material a que se refieren la observación y la asimilación mentales. Esto es, perfectamente, si cabe, una fórmula contradictoria. Ya lo he analizado, en su correspondiente amplitud, Suetonio, en mis *"Valores fundamentales de la razón".*

S.—Paulino ¿es decir que están agotados los recursos consecuentes para dar una definición satisfactoria del *conocimiento*?

P.—Sí, en cierto modo, penetrante Suetonio. Porque la filosofía consecuente no ha recorrido, aún, toda su senda. No basta que la segunda época haya empezado para que la primera termine. Pero, llegará el momento... ¡Día llegará en que todas

las definiciones sean incapaces de satisfacer las aptitudes armónicas de esa primera época!

A ambos lados de la senda, las blancas estátuas. Burilados como en moneda de oro milenaria, por el ensueño de la senda dorada a la luz de la luna, Suetonio y Paulino se alejan en patriarcal silencio...

Tras ellos, Lauconoe, como tenue sombra esbelta y fugitiva, ahogando de puntillas el ruido de las sandalias, en la arena... ¡Remueven las frondas los vientos seculares del Africa desierta..!

terminaciones: fines y principios. Y que estas determinaciones niegan, precisamente, la infinidad del mundo, que es una sucesión espacial y temporal de finitudes. Por lo tanto, o existe contradictorio o no existe.

P.—Naturalmente. Si el criterio de la infinidad es, o parece imprescindible, si tiene mayores probabilidades ontológicas que el de un conocimiento consecuente, finito e indivisible, impondrá al segundo su determinación básica contradictoria: el conocimiento será, pues, inarmónico. Y ¿en dónde hay criterio que más se imponga al espíritu y cuyos signos mentales parezcan más contradictorios que el de infinidad? Por esto es aceptado universalmente.

S.—Bien, Paulino. ¿Qué otros aspectos tan claros se podrían argumentar en contra del *conocimiento* consecuente o armónico?

P.—Suetonio, cosa que ha preocupado muy singularmente la atención de los hombres es la determinación del *principio* o génesis del *conocimiento*. ¿En qué lugar y en qué momento aparece la primera verdad? Esta ha sido la gran pregunta.

Las contestaciones son numerosas: a) el *conocimiento* inicial es una verdad revelada; revelada en el momento de una completa ausencia de perfección, como instrumento para dirigirse a ella. b) Es una verdad natural que la fenomenología del mundo hace descubrirse a sí misma y en sí misma, con el objeto de procurarse su propio desenvolvimiento; y aparece en el espíritu en el instante en que los fenómenos por sí mismos se han preparado a realizarla.

He ahí las principales respuestas. De estas se han desprendido numerosas de carácter adventicio. La combinación de los esfuerzos humanos y las revelaciones divinas en una emulsión complementaria, por ejemplo.

La primera es contradictoria por los siguientes motivos: se supone la existencia imperfecta del hombre como una perfecta realización divina que sin embargo necesita de un desenvolvimiento posterior. ¿Con qué propósito armónico existe la creación imperfecta?

La segunda también inarmónica. ¿Hasta qué punto no es divina la naturaleza? Y si fuese una obra aparte del poder creado ¿hasta qué punto podría crear por sí fenómenos conducentes a la Divinidad? Y los hombres refieren sus finales propósitos a ese poder divino. Ello es terminante.

Después vienen posteriores dificultades. ¿Cómo la ausencia absoluta de *conocimiento* puede por sí misma procurar *conocer*? ¿Y por qué supondrá en su ignorancia total la evolución del espíritu? O tiene un previo *conocimiento* superior la naturaleza, y entonces es engañosa su ignorancia inicial, o no lo

tiene y también es contradictoria en aspirar finalidades que *desconoce*.

Y si las dos respuestas son contradictorias en lo que toca a la naturaleza de la realización del *conocimiento*, absurdo es pretender señalar el instante en que se consuma esa contradictoria creación. Ya lo ves, Suetonio.

S.—¿Y por qué no han señalado, maestro egregio, los grandes filósofos, contradicciones de semejante claridad?

P.—Porque había en el fondo de sus espíritus un prejuicio que parecía un *conocimiento* adquirido a toda evidencia. Nadie supuso que pudiese haber objetos de una existencia y no existencia simultáneas.

S.—Ahora comprendo, maestro. Y la misma evidencia no es principio de *conocimientos* claros e incontrovertibles. Qué extraordinaria inacción la del prejuicio, Paulino. ¿No se impondrá algún día, como ejercicio liberativo en extremo, en la enseñanza de los jóvenes, el examen y análisis de los grandes prejuicios?

P.—Así será, Suetonio. La época inarmónica de la filosofía necesitará grandes preparativos espirituales.

En estos momentos un sacudimiento sísmico mueve el palacio. Y un sordo clamor se alza de la tierra. ¡Ladra un perro...!

P.—¡Extraño presagio!

S.—Imponente. Pero sobre todo me llama la atención este sordo clamor de la tierra. Es un tremendo grito de la tierra inanimada...

P.—Inanimada, si gustas. ¿Podrías independizarte de los sentidos metafóricos? Yo digo que sí, pero en parte. Porque no hay ni habrá en el hombre forma de *conocimiento* que no sea metafórica.

S.—Un nuevo tópico.

P.—¿Es una mónada, una triada, o una forma numérica cualesquiera el *conocimiento*, o algo en el mundo para el segundo escalón de la filosofía, el de la filosofía inarmónica? Dentro de este último, el metafórico, hay nuevos e infinitos tópicos; así en los otros. Esto no se olvidará en mi gran *pluralismo*. Plurarismo que es poderoso desplazamiento de clásicos y vulgares prejuicios.

S.—¿De manera que no podrás concebir un tratado completo sobre el *conocimiento*?

P.—Ni de ninguna materia: y yo no soy la excepción. No hay hombre capaz de hacer un perfecto círculo de metal;

CUARTA ESTANCIA

El estilado arco de una ventana. A lo lejos... lentejueleando, la fuente... Y el sinnoso camino como una serpiente de polvo. Un águila vuela sobre el valle hacia la torva cumbre en éxtasis de la montaña. A ambos lados del marco de la ventana se insinúan, velando el paisaje en sus extremos inferiores, dos oscuras siluetas como placas de acero: Paulino y Suetonio. Y vibran, a los revuelos de aladas palabras trascendentes, las dos siluetas metálicas...

Paulino.—Ya lo ves, hijo. La filosofía consecuente ha omitido el extenso examen del principio de contradicción por el simple hecho de haberse parado en una evidencia. Debía primeramente estudiar, con mayor amplitud todavía, la evidencia misma. Habría descubierto que ninguno de sus fenómenos tiene principio ni fin absolutos y, por consiguiente, la claridad íntegra del *conocimiento*. ¿Qué es, pues, la evidencia? Lo que hemos dicho: uno de tantos fenómenos espirituales: tan oscuro como los demás. No la absoluta unidad.

Suetonio.—¿Y por qué al pretender determinar la evidencia prefieres hablar de los principios y los fines?

P.—Como podría haberme referido a cualesquiera de todas sus cualidades *múltiples*. Pero, penetrando más en el sentido de mis palabras veamos lo que es un *principio* y un *fin*.

Para ser el *principio* y el *fin* exigen *una* representación extensa. ¿Y qué es esta representación, un punto o una línea? Por consiguiente habrían de estar limitados, a su vez, por nuevos principios y nuevos fines, en tal forma que negarían los segundos a los primeros fines y principios. Mejor no haber supuesto

ni unos ni otros para evitar una negación recíproca de sus términos.

Todavía hay más: ¿en qué sitio de un punto o una línea el fin deja de ser fin y el principio deja de ser principio? En alguna parte; porque ambas entidades *metafísicas* exigen un nombre para una extensión fija y una. De lo contrario no hay verdad simbólica consecuente y la inteligencia se mueve en virtud de símbolos cuya existencia parece inequívoca. ¿A dónde ir, pues?

Por otra parte, el principio y el fin significan una negación y una afirmación simultáneos—simultáneos si la filosofía consecuente no quiere contradecirse—; un no ser del cuerpo que empieza, porque de lo contrario ese cuerpo vendría desde el infinito (como ocurre en efecto); y un *empezar* a ser del mismo cuerpo. Así con el fin: un terminar de ser y no ser que finaliza la existencia del objeto.

S.—Entonces el principio y el fin son realidades simplemente relativas.

P.—Pero Suetonio ¿olvidas que no hay nada en la filosofía consecuente que no tenga una rotunda y magistral realidad? El de la relatividad es un gran sofisma; sí, una marca de incapacidad en la frente de los hombres. Incapaces para encontrarlo todo inconsecuente, atan al suelo con círculos viciosos, con prejuicios, con engañosas satisfacciones, con los estragos de la sensualidad del espíritu, con la pereza y cansancio seculares de los pueblos, sus inmensas olas. Se impone la gran ruptura, hijo mío, para alcanzar otras esferas. Y ya te lo he dicho: el día llegará, sí, el día llegará en que esta inmensa locura reventará en claridades como un sol después de un largo invierno...

PAUSA

. . . . . .

El resplandor de la tarde, metálico, entra por la ventana. La montaña, apacible, parece un penitente de piedra... ... ...

..Las dos siluetas, después de un paréntesis de silencio, prosiguen el magistral coloquio como dos mensajeros de ultratumba. Y pasa, agorera, por entre ambas, una paloma negra...

S.—Quedamos, pues, en que el *conocimiento* existiría, en el sentido armónico, previa demostración efectuada de sus de-

ni un andamiaje completo de leyes o ideas. ¿Habrá excepción en esto? Tal vez no, por excepción.

S.—Mas ¿querrías decirme algo sobre la metáfora del *conocimiento*?

P.—Sí. La metáfora es un signo mental que sirve al propósito de actualizar en la conciencia cualquiera estado objetivo o subjetivo: un boceto de líneas sugerentes, análogo a su estado correspondiente exterior o psíquico. Pero cuando digo "análogo a su estado exterior" preciso es no olvidar que "el exterior" es una simple palabra que en el fondo no limita la infinita continuidad del mundo. No hay, en efecto, en la filosofía consecuente, exterior ni interior. Mas esto lleva traza de paréntesis. Prosigamos. Y así como es la metáfora es el recurso por cuya virtud el pensamiento asimila o desasimila, para llegar a la extrema finalidad: el *conocimiento*.

S.—¿Y el sentido recto?

P.—El sentido recto es el sentido simple: la unidad. ¿Lo ves? No hay sentido recto en lo múltiple. Habría necesidad de una mente *una* que asimilase un conocimiento *uno*, en una transición *una*. Pero de existir la unidad en el mundo, habría de ser, también, *única*. ¿Qué le queda, ahora, a una mente analítica?

S.—Mas no entiendo para qué habría de ser todo *uno* en los sentidos rectos.

P.—Allí está el verdadero trámite de la cuestión. Pues bien: una múltiple sensación exterior será el objeto de nuestra atención mental. La mente, que es múltiple, la observa, y adquiere de ella, en virtud de una relación múltiple, — ¿qué piensas que adquiere? — adquiere no la realidad de la sensación sino una imagen equivalente a un tercer fenómeno que no es ni la mente ni la sensación misma: digo, pues, que adquiere una imagen de esta última, un cuerpo análogo, una metáfora. En cambio, si la sensación fuese una, la transición hacia la mente *una*, y la mente *una*, la adquisición que haría el espíritu sería la misma sensación. Y esto equivaldría al verdadero *conocimiento* armónico, que ha preocupado exclusivamente, de modo expreso o tácito, la grave y extensa atención de todos los hombres hasta estos momentos. ¿Querrías más clara explicación del gran problema del *conocimiento*?

S.—Lo he comprendido, venerable. Creo que nos falta, oh maestro, para suspender mis consultas sobre el *conocimiento* y discurrir sobre otras materias que me preocupan grandemente, un nuevo tópico, a saber: ¿cómo entiende la filosofía inconsecuente que es el *conocimiento*?

P.—Contradictorio, en primer lugar, porque la observación demuestra que no hay verdad consecuente. En segundo término, múltiple infinítamente. Tanto que podremos afirmar sin preocupaciones ni despecho, con una esperanza inconfundible, que el dios de las grandes teologías es apenas leve fragmento de la más ínfima mónada que haya sido posible imaginar; tanto que cada una de sus formas podría parecer al observador más consumado, un universo absolutamente distinto de las otras formas; tanto, oh hijo mío, que cada cual de sus más sencillos términos consumaría en su análisis toda la observación de los hombres, en toda la consumación de los tiempos... ¿Cómo determinar una norma de conducta en la estética, la ética y los otros ramos del *conocimiento*? Jamás como un dogma. ¡Transición es toda interpretación del mundo, hijo mío...

S.—¡Oh maestro! Te has hecho cargo de un mundo más complejo y más duro al ejercicio intelectual. ¿Pero corresponderán al esfuerzo los resultados? ¡Sí! A la pereza corresponde sólo la torpe desintegración del espíritu: y es esta una forma fundamental de las acciones del hombre: a la incapacidad, como su natural resultado, la pereza. En donde quiera que haya incapacidad habrá pereza. Y la incapacidad, en sus diversos grados, es una dotación universal del hombre, cualesquiera que sean sus aptitudes psicológicas u orgánicas. ¿No es así, maestro?

P.—Sí, Suetonio. Pero apuremos nuestra incapacidad e ineptitudes, en una límpida copa de cristal. Y que, el vino de la vida, tonifique nuestro espíritu con la virtud de nuestra propia comprensión, de nuestra propia energía, de nuestro propio entusiasmo. Así cada uno será la medida de su propio universo...

S.—Maestro, ¿no asoma ya, como si quisiese fatigarte en nuevas y más rotundas exposiciones, el problema de la libertad, con la cual el hombre podrá o será incapaz de trazarse su propio camino?

P.—Tienes razón, hijo. Mas después habrá mejores oportunidades para emprender su análisis con la extensión suficiente. ¿Ves la luna? Parece que un gigante celeste la hubiese tirado como un disco en la extensión de los cielos...

Leuconoe aparece tras la ventana como un ave blanca, en una lunar nostalgia: sonríe bajo el polvo de oro de la luz nocturna. Y hay una emoción nictálope en el paisaje límpido. El corazón de Suetonio palpita como un incensario en llamas. Y al recuerdo de remotos amores rechinan en la pared las viejas espadas...

PRINCIPIOS DE CRITICA

INTRODUCCION

Son dos las maneras de que suele servirse el crítico para el trabajo: expresando los principios que aplica o aplicándolos simplemente sin expresarlos. Aunque la primera forma es más difícil me he impuesto la tarea de adoptarla. El hecho de publicarlos supone que aportan alguna novedad en la materia porque no tendría objeto que el crítico expresara principios conocidos. A esto debo la curiosidad de exponerlos a la consideración del público adoptando la primera forma.

En la exposición he tratado de abordar ligeramente los problemas filosóficos que para mí tienen relación trascendental con la crítica; y aunque parece que esa relación no es clara, me reservo el pleno derecho de considerarla evidente. Viene de oportunidad indicar que he escrito en la exposición de mis principios algunas meditaciones que se relacionan con esos problemas, con el peligro de salirme aparentemente, por lo menos, del propósito general de la obra. De alguna manera se relacionan dentro de mí y a pesar de que no sea clara para el lector, si se pone en las condiciones en que me he puesto para escribir mis principios, necesariamente perdonará el hecho de haber incluido yo en la exposición las meditaciones filosóficas que he debido dilucidar, para el uso común, en capítulos aparte. Finalmente, el lector puede prescindir de ellas si no ve su relación con los principios y la aplicación de los mismos. Confieso que salto sobre esta dificultad sin más pena que la de distraer talvez con exceso la atención del lector.

Sentí la necesidad de crear mis principios de crítica en vista de que las escuelas críticas más eminentes no hacen otra cosa que considerar la vida bajo criterios estrechos. La total concepción de la naturaleza de todos los fenómenos que entran a

formar las obras que se juzgan, es condición indispensable para tomar en cuenta con amplitud los méritos y los deméritos que las constituyen por entero y son susceptibles de un examen humano. La tarea es atrevida pero sus resultados serían considerables si se iniciara con ella tan sólo la revalidación de los valores críticos de miras restringidas que constituyen la mayor parte de lo aceptado en la materia. La crítica que entra a juzgar las obras sin criterios generales de la naturaleza y la finalidad humana de las obras de los hombres, no tiene derecho a pretender la apreciación científica y filosófica del tiempo.

No pretendo fundar una escuela, pero si hubiera el empeño de ponerle nombre a los principios de crítica que he formulado, denominaría al pequeño sistema que constituyen: PRINCIPIOS FILOSOFICOS DE CRITICA.

Principios de Crítica

Conceptos fundamentales

La función más elevada del entendimiento humano es la de generalizar. La generalización pone en manos del hombre la ley y ésta se retiene en la mente por una concentración abstracta de la idea. La ciencia, que pretende poseer los casos concretos, posee la abstracción ideal de esos casos; es una rama de la filosofía, tan ilusa o tan práctica como ésta. Porque si la generalización está bien hecha es más útil que el caso particular: la ley lo incluye y lo supera.

Deduzco que todo cuerpo de ideas que pretenda un lugar serio en la inteligencia y aspire a ser sistema de principios para adquirirlo, debe someterse a las exigencias de la filosofía. Y mientras más alta y delicada es la filosofía, más seria es la trama de principios que se puede adquirir de ella y más delicada la ciencia de aplicar los principios.

De manera que mis principios de crítica están elaborados sobre bases metafísicas que he simplificado para evitar la divagación, tan frecuente en esta ciencia superior.

Preliminares filosóficos

La crítica debe tener un concepto trascendental del ser y el no ser. En segundo término, saber aplicarlo a los fenómenos que juzga, trazarse un método. En tercer lugar, adquirir con ese método idea del valor fundamental de los ramos del saber humano: del arte, la ciencia y la filosofía. Así puede entrar a juzgar todos los fenómenos de la inteligencia humana con un previo examen de sus casos particulares.

El cambio y la estabilidad

El problema que el filósofo debe plantearse después de probar su existencia es si continuará siendo su yo. En otras palabras, estudiar el problema del cambio y la estabilidad. Resuelto este problema la filosofía tiene cerca de sí la

solución de los problemas de la ética, la estética y otros muchos de carácter trascendental.

Prueba de mi existencia

La manera única que tengo de declarar mi no existencia consiste en negarla. Pero para darle cuerpo a la negación es preciso que exista un poder que la declare. De manera, pues, que negar la existencia es poner en ejercicio un poder capaz de negar, lo cual es probar la existencia del ser que niega. Por lo tanto la existencia absoluta del ser no se puede negar en absoluto. Luego existo.

El no-yo

El no-yo es lo que está absolutamente opuesto y es absolutamente distinto al yo. Y como todo es, el no-yo no existe. Todo es yo en el universo, porque, lo que es semejante a otra cosa es continuación de ella. En el universo todo es continuación de todo, todo es yo.

Prueba de la no existencia del cambio

La ciencia contemporánea tiene probado que la energía es inmutable. Pero cree que existe siempre una clase de cambio, el cambio de la forma que asume la energía al manifestarse. La filosofía, por otra parte, acepta la existencia del fenómeno y la del nóumeno, la forma y la esencia de las cosas. Esto es, ciencia y filosofía están de acuerdo en este problema. Mas la solución que le dan es contraria al íntimo acuerdo de continuidad que existe en el infinito y continuo yo del universo. Tanto daría aceptar la existencia de esa dualidad como la existencia de continuidad entre el espacio y lo inextenso. De manera, pues, que todo es esencia. El cambio de forma, por consiguiente, debe ser una ilusión, o mejor dicho, un estado fijo de conciencia del yo infinito.

Explicación del fenómeno universal del movimiento

Pero el movimiento parece que altera los centros de atracción y repulsión de las cosas y cambia la esencia que las constituye. Este fenómeno es el que ha inducido a la filosofía a creer en una forma que no es esencia y cambia a merced del impulso de los fenómenos, los cuales no son en sí energía esencial, sino otra clase de energía sin valor fijo. Soluciones absolutamente contradictorias. De modo que es menester otra hipótesis que explique el fenómeno del movimiento como reposo absoluto, incapaz de hacer variar la esencia formal y la nóumenal del ser. A este propósito he formulado la siguiente:

Lo que en el movimiento parece cambiar de lugar está en reposo. La conciencia universal infinita de su diversidad infinita

es la que extiende a nuestros ojos la multiplicidad permanente de los cambios que creemos ver en la extraña fenomenología del movimiento. De manera que el universo se prolonga en sí mismo en infinito número de dimensiones que la conciencia de su diversidad nos hace ver en una sucesión engañosa. Todo está presente en el universo y manifiesto en él, las actitudes, los procesos del movimiento, todo en absoluto.

Lo que se mueve, en consecuencia, se prolonga en sí mismo en su infinita extensión y multiplicidad de planos fijos. Moverse es sentirse en otros aspectos que son propiedad del ser infinito que se mueve en uno. El hecho de ser es tener conciencia de una vida, el de ser conciente es sentirse prolongación de sí mismo, y sentir esta inevitable prolongación por el movimiento en uno mismo es ser infinito, porque prolongación que cesa es movimiento que cesa en absoluto, y existencia que se desnaturaliza en absoluto.

El movimiento es la forma con la cual el universo se siente infinito.

La evolución consiste, pues, en sentirse el yo infinitamente diverso, y todo es diverso infinitamente en virtud del movimiento infinito, idéntico a sí mismo, perfecto en sí y para sí mismo.

El movimiento es la conciencia de la diversidad. El cambio no existe.

Principios

Ya he expuesto mi concepto trascendental del ser y el no-ser, demostrado mi existencia y resuelto que el universo es fijo. Además tengo definida la evolución y definido el movimiento. Corresponderme ahora exponer mi método general de crítica.

Método de crítica

a) Partir de un concepto general de la vida: criterio del alma; criterio del cuerpo. Relaciones de ambos. Elementos más importantes de la vida.

b) Concepto de crítica relacionado con el anterior de la vida: recursos formales y subjetivos para aplicar principios. Recursos de la inteligencia para inquirir la verdad con la crítica.

c) Sistematización de los conceptos anteriores de acuerdo con las verdades trascendentales que cree conocer el crítico servido de su doctrina particular.

Estos principios trascendentales se refieren al método filosófico que puede seguir el pensador para trazarse su sistema de crítica. Constituyen lo más universal que he concebido con respecto a la materia. Con fundamento en estos principios propongo mi hipótesis personal de la siguiente manera:

La vida: el cuerpo y el alma

La vida es la existencia. Pero hay categorías de vida y de existencia. La del hombre es la categoría humana de la vida; a esta precisamente debo referirme.

La existencia o la vida humana consta de multiplicidad organizada de fenómenos. Las manifestaciones diversas que caracterizan su naturaleza han engendrado desde antiguo la preocupación de creerla una dualidad: la del cuerpo y el alma; dualidad que ha resultado posteriormente analizable en todos sus elementos.

Sábese que el cuerpo se compone de diversos órganos y que el alma tiene diversas funciones. Todo cuanto es diverso es susceptible de ser descompuesto por el medio. Pero no creo que la descomposición signifique para el cuerpo dejar de ser. Lo referente a ésta queda explicado en el capítulo que le dedico al fenómeno universal del movimiento. Corresponde aquí declarar la inmortalidad del alma y del cuerpo. Estos preliminares me dan campo a hablar con más amplitud y más propiedad de la materia.

Recíprocamente el alma y el cuerpo son órganos el uno del otro. Sus funciones se complementan al menos en lo que hay de experimental conocido por mí del nacimiento del hombre a su muerte. No me aventuro a afirmar o no que otros fenómenos que se atribuyen a almas errantes fuera del cuerpo existen. Ni creo que en el caso de existir ciertos fenómenos de los cuales no conozco sino una experiencia clara, los llegue a explicar como de ordinario se explican por diversas escuelas de ocultismo y de ciencia común.

La unidad de la vida

Lo uno trascendental no existe. Todo es analizable. Como la entiende Spencer la unidad de la vida es la relación armónica de todos los elementos de la vida. Las múltiples vicisitudes de la evolución no son sino en parte resultado de los complementos armónicos de esa armonía vital.

El anterior es el concepto a que me refiero al hablar de la unidad de la vida.

Elemento más importante de la vida

El pensamiento: su expresión por la palabra y el gesto; su expresión por el hecho.

No es del caso definir lo que entiendo por pensamiento. Impórtame ahora ver su historia. El pensamiento humano aparece con la capacidad de juzgar la conveniencia o la inconveniencia de las imágenes elemenales de los sentidos con propósito de aprovechar el medio sometiendo por uno y para uno mismo, los fenómenos que producen esas imágenes. No hay diferencia entre los pensamientos elementales del hombre y la sensación. Luego pasa a ser más consciente y más colectivo: se piensa para los demás, del pasado y del futuro. Empiezan a sentirse las necesidades de abarcar más ideas y ordenarlas conforme a necesidades de un carácter armónico superior. Se trata de explicar las leyes que rigen los fenómenos del entendimiento y después de aplicarlas para explicar las cosas y las verdades trascendentales del universo.

La palabra

Al manifestarse el instinto produce actitudes y funciones diversas en el cuerpo: el gesto; la emisión del sonido graduando el estado íntimo del pensamiento instintivo. De esta última proviene la palabra.

Fenómenos diversos de la naturaleza y la evolución de las lenguas

Todo es movimiento y éste es choque. Del choque procede el sonido. En consecuencia, el pensamiento es música y también la palabra, ambos diversas categorías musicales. Todo influye en las cosas y es influído por ellas en la relación musical que las une. De manera que la palabra tiene un poder musical intrínseco. Si la palabra es una y el pensamiento otro, se declara un fenómeno psicológico de neutralización del pensamiento y del hecho que lo prosigue. Pero la palabra tiene un valor muy inferior al de las voliciones. Sin embargo, determina gran parte de las acciones del simulador que la habla.

La evolución de las lenguas tiene relación estrecha con la del pensamiento

Los hombres primitivos manifestaban sus pensamientos y sus emociones con los recursos del gesto y la voz: los gritos y la expresión salvaje de las actitudes rudimentarias. Bien se puede afirmar que todos los pueblos de la remota antigüedad primitiva tuvieron una misma lengua rudimentaria, porque la semejanza de las manifestaciones del instinto es muy grande; el instinto auna a los seres de una misma especie y aún a los seres de un mismo género: les da costumbres y recursos comunes para luchar por el placer y la vida. De ahí deduzco esta afirmación: los hombres han partido de una manifestación simple y común a todos que facilitaba el comercio común de las razas.

Después llegó a separarles la tendencia egoísta del individualismo y diversificaron, primero la forma y después el fondo de sus costumbres. Y como consecuencia de este fenómeno se produjo la diversificación de las lenguas, la cual somete a los

hombres a una esclavitud que retiene la evolución del pensamiento.

Pero los idiomas conservan formas comunes que tienden a simplificar los medios de expresión y que por sí solas bastan a revolucionar contra el prejuicio individualista de los pueblos. Estos fenómenos vienen de las necesidades intrínsecas del pensamiento y de las formales del sonido.

Fenómenos comunes a todos los idiomas

La mayor y mejor parte del abecedario es común a todas las lenguas; los sonidos que expresan principalmente estados emotivos del alma son casi los mismos en la mayor parte de las lenguas. Las interjecciones son acompañadas de gestos comunes y sonidos muy semejantes, de modo que constituyen un lenguaje común. Hay en el alma la determinación de una dualidad universal: la del placer y la tristeza. En música ordinaria corresponde a cada uno de sus dos términos un signo especial, el sostenido y el bemol. Las lenguas carecen de estos signos pero no del fenómeno universal que determinan. Les es común a todas en mayor o menor grado, según que sean más o menos sentimentales. Cuanto hay de común en la mente humana conserva su sonido universal o trata de universalizarse en un sonido universal.

La crítica debe juzgar el valor de las obras habladas o escritas reconociendo los fenómenos universales y los particulares del lenguaje personal en que están concebidas. En esta forma puede determinar lo universal o lo particular de la obra, su mayor o menor mérito como obra de estilo.

Defectos comunes a todas las lenguas

En los idiomas los diversos modos de expresar las palabras con los sonidos hacen diferir los fenómenos mentales a que se aplican, corresponden regularmente a diversos nexos de analogía establecidos entre el pensamiento y el sonido que lo simboliza. De suerte que se piensa en cada idioma de modo particular hasta cierto punto. La obra de traducción es obra de alteración de ese modo particular, y de acomodación al modo particular del idioma a que se vierte la obra.

Pero el defecto fundamental de los idiomas consiste en diferir los unos de los otros.

La pintura, la escultura y la música y la misma mímica, en este sentido, son formas superiores de expresar el pensamiento. El arte del estilo resulta contagiado de las irregularidades que son defectos comunes de las lenguas. Y estas irregularidades estrechan el pensamiento hablado o escrito.

La crítica que desconoce estos fundamentales fenómenos obra en el vacío.

Relaciones entre el pensamiento y la palabra

La palabra es el símbolo de un hecho o de un objeto. El símbolo se elabora a semejanza de su objeto, de manera que es su representación abreviada. Luego la palabra ha nacido semejante al objeto que se ha deseado determinar. La onomatopeya explica claramente el fenómeno. Sólo que en cuanto se refiere a los otros sentidos no es fácil determinar la similitud de las voces con las sensaciones que las produjeron, lo cual no es argumento en contra de la tesis planteada.

Sin embargo, no son pocos los vocablos que no poseen musicalmente ni en ningún otro sentido, relación alguna con el objeto o el acto que denominan. Mas la mayor parte de ellas tiene su origen en raíces que conservan la similitud originaria con el fenómeno para el cual fueron creadas como símbolos. De esto se concluye lo siguiente:

1) La diversificación de los idiomas es la prostitución en cierto modo, de las raíces originarias.

2) Las nuevas palabras deben crearse a semejanza de los nuevos fenómenos que las requieren, o mejor dicho, a un fenómeno nuevo corresponde la creación científica de una nueva raíz que tenga una clara similitud con él.

3) La crítica del estilo debe legislar conforme a las dos consecuencias anteriores. Es decir, conocer los errores fundamentales de la diversificación de las lenguas, las raíces comunes que las atan al tronco originario, y las ventajas y desventajas científicas y artísticas de las raíces. Desde luego se entiende que la crítica en esta forma es de carácter universal y de ninguna manera nacional.

El pensamiento y la palabra, complementos de la unidad de la vida

A toda obra humana la precede el pensamiento y generalmente la palabra unida a la idea. El pensamiento juzga, ordena y prevé las obras del hombre servido del lenguaje. Ambos, la palabra y el pensamiento, relaciónanse para determinar la obra dirigente de la conservación y evolución de la unidad de la vida. Cuanto afluye a la mente, que es música, tiene su correspondiente símbolo en la palabra. Se infiere, en consecuencia, que existe una estrecha relación psicológica entre el lenguaje y el pensamiento, e indirectamente entre la palabra y el acto que prevé, ordena o juzga el pensamiento. De manera que los actos del órgano, del pensamiento y de la palabra constituyen las funciones complementarias de la armonía total de la vida práctica del hombre. Al órgano, al pensamiento y a la palabra se les puede juzgar partiendo de cualquiera de estas tres enti-

dades de la vida humana: se relacionan y se complementan estrechamente.

Los anteriores preliminares son principios que dan una mayor seguridad al crítico laborioso que estudia bien el caso particular a que va a aplicarlos. En otra forma la fantasía suple a la severidad científica y artística del crítico. Las frecuentes contradicciones que creemos notar entre los hechos, el pensamiento y la palabra del hombre, son de apariencia. La simulación de un acto bello altera la belleza intrínseca de este acto. El hombre es un conjunto absolutamente armónico que se desenvuelve conforme a la fuerza mayor que le caracteriza.

Otros elementos trascendentales de la vida

El medio; cricunstancias de la época; circunstancias naturales del país en que se vive; alimentación; posición social; aspiraciones privadas y públicas; la familia; los amigos; sufrimientos morales; estado de evolución de los sentidos, etc.

Actualmente el medio topográfico va tomando menor importancia en la vida del escritor. Los libros constituyen un elemento capital del medio y son estos los agentes de la variedad de todos los paisajes y los climas de la tierra. No quiero decir que la topografía del suelo no transforme las calidades más caracterizadas del libro, pero es lo cierto que la meditación que sugiere es un gran aliciente en el desenvolvimiento del hombre de letras.

Concepto de crítica relacionado con el anterior de la vida

El arte y la ciencia de juzgar las obras humanas en todo género de actividades para alentar las buenas, rechazar las malas y sugerir nuevos puntos de vista conforme al interés general de la humanidad, llámanse crítica. Son arte en cuanto juzgan las formas servidas de reglas formales, ciencia en cuanto juzgan el fondo psicológico de los fenómenos del alma a través de las formas.

Anteriormente hemos visto que la forma tiene un valor trascendental en la vida, y declarado que es un complemento de la psicología del hombre. El fondo y la forma son complementos esenciales de la unidad de la vida. Pero el valor de los dos no es el mismo. La forma produce un efecto musical en los sentidos bajo el servicio de las facultades del alma: está subordinada a sus fenómenos interiores.

Los recursos formales y subjetivos para aplicar los principios de la crítica son el conocimiento, en primer término, del método filosófico de la comparación; en segundo, el conocimiento de las capacidades sintéticas y analíticas de las ciencias y las artes.

Después está el recurso fundamental del conocimiento de sí mismo que debe poseer el crítico. Este es de una trascendental importancia. No se puede tener fe en la obra de crítica de un hombre cuya vida no se conoce. Ni es posible que el crítico tenga seguridad para juzgar si no dispone de sus propios puntos de vista después de un largo examen de conciencia. La preparación de sus conceptos sobre la vida no se concibe en un crítico que no se conoce a sí mismo.

Los recursos formales se refieren a la calidad de la materia que constituye la obra. Consisten en los elementos materiales de observación de que disponen los sentidos, en los elementos instrumentales y en los conocimientos que se poseen de antemano de la lengua, la pintura y demás materiales de construcción común que se usan para simbolizar el pensamiento. Todo cuanto se refiere a la materia de expresión debe ser objeto de conocimiento del crítico que desea juzgar a conciencia los fenómenos más complicados del cuerpo y el alma del hombre.

Recursos de la inteligencia para inquirir la verdad con la crítica

La Induccion. Las excelencias de este método han sido juzgadas ya por la ciencia y la filosofía. Estudiar el caso particular que se desea juzgar requiere la exclusión de todo prejuicio, hasta donde es posible examinar las cosas sin el recurso de la preparación determinante de anteriores observaciones hechas en otros casos particulares. El espíritu científico reclama una actividad mental que esté preparada para las graves sorpresas de la invención y el descubrimiento.

La Deduccion. Deducir es lo más delicado para la inteligencia. Supone los resultados indirectos de la aplicación de los hechos particulares a una idea general que los resume, y después, la aplicación directa de la idea general a un caso particular al cual se le han encontrado analogías y diferencias que es preciso relacionar con esa idea. Se trata de un procedimiento oblícuo de llegar a la verdad. Por consiguiente, es más delicado que el anterior método. Ambos métodos se suponen recíproca y necesariamente.

La crítica está en el deber de conocer a fondo estos recursos de observación filosófica y científicamente. De lo contrario no es posible responder a las exigencias generales de mi definición de crítica que pide alentar la verdad, rechazar el error y crear nuevos puntos de vista del arte y la ciencia.

Sistematización de los conceptos críticos de acuerdo con las verdades trascendentales que cree poseer el crítico

Porque la generalización es la función que corona los desvelos científicos del hombre y nos pone ante hechos de más elevada trascendencia, el crítico, que debe tener delante de sí los intereses más generales de los hombres, está en el deber, además, de ajustar con un propósito expreso sus reglas críticas a la verdad filosófica que haya creído de más interés para la inteligencia de los hombres.

Mi verdad más amplia que deseo aplicar como crítico consiste en la fe religiosa de que me he empapado en el examen de los problemas trascendentales de la filosofía.

Anteriormente quedan consignadas las ideas que he adquirido acerca de la vida y sus elementos: la forma y el fondo con sus respectivas conexiones extensas. Y he planteado y resuelto los fundamentos de la explicación de mi existencia en relación con el universo.

No he querido sino proponer un boceto de mis principios de crítica. Como se trata de una sistematización completa que no se ha pretendido hacer en este género de disciplinas, no tengo recursos de colaboración a mi alcance que hayan contribuido mayormente a la elaboración del trabajo. Los grandes vacíos que se notan en su oportunidad serán objeto de estudios especiales que determinarán más visiblemente la posibilidad práctica de los principios expuestos.

CRITILO Y TEOFILO

Critilo y Teófilo

Diálogo al estilo ateniense acerca de la personalidad y la obra de Rodin

(Adaptación a la época romana)

Aquí, espiritual, la figura de Rodin, temblando al primer golpe del escoplo sobre el marmol... En las penumbras del estudio se insinúan regios bocetos esculturales. Se volatiliza el paisaje, por la ventana, bajo las llamaradas multicolores del crepúsculo.

(Critilo, escultural, bajo el nudoso árbol, conversa con el joven Teófilo, hundida la mano en la elástica plata de sus barbas... La fuente se estremece bajo las frondas, líricas y feudales. Las voces alternativas se esparcen por el ciego paisaje, como un baño de agua de rosas en las pupilas enfermas de un anciano. Las corolas suspiran al viento, sacramental y eufónico).

Critilo.—Dulce amigo, ese es el mundo. La fama no es la reflexión: es copa de aguas tumultuosas y oscuras. La gloria es el cristal, la transparencia. Y la primera se acepta sin antesala en el espíritu. ¿Te extrañaría entonces que los cuerpos sean

más invisibles mientras más puros o transparentes son? Así es, hijo.

Teófilo.—¡Oh, padre mío! Ya lo sé; ello te autoriza a ese criticismo subjetivo que siempre es la melancolía de tu espíritu. Ya lo comprendo.

C.—Nada acepto de la vasta complejidad del mundo sin un reiterado examen de los objetos y los instrumentos con cuyos auxilios determino todo propósito interior. Y así voy logrando determinar mis valores íntimos, de los hombres y los objetos, en relación con mis propias facultades. No importa que mis valores personalísimos sean extraños a la costumbre, a la característica de cualquier momento histórico, o de un círculo, de una autoridad, de un amigo... Mis conclusiones son precisamente la revelación de las calidades que distinguen o confunden mi espíritu: mi real personalidad interior.

T.—¿A eso atribuirás los resultados extraños a que te ha inducido el examen del pensador de Rodin? Sí, te ha parecido tal vez que la fama del gran autor ha diferido de la propia gloria, del mérito real de sus anteriores creaciones, y ha seguido irreflexiva a cubrir de aprobaciones inopinadas a su pensador, su obra clásica de los últimos tiempos. Mas, ¿querrías decirme a qué refieres la inconformidad con esa noble escultura?

C.—Esa ruda inclinación del brazo hacia el centro de ambas piernas, en cuyas manos se abrocha con la mandíbula inferior la circunferencia del cuerpo; esa musculosa inclinación de las espaldas hacia la mandíbula, y la horizontalidad de los muslos en contraposición con las energías que doblan la parte superior del cuerpo hacia abajo, estrujan las vísceras y trastornan sus perennes funciones de irrigación de líquidos. ¿Crees que esto es poco? No, Teófilo, esto es todo. Pasma el pensar en que los grandes conocimientos anatómicos de Rodin, no lo indujesen a comprender el error. ¿Y la psicología? Las facultades del espíritu necesitan en sus estados de reposo y de acción una íntegra conformidad del cuerpo, en una idealización del pensador. Bien que no sea así del todo en los hechos; pero lo es en parte. ¿Habría de tapar mis ojos ante semejantes errores de orden científico y psicológico? El pensador de Rodin es un histérico, un escéptico, un dogmático empedernido que bien pudiera desdoblar su grosera cintura para ir al circo a pujar en lucha con un formidable teutón.

T.—¡Oh, Critilo! ¿Pero la circunferencia y el círculo que forma la escultura del maestro insigne, no son propiamente la finalidad formal, o el medio, de la total concentración del espíritu?

C.—Sí; es la única y real escusa que tiene el gran error psicológico y científico de la obra. Pero si observas hacia qué

punto del cuerpo queda el centro de ese círculo, notarás que no es excelente: queda cerca del estómago y un tanto alejado del cerebro y el mismo corazón. Resulta, pues, una concentración estomacal que produce una vasta musculatura, una pésima circulación de la sangre y los otros líquidos—cosa extraña, porque a la buena digestión corresponde una circulación libre; y más si se desprende que del buen estómago se concluyen excelentes músculos—, y una cabeza relativamente pequeña. Hay más: ese círculo es limitación, es finitud. La verdadera idealización de un pensador ha de concentrar las fuerzas en la factura total del hombre, pero sin limitación alguna; tendido al infinito, abriéndose a nuevas e innumerables posibilidades orgánicas y espirituales, en menoscabo, si se quiere, de la finitud humana, del humano egoísmo, por más que el resultado sea la idealización del egoísmo, la fortificación de un egoísmo trascendental, y, por eso, generalizado en vastos términos. Es preciso levantar de su asiento a ese hombre escéptico, desdoblar sus vísceras, arrancarle las pupilas del suelo, ampliarle el torax, y sutilizarle las plantas de los pies que han de estar listas al arranque del vuelo.

T.—Padre Critilo, ¿no tienes mayor número de argumentos para desear levantar de su asiento a ese pensador taciturno de mármol? ¡Oh, padre! Yo creo que de tus palabras he aprendido a considerar con mayor amplitud el asunto; más no me resuelvo a deshechar por entero la obra de Rodin. Que haya un pensador sentado y otro de pie; y represente, el primero, el pensamiento hacia la tierra, hacia la práctica finitud de la vida, la concentración estomacal del instinto salvador y concreto que fortalece las facultades ordinarias. Y otro alado y etereo, de elásticas y poderosas alas, con la cabeza ligeramente erguida, los ojos prendidos en lo infinito, como dos lámparas, tras inesperada conquista; ancha la frente luminosa, como un sol pontifical; y tumultuosa melena flamígera. Con los músculos en compleja y exquisita tensión, como si fuera a disiparse en la verdad central de los mundos... ¡Así, de pie, respirando armonioso y expansivo, audaz, sobre una roca abrupta y desolada, salvando con el impulso de las alas la torva oscuridad del abismo!

C.—Teófilo, pero despereza a ese hombre escéptico; que respire. Jamás se inclinó hacia la tierra el viril impulso de la vida finita. Sentado, pero armonioso, fácil la ruda función de las vísceras, se advertirá en sus ojos que ve para adentro y se concentra en sí mismo. Y la robusta línea del músculo se condensará en las romanas formas de un dios estático e indiferente. Porque la finitud es egoísmo, reposo, gloria estática, tranquilidad mundana de la carne y el espíritu...

T.—Bien, maestro. Pero las sombras se arropan en el dulce paisaje. Vámonos, Critilo. Vámonos...

En el triste paisaje se ven, bajo un árbol, cerca al temblor de la fuente, las dos siluetas de Critilo y Teófilo, como en una lámina de plata, en bajo-relieve español de remotos tiempos... En la pradera lejana, borrosa, la manada, con su pastora en flor...

Suenan ignotas las argentinas esquilas del crepúsculo, tembloroso como un vago ensueño.

Hay olor de resinas en las alas del céfiro...

FIN DE CRITILO Y TEOFILO

EL MAGO AZUL

El Mago Azul

Para Conchita Meza, poetiza

Antonino, a bordo del velero, parece regia escultura de un motivo clásico. Ve hacia el cielo y el mar... Su perfil latino, mudo y sombrío, dijérase escultural efigie esculpida en bronce.

César.—Dí, Patriarca de Sorrento, ¿a qué lejano ideal de la noche ofreces las lágrimas y el sombrío silencio de tus ojos? Dilo, dilo, Antonino...

Antonino.—¡Oh, importuno César! Las espirituales fuerzas del mundo tiemblan en las constelaciones y las aguas... Hay un rumor arcano en las olas, en los vientos, en la afluencia interior de la materia universal; hay un suspiro en los astros, una oración sempiterna en los cielos...

César.—Nada veo ni oigo, Patriarca. Nada, nada...

Antonino.—Hay un efervescente recuerdo de ideas, de pasiones, de alegrías, de profundos dolores. Hay una extraordinaria conflagración de luces, en el mar, en el cielo, en mi espíritu. Hay...

César.—Nada, nada hay maestro, nada...

Antonino.—Mundo inmenso; mundo cuyo secreto vive en los hombres, en todos los hombres, en la historia entera de los hombres. ¡Oh inmenso lucero el del cielo, el del espíritu, el del mar!

César.—Nada, Antonino, nada, nada...

Antonino.—¿Qué hay, qué pasa en el horizonte...? Ignota región fantástica; allá a lo lejos, un revuelo gigantesco de ángeles con sus relucientes trompetas de oro y de plata. ¿Lo oyes, César? ¿Oyes el evangelio de los clarines lejanos? ¡Marcial cortejo aéreo! En la placa bruñida del horizonte, allá, sí, allá, muy lejos, muy lejos, una inmensa luz esplende con una extraordinaria claridad azul... ¿Tienes ojos, César? ¿Tienes oídos, oyes? Es un fluido azul, intenso, el que sale de las doradas y las plateadas trompetas. ¡César... habla!

César.—Nada oigo, nada veo, maestro. ¡La luz de la luna y las estrellas y el retumbo de las olas, no más!

Antonino.—¡.....!

César.—¿Me has escuchado? Nada veo, nada, nada, nada, nada...

Antonino.—¡César, silencio!

César.—Callad al mar, Antonino, que no oigo el grito de los clarines...

Antonino.—¡Silencio, piélago retumbante!

Y el mar, de súbito, quedó tranquilo, como un vasto remanso silencioso...

Antonino.—¿Escuchas ahora la cristalina armonía? ¿Escuchas, César?

César.—¡Oh, regio Neptuno de Sorrento, nada, nada escucho!

Antonino.—¿Ahora qué anhelas, César?

César.—Que me lleves, caminando sobre el agua, a donde irrumpe la voz de los clarines...

Antonino salta del vajel sobre el vasto remanso silencioso, y pisándole la túnica escarlata sobre el cristal de las aguas, le sigue el miserable César, suspicaz y profano como un rebelde esclavo.

Antonino.—Silencio, César, y sígueme...

Cuando hubieron caminado durante muchos siglos sobre la inmensa lápida glauca de las aguas silenciosas, Antonino, formidable, había crecido como un inmenso roble milenario... Y sus plantas enormes eran pedestales de cuarzo tinto...

...Y César, inmutable y sordo, ciego, mudo como las aguas del mar, recostaba la cabeza sobre las sandalias del Mago Azul.

De lejos Antonino se veía con la frente en el cielo constelada de astros de todos colores, gigantesco, gigantesco... Las nubes ocultaban sus tobillos como copos de nieve, en que se cristalizaba la luz de las estrellas...

¡Y ni un ruido se oía en la vasta llanura silenciosa de las aguas...!

FRAGMENTOS DEL LIBRO EN PREPARACION:

JUAN MIGUEL DIHIGO

SU VIDA Y SUS OBRAS

Rafael M. Merchán

Conferencia inaugural de la segunda serie sobre

"Figuras intelectuales de Cuba"

El acerado estilo sentimental de este libro entusiasma. Estilo de elogio que se aviene más al contínuo enaltecimiento de la persona a que vaya dirigida la obra que al variado y múltiple zig-zag de la crítica en que se ha de manifestar, con audacia y pulcra serenidad, ya el reparo o ya el aplauso, ambas cosas en la gama variadísima de sus tonalidades racionales o sentimentales. Estilo de cristalino optimismo en el cual se lanzan hacia la prenumbra o la tiniebla, los errores, los defectos y los descuidos del hombre, en sus totales procedimientos. Por ello valdría decir que es un estudio crítico de tendencias unilaterales, pero elevadas y en alto grado literarias.

Está dividido el trabajo en los siguientes aspectos: el del patriota, el del poeta, el aspecto del crítico, el aspecto del historiador y, finalmente el del lingüista.

El hombre fué admirablemente escogido. Después de una entusiasta introducción nos brinda el autor con la sucinta relación de cuanto en Merchán hubo de relacionarse estrechamente con los problemas de la vida nacional de Cuba y se empieza a sentir el raro influjo de la presencia del mártir extinto, en sus proscripciones, en la palmaria claridad, energía, corrección y luminosidad de su poesía patriótica; en la honesta tempestad de su prosa

combativa y finamente castiza que tanto había de influir en los destinos de la Isla. El patriotismo de Merchán exalta el claro espíritu nacionalizador del crítico, ese espíritu por el cual habría de escribir asuntos de la lengua relacionados con la República de Cuba, sobre hombres del país, su estado y sus situaciones ante las fases diversas del mundo civilizado.

Refiriéndose a Merchán habla de *"un criterio político inspirado en principios liberales"*. El amplio criterio del señor Dihigo alienta esos principios.

—Y al insinuar un motivo de serio disgusto en su vida política lo hace al amparo de una exquisita delicadeza en estas palabras:*"¿A qué volver sobre lo que no tiene remedio, a qué remover hechos que no pueden modificarse? Duerma, duerma en paz el anciano venerable"*. Dulcísimas palabras de rotundo sentimiento estético, en que las relaciones de la moral con la belleza profundizan una amable concepción de la crítica. Aquí he sentido la transparente claridad emocional del crítico.

Entre los tópicos más interesantes de este bello capítulo, aparte de la sazona oportunidad de las citas en verso y prosa, aparte de la vehemencia tropical de la defensa política de Cuba hasta el punto de atenuar la inconveniencia de la intervención odiosa de los Estados Unidos, aparte de la sostenida claridad y precisión de estilo, está la relación de los viajes que hiciera Mechán en el lapso de más de treinta años por Norte y Sud América. Esa naturalización patriótica de sentimiento en Colombia, esa gratitud del poeta y del escritor y del político hacia la república continental que se hiciera solidaria con los movimientos libertarios de Cuba contra España y le regalara con grata hospitalidad. Pero lo que más me ha dado idea de la celebridad de Merchán es el recibimiento que el pueblo cubano ofreciera a través de su largo territorio al ex-patriado batallador de la prensa.

Tampoco había de olvidar J. M. Dihigo, la ingratitud con que el país olvidara los ilustres servicios patrióticos de Merchán. Es el repetidísimo desenlace que los pueblos saben dar a sus grandes hombres.

Viene luego el poeta con su preclara sonoridad, sencillez, vehemencia e ideología sentimental del verso, al servicio de la patria y la lengua. Poeta que no olvida la sutil introspección autocrítica, de cuyos retornos trae el amor voluntario y consciente para los hombres, para su patria, para las libertades de los pueblos.

Del sentido autocrítico del poeta Merchán escribe el Doctor Dihigo: *"Más adelante, en bien sentidos cuartetos, expone Merchán las funestas consecuencias de la crueldad del miedo; y contra toda idea infame de ser malo el soltar la cadena al enemigo; de que el cáliz del vencido siempre guarda sedimento malsano de*

despecho; de la necesidad de estar uno alerta contra aleves ilusiones; de que la insidia ronda astuta al rededor de la confianza y que el perdón torna al odio más insano..."

En efecto, más adelante, en el hermoso capítulo de la crítica, se ve cómo la introspección ha producido en Merchán una vigorosa independencia que llega a la serena austeridad del crítico que se siente a sí mismo en la evaluación y clasificación de su mundo externo. El doctor Dihigo ha unificado en su observación científica las más significativas manifestaciones del político, el poeta, el crítico, el historiador y el lingüista. Y ha engarzado en esos hilos de constancia mental y emocional de Merchán las características del verdadero prócer, del hombre tenaz, valeroso, independiente, cultísimo y sincero, del hombre consciente y creador que destinara todas sus aptitudes a la enseñanza desinteresada de lo que constituyera en ellos sus propios valores, sus propias virtudes.

Ahora, en su toga doctoral, nos presenta al crítico, *"que establece diferencias, en el campo de la literatura y en el de la gramática"* y estudia con insigne constancia y provecho la literatura alemana, la inglesa, la francesa, la de los países de más conspícua cultura, de genio más definido, de más compleja efervescencia espiritual.

Suficiente a enmendar la *"Leyenda de los siglos"* y puntualizar con personalidad nada vulgar, sus desconcertantes bellezas. Es el capítulo que nos presenta con mayores atractivos intelectuales al publicista Merchán. Y aplica en el examen de los caracteres, aptitudes e índoles, sutiles teorías. Descubre la relatividad de la existencia de escuelas definidas; reduciendo en vigoroso análisis la significación real de la palabra escuela llega hasta manifestar que hay una escuela para cada hombre. Con un paso más habría sido capaz, en el examen metafísico del problema, de afirmar que la escuela sólo existe en la unidad absoluta de cada manifestación interior del espíritu. A tal punto, en otras circunstancias culturales, le habría conducido su acerado talento introspectivo.

Este artículo sobre el crítico también conduce a admirar la elástica impresionabilidad de nuestro culto amigo, autor de la crítica del sentido crítico de Merchán.

No hemos de olvidar tampoco la atención que Dihigo pone en las inquietudes de Merchán por el mundo clásico, por la traducción y crítica de los antiguos así como de los modernos autores. Ayuda con atención a complementar los trazos y el total relieve del hombre, en su esfuerzo electivo de mayor significación cultural, mental, estética y ética.

Luego, tenaz, sereno y equitativo, sorprendiendo con la misma independencia de criterio y la misma sutilidad crítica que es

de cultivo y temperamento en Merchán, aparece la efigie del historiador en corta pero muy significativa relación crítica. Es el aspecto del crítico en sus aplicaciones a la historia.

Lo más interesante, por la fuerza y la candencia de los sentimientos patrióticos de ambas partes, por el papel representativo de estos dos cultísimos escritores, es la relación de la controversia habida entre don Juan Valera y Rafael M. Merchán, con motivo de los contactos históricos de España con América y particularmente con la isla de Cuba. Dihigo alienta con igual sentimiento patriótico las razones que propusiera al escritor peninsular su compatriota Merchán, alegando los comprobantes que esas razones han tenido en tiempos posteriores. ¿No es cierto que han desaparecido las tríbus indias ante la civilización española, o Europea? Y después ¿no ha sido revelador el descubrimiento de las ruinas de Yucatán? ¿la civilización india total de América? ¿En qué país americano ha permanecido la raza india? Los indios habrían podido revelarnos algo más a haber sido dulcificados por la austeridad y el talento crítico los decretos que dispusieron de los destinos de América y que salían de los escritorios de reyezuelos ignorantes e impúdicos, apadrinados por las cortes decadentes de la Europa conquistadora. El patriotismo, que no *sabía* oscurecer el sano criterio de Merchán, en cambio obstinaba a don Juan Valera en una obsesión un tanto menos que ridícula. El crítico intolerante de la lengua cegaba su espíritu de justicia y sana conservación en sus aplicaciones a la historia.

En último término aparece exaltada la personalidad lingüística de Merchán en el capítulo que remata la obra. Le compara el Dr. Dihigo con Rufino J. Cuervo y tiene elogios para el lingüista cubano que nos parecen exagerados. Mientras el insigne escritor de Colombia se dedica exclusivamente a la lengua, Merchán describe en los espacios espirituales de Cuba varias elípticas que si forman un conjunto armónico, en cambio no se prestan a profundizar como lo hiciera Cuervo ninguno de los campos del espíritu. Si no talento lingüístico sí el tiempo le faltara a Merchán para llegar a las lucubraciones extensísimas e intensísimas del escritor colombiano.

Hay en este capítulo, que toca precisamente la especialidad del Dr., afirmaciones de cuyo recuerdo no hemos de prescindir con propósito de irle caracterizando en su ramo. Sentimos que se haya impuesto, casi de modo exclusivo, seguir las huellas de Merchán, como si no fuese mejor cincelar con la personalidad propia manifiesta, los relieves lingüísticos del crítico. Más los fines críticos del Doctor se circunscriben a dar la idea del sujeto que preocupa su atención distinguida. Es una personal preocupación de su método, conveniente e inconveniente según unos u otros aspectos de la materia...

"Los provincialismos tienen su razón de ser en las exigencias de la vida y no en el capricho". Esta afirmación es excesiva. Se acostumbra, cuando una verdad se repite en un gran número de fenómenos, generalizarla, o mejor, universalizarla. ¿Y es paréntesis que multiplica las excepciones? Existe inmenso número de provincialismos cuyo origen se remonta al capricho o a la infracción de la ley del menor esfuerzo, de las leyes estéticas, de la tendencia total de la economía del lenguaje. La ilustración, pues, los mentales esfuerzos del hombre, llegan a revelar los malos y los buenos resultados de las leyes fonéticas, a dirigir la verdadera economía y el buen gusto de las formas idiomáticas; no a despreciar la vasta experiencia de los pueblos en la cual discurren multitud de leyes de superior carácter. Así es como, al pensar del eminente Doctor Dihigo, triunfan las palabras y las formas mejor preparadas. En otra forma ¿cómo tendría derecho el Doctor para hablar de la *"corrupción del lenguaje"*? Esto proviene, precisamente, de la ignorancia y el irreflexivo capricho de los hombres.

Más adelante afirma asintiendo a la extensa ideología de Merchán: *"no puede ser indiferente la muerte del idioma"*. ¿Indiferente a quiénes? A los legisladores de la lengua, supongo. *"En la evolución del lenguaje bien se notan fuerzas que tienden a predominar una sobre otra, una hacia adelante, otra hacia atrás"*; aquí toca también, y en sumo grado, la acción dirigente de las inteligencias cultivadas en un amplio sentido.

Clamar por la elaboración de un diccionario es cosa que parece impresionarle bien a mi distinguido amigo. Pediría yo, mejor, una cultura más extendida para que ese diccionario no se empolvase en los rincones de cualquiera estantería milenaria. El formón por sí solo no cincela el tallo del ébano... Es imprescindible la significativa presencia del artista.

Adhiérese el Dr. a los reparos de Merchán contra la total conducta arcaizada de los modernos clacisistas del habla, en la figura representativa de don Juan Moltalvo. Estos no exigen al propio tiempo también, sus reparos. ¿No atrae el recuerdo de las cosas viejas donoso regalo al espíritu? Así también el uso de viejas costumbres de la lengua. Don Juan Montalvo, más que del habla clásica ¿no es un artista del recuerdo? No importa que el siglo de oro de la lengua no sea la cabal expresión de la belleza y la economía, si el recuerdo es alado mensajero de las preocupaciones de una época pasada. Felices aquellos helenistas que andan por los mares y tierras de ensueño de la Grecia antigua que pulimentaba las mármoles de inmortales estatuas; aquellos renacentistas que viven con los espíritus y las filigranas de la vieja Italia de Cellini y los conquistadores...; felices los artistas que tallan sus esculturas en los mármoles del pasado.

Don Juan no ha tendido *"a paralizar el desenvolvimiento orgánico del idioma"*.

En otras páginas el Dr. escribe: *"los cambios muchas veces no obedecen a razones filosóficas"*. Esto es opuesto a su criterio del origen de los provincialismos y es de toda nuestra aceptación.

Termina el final capítulo con un sentido reproche a los pueblos que no premian el valor de sus hombres. Suponemos que, como en la lengua, en la moral habrá razonable necesidad de un cuerpo dirigente que analice y encauce sus incongruentes manifestaciones...

Hacia el Viejo Oriente

Es la historia de un viaje que nos recuerda aquel que hiciera Haeckel a Ceilán, en que el interés científico se pospone a un mero relato de la vida e incidentes de la jornada a través de océanos y remotos países. En tanto el del sabio alemán ocurre en una relativa soledad por golfos, bahías y mares abiertos, por bosques y montañas accidentados, tras curiosidades acuáticas y plantas y animales de los grandes bosques del trópico, cuyo análisis no hace más que preparar para su retorno a Jena, el de Dihigo es tumultuoso por la aglomeración de grandes hombres con quienes hubo de realizarlo y por los fines que habrían de ser perseguidos en varios y vastos países... Los dos son, pues, viajes literarios con propósitos científicos.

Enviado por el Ministerio de I. Pública de Cuba en representación de su país ante el Congreso de Orientalistas y el Jubileo de la Universidad de Atenas del año de 1912, el Dr. Dihigo emprende el suyo en una grata y melancólica exaltación como quien va a realizar un ensueño vehemente y exótico. Desde el título de la obra se empieza a sentir esa melancolía oriental que constituye el carácter emotivo de sus páginas y su mayor encanto.

Es una memoria que tiene olor a siglos, escrita en crónicas de una sencillez que a cualquiera irreflexivo habría de parecerle vulgar si no tuviese idea de que la pasión del estilo científico ha de atender en particular a la transparencia de los símbolos.

"Fué un día triste, de llovizna, el de mi viaje", empieza. Y el alma se prepara a la emoción de mundos lejanos... Después nos habla de su estancia en Nueva York, omitiendo el tiempo de navegación. Y parte hacia el viejo Oriente. En el vapor *"Argentina"* llega a Patras, puerto griego. Después de haber departido del grato buen humor de los sabios con el profesor de la Universidad de Yale, Sr. Eduardo Washburn Hopkins, personalidad cultísima y que se dirigía a Oriente en idénticas circunstancias

de representación, llega a la tierra de los recuerdos remotos del mármol y los olivos... Y la historia de aquel país atraviesa su fantasía airada, con sus oradores, sus guerreros, sus poetas y los dioses del Olimpo. ¡País de recuerdos!

Sigue la descripción sucinta de la ciudad siempre incrustando como piedras preciosas en el charol de la vida moderna las ruinas de viejos capiteles y carcomidos mármoles: en la iglesia de San Andrés los restos del templo de Demeter; los restos de un odeon romano con sus escalas de ladrillos; y los restos de un gran acueducto romano con sus arcos. Luego la relación del viaje a Atenas, la descripción del Golfo de Corinto. ¡Y la llegada a Atenas! La ciudad moderna y extraña, europeizada hasta el punto de que "Demóstenes, Platón, Aristófanes, Esquines, Herodoto y tantos más" si resucitaran preguntarían: *"¿qué ciudad es esta?"* Un hálito de eternidad pasa por estas páginas calcinadas. Y son objeto de ilustres memorias el Arco de Adriano, las columnas del templo de Júpiter Olímpico, que se levantan como súplica secular al cielo; el inmenso Estadio; el Monumento Corágico de Lisicrates; el desolado Teatro de Baco; la Torre de los vientos, con sus facetas derruídas; el Pórtico de los gigantes; el maravilloso templo de Teseo; el Odeón de Herodes Atico, pesado y mutiforme; la Puerta Beule; Los Propileos; el Templo de la Victoria Aptera; el Partenón, sostenido por una selva de columnas; el Erecteo, sobre las cabezas de sus cariátides milenarias. Y, después, la Atenas de moderna arquitectura: el Bulevar Amalia; el Zappion; la pintoresca plaza de la Constitución, el Palacio Real, el de Troya y el de la Academia, que recuerda las columnas de la vieja Atenas; la Universidad, la Biblioteca Nacional, el Observatorio, etc.

Las dos ciudades, la Atenas moderna y la antigua, levántanse en la fantasía como la ilusión de extraña antítesis imposible, en este libro de mármol... Las dos han sido cuidadosamente descritas antes de hacer un sucinto relato de lo hablado y realizado en las conferencias que se verificarían en ambas ciudades por los representantes del mundo oriental. Y es de indicarse el especial interés que da el autor a la descripción de la Biblioteca y su contenido, como de la Universidad y las asignaturas que enseña. A cada descripción se agregan apuntes históricos del monumento, el edificio en comentario, o ya finas observaciones de carácter estético.

Sigue al reconocimiento de la ciudad moderna el anhelo de conocer los alrededores. Hopkins acompaña al culto viajero de las Antillas, durante los atardeceres, en esa tarea, en el recorrido de los cercanos montículos desde donde se columpian las más clásicas montañas de Grecia y del mundo, con sus bosques de olivos, sus tumbas, su varia vegetación, sus ignotos recuerdos y

sus mármoles. Y hay en la fantasía como un desfile de sombras agitadas por vientos remotos...

Luego habrá de tratarse en el Congreso de las siguientes materias y países: "Lingüística; lenguas indoeuropeas; Historia comparada de las religiones de Oriente; Mitología comparada y folklore; Inscripciones cuneiformes; India: literatura, historia, arqueología; China y Japón; Asia Central; Irán: literatura, historia y arqueología; Indo-China; Birmania; Madagascar; Malasia; lenguas y literaturas semíticas (fenicio, asirio, babilónico, hebreo, arameo, etiope); Mundo musulmán: historia, literatura y arqueología; Egiptología y lenguas africanas; Lenguas, pueblos y civilizaciones de la América; Grecia y Oriente, en la antigüedad, durante la Edad Media y en tiempos modernos". Y, por último, la Babel moderna en la mayor parte de los idiomas civilizados del mundo, a excepción del Castellano: los discursos de los congresistas, las conferencias de sabios y altísimas personalidades del mundo en que participa el Dr. Dihigo con honrosos números. Ahí es leído por él su estudio sobre *"La fonética del habla popular en Cuba"*, en calidad de Vicepresidente de una mesa.

Terminada la relación de las fiestas del Congreso y el Jubileo sigue una crónica de representaciones teatrales, conferencias, etc., relativas a esas fiestas.

Termina el Dr. la obra de descripción de la divina Atenas y las fiestas a que se ha hecho referencia con las siguientes palabras: *"pueblo admirable por su pasado y por su presente"*.

* * *

Finalizadas las fiestas del Congreso de orientalistas dirígense les profesores Dihigo y Clay al Egipto. Llegan a Alejandría y el recorrido que hacen por la vieja y moderna ciudad les da lugar de ver los vestigios de la civilización greco-romana, del gobierno de los Tolomeos, de la invasión ideológica que fuera motivo de diversas creaciones e interpretaciones filosóficas que después han seguido preocupando la atención del mundo civilizado. Se hacen recuerdos del Museo y la Biblioteca de Alejandría; visítase la necrópolis del Cementerio griego, cuyas tumbas conservan las líneas del estilo extranjero; la necrópolis de Anfouchy; y, la imponente columna de Pompeya, cuyo pedestal se mantiene en el mayor descuido, y está desfigurándose, no sólo por la pátina de su existencia secular, sino también al golpe de martillos y piedras que muchos visitantes descargan sobre sus regios bordes. Está considerada esta columna como el monolito más grande que existe (más de 26 metros de altura).

En el Cairo

En la capital del Egipto no es menos intensa y profusa la observación que imparten en ambas ciudades, la antigua y la nueva, los profesores Clay y Dihigo. De calles estrechísimas la primera, edificante e higiénica la segunda.

En los museos se ven los restos de las civilizaciones remotas que invadieran al país en los tiempos del florecimiento griego y romano.

La plaza de Mehemet-Ali es el núcleo del Cairo moderno.

En el barrio árabe les queda la impresión de pureza de la raza, de exóticas costumbres, con sus tiendas al aire libre, los cafés en donde se aspira la fragancia típica del moka, en donde todo está envuelto en una pasividad de ensueño oriental. La rara impresión de las mujeres cuyas miradas se esconden tras la sombra de un velo impenetrable, y cuyos tobillos iluminan con sus ajorcas los secretos repliegues de las faldas... ¡Y la Aldea árabe, sus chozas bárbaras de una sola entrada, bajas e incómodas, en que todo se hace menos pasar las horas de sueño! Es como si se estuviese en uno de los bárbaros imperios de un astro lejano...

También es, la ciudad de las mezquitas, observada: sus mármoles y alabastros, tallados en magníficas columnas. La ciudad heterogénea en su cultura; los enormes camellos y el calor, todo, todo sofoca en la fragua de estas páginas, como caliginoso hálito de la historia...

Hay mezquitas en el Cairo que son pequeñas ciudades, en que los caprichos y el rigor del arte se han manifestado en preciosos arcos, altos y bajos relieves, en talladuras de gran valor. Las hay que son riquísimas universidades en donde se enseña lo más preciado de los conocimientos mahometanos y viven más de trece mil alumnos. Todo lo que se puede imaginar realizado en mármol, en pórfido, en granito y alabastro, hase esculpido con primoroso cincel en los capiteles, y los arcos de sus mezquitas

fantásticas, tributarias de Mahoma y el Oriente... Nada omite el sabio cubano en su viaje por estas tierras históricas. Se relata en lo que consiste el "Mach Mal" o sea *"la vuelta de la alfombra sagrada"* que cada año se lleva a la Meca en peregrinación, custodiada por soldados, y se coloca sobre la tumba del Profeta. Los dromedarios son los divinos mensajeros de esa exótica peregrinación del desierto y van cargados de telas perforadas con primor por finísimos arabescos, en que el capricho oriental ha puesto todos los esfuerzos de su fantasía cálida.

También se lee la descripción de un entierro, de plañideras fúnebres y sacerdotes musulmanes... ¡Y la estadía impresionante en el Museo!

Pero las páginas que me han parecido petrificadas por una eternidad son las correspondientes a las pirámides. ¡El recuerdo se abisma en las más primitivas exaltaciones del poder y la idealidad; se queda el alma suspensa como si el tiempo se detuviese en un gesto de supremo dolor, de rebelión y recuerdo!

¡Y, la Esfinge con el rostro estático y sin embargo carcomido!

Enseguida visita el ilustre viajero los otros monumentos antiguos y cercanos al Cairo: los monumentos encontrados en los nuevas excavaciones. La magistral avenida de las esfinges, numerosas capillas construidas sobre las tumbas de los bueyes sagrados; y multitud de pequeñas estatuas de bronce.

Se deja luego al Egipto con una inmensa impresión tallada en piedra.

* * *

Sigue el viaje luego por el Canal de Suez, no sin tributarse un recuerdo a Lesseps, su constructor, quien hubo de sufrir, en días tristísimos de su vida, la ingratitud de sus compatriotas.

Se hace una descripción de Port-Said, que está a la entrada del canal, en que se clasifica su importancia de ciudad de tercer orden, apesar de su posición ventajosísima. Y se endereza el rumbo a Siria con profunda ansiedad...

Jafa

Tiene un puerto de difícil acceso. Su caserío parece un montículo blanco que da grata impresión: sobre él se yerguen cactus y palmeras. Mas una vez vista de cerca Jafa es la ciudad sucia, la ciudad inmóvil, retrógrada, sin luz y sin vida, habitada por armenios, griegos y judíos insensibles a todo arranque generoso de vida nueva. ¡Jafa, la ciudad sucia y triste!

Su rada, sin embargo, es de las más comerciales del Levante, debido al esfuerzo extranjero.

La Ciudad Santa

¡Después Jerusalén! Antes de llegar a esta famosísima ciudad ha de atender el lector cómo se transforma en hosca y estéril la tierra santa. Alveos secos, rocas abruptas, sin musgo, áridas montañas que se esfuman en bocetos lejanos... Todo queda detrás, a la distancia: las flores, las fuentes, los árboles frutales, los prados florecidos... El tren atraviesa un páramo bíblico y sombrío. A veces parece que algo grande va a presentarse en los cielos o en la tierra, como si la sombra de Jesús vagara, con su corona de espinas...

Jerusalén aparece al ilustre viajero con dos aspectos de ciudad oriental: el antiguo y el moderno, en compleja combinación de razas, arquitecturas, creencias y recuerdos...

Recorre todas las sendas que dignificara Jesús con su planta inmortal y deja en cada sitio una observación o un sentimiento suficiente a revelar su exquisitez y erudición histórica: El Santo Sepulcro, recargado de adornos; el Arco del Ecce-Homo; el Valle de Josafat, el más triste y desierto, sembrado de lápidas sin nombres; el Monte de los Olivos. Y la Mezquita de Omar, la de El-Aksa; el Huerto de Getsemaní y sus olivos, *"los árboles más venerados del mundo"*; El Muro de las lamentaciones; la Tumba de Raquel, etc.

Dichoso el sabio cubano que recorrió la tierra sagrada con tal acopio de conocimientos.

Beirut

Pasando por Jafa se dirige el Dr. Dihigo a Beirut, cuyas características son propias de la gran mayoría de las ciudades orientales. La misma mezcolanza de razas, de recuerdos históricos y creencias religiosas. El mismo movimiento exótico en el mar. El mismo aspecto de las irregularidades topográficas. Y las ilustres sugerencias que todo le inspira a su paso, cuanto es digno de mención, cuanto mueve su interés crítico o estético.

Llamóle toda su atención la famosa y justamente renombrada Universidad de San José, en el sentido pedagógico, que es el que motiva su viaje.

No pone en olvido apuntar en su diario las observaciones arquitectónicas de índole histórica que le inspiran el Templo de Júpiter y el Templo del Sol en Baalbeck, ciudad importante de la Siria...

Las montañas del Líbano coloran el recuerdo de estas páginas del libro, con un tono intenso de herrumbres bíblicas...

Esmirna y Dedeagatch

La primera tiene trescientos mil habitantes. Ciudad limpia y en alto grado comercial. Dedeagatch, pobre, poco confortable. Ambas ciudades las conoce el Dr. Dihigo antes de llegar a la vieja ciudad de

Estambul

Constantinopla, con sus murallas, el laberinto de sus callejas inextricables, su confusión de civilizaciones, orientales y occidentales, sus valiosas mezquitas de Santa Sofía y Solimán el Magnífico, su Obeslico de Teodosio importado del Egipto en el año 399, su Hipódromo y sus tumbas famosas, con su antigüedad y modernidad, descríbela el escritor cubano como el verdadero fin de su viaje por los países extraños.

Diríjese luego a Viena, Berlín, París y a la capital hispana. Después, con su corazón hecho una caja de sándalo, llena de mirra y mieles orientales, parte el docto viajero hacia el inolvidable Archipiélago de las Antillas...

Rufino J. Cuervo

Es una síntesis crítica que examina y comenta dos aspectos del lingüista colombiano: su carácter de hombre, en primer término; y el valor intrínseco de su vasta mentalidad. No una enumeración detallada y sostenida de los diversos tópicos de su vida y su obra: un vistazo sintético y profundo a sus principales determinaciones. Sin embargo, podría parecer superficial a quien no estuviese al tanto del valor que en la pluma del Dr. Dihigo tienen sus afirmaciones sobre la vida y la lengua.

Se ve en este bello opúsculo el empeño de admiración por la sencillez y la humildad del sabio; se ve, pues, el cristianismo que rige sus actos morales.

El empeño liberal de juzgar la obra de Cuervo en lo que tiene de vario y complejo, en lo que tiene de equilibrio y armonía, de serenidad y audacia, típicas condiciones de una mentalidad creadora de preferencia, y no exclusivamente erudita—tendencia arcaica y estéril en extremo—nos recuerda las propias cualidades del autor cubano. No se admiran de verdad las cualidades que no se tienen o no se cultivan; se admira y se comprende, en su relativa proporción, al propio yo del pasado, del presente y, acaso del porvenir...

Compruébase la humildad del Dr. en esta síntesis crítica al dejar la palabra a otras autoridades que elogiaron con vigoroso entusiasmo y preclaro razonamiento, con bien adquirido y bien empleado acopio de erudición, la obra lingüística del escritor de Colombia: a R. M. Merchán y a Enrique Piñeyro.

Hay, en la obra, una ligera referencia a la *"unidad de la lengua"*. Si por tal entiende el distinguido Dr. lo que los clásicos entendieron por *"unidad"*, esto es, la simplicidad fundamental del lenguaje, y no la armonía, el concierto de las leyes, equivócase en un vasto sentido filosófico de la palabra. La unidad absoluta, si fuera, habría de existir divisible, lo cual es, en sustancia, contradictorio, y, por lo tanto, absurdo dentro de las circunscripciones de la filosofía consecuente... Y ¿qué otra filosofía, se preguntará, es posible fuera del mundo consecuente de la razón? (1)

La perfección del lingüista, hasta aquí, en lo que yo estoy enterado, no se ha perseguido con entera franqueza dentro de la ciencia experimental; menos dentro de las altas esferas de la filosofía. Ha querido y ha logrado sustraerse de las verdades o experiencias estéticas. Así, pues, el Dr. Dihigo no tiene mayor obligación de avanzar que el conjunto de hombres que representa los adelantos de la lingüística y la filología. En su tiempo es profundo conocedor de los fundamentales progresos que ha adquirido y consolidado el ramo de su erudita predilección. Pero es necesario pensar en nuevas normas de la infinita vida del espíritu.

(1) *Véanse mis opúsculos: "Paulino y Suetonio" y "Leuconoe".*

PAULINO Y SUETONIO

(METAFISICA DE LA UNIDAD)

Paulino y Suetonio

Es la tarde. Paulino, el maestro, invita al joven Suetonio a elegir tema del diálogo. El joven tiene obsesión por la "unidad absoluta"; *la propone y, acto seguido, la palabra del maestro cascabelea por el silencio de la tarde como extraño rumor de música trascendente. El crepúsculo se vierte, líquido, sobre el lago. Las frondas del bosque conversan secretamente. Y hay por doquiera una conciencia exótica del mundo.*

Paulino.—Sentémonos bajo esta sombra; ejercitaremos con toda tranquilidad la mente, en el problema de tu predilección. He pensado que ninguno hay, para la comprensión de nuestras épocas, tan interesante, y, a la vez, que haya servido más, con sus inmensas dificultades, a los prejuicios clásicos y sus consecuencias dogmáticas.

Suetonio.—Explícame, oh maestro, qué es un prejuicio clásico, cómo llega a formarse, sus razones psicológicas y la importancia de sus consecuencias en el desenvolvimiento de la civilización.

P.—Lo que por una distinción superior se ordena en clases, es clásico; pero la palabra, como todas, tiene multitud de acepciones más o menos determinadas. Esto es lo que interesa a nuestro propósito, Suetonio.

Llamo prejuicio clásico al estado interior del alma preparado por la consciente elaboración de la historia, o la impulsiva de la

naturaleza ordinaria. En ambos casos ese estado, más o menos fijo, obliga a la razón total, que está constituida por la intuición, el movimiento de las ideas en cualquiera dirección posible, y la mixtura de ideas e intuiciones, a apreciar lo exterior y lo interior en su propio sentido, sin la necesaria reflexión de sus conexiones de mayor interés. Es una cadena elaborada para unir dos piezas de una máquina y que después se intenta aplicar a otras piezas que no podrán soportarla o que ella misma no podrá soportar. Mientras se aplica a su uso premeditado tiene mayores probabilidades de utilidad: en este caso no es prejuicio.

S.—Luego el prejuicio es inadaptabilidad de un estado del alma a sus movimientos interiores o exteriores.

P.—Sí, pero inadaptabilidad para propósitos determinados de la vida; porque es adaptabilidad para todo, en un vasto sentido en que no hay cosa que no se adapte a las otras: inadaptabilidad humana que se cree movimiento bien orientado o se orienta como si fuese útil.

Y prejuicio clásico el que proviene de una selección superior; y se pretende hacer servir a estados que lo excluyen como humana inadaptabilidad.

S.—¿Cómo llega a formarse?

P.—Son múltiples los motivos que llegan a constituirlo, y por consiguiente, las formas en que lo consiguen: la necesidad de la afirmación para el objeto inmediato de satisfacer un acto interno o externo, se vincula con la natural incapacidad de explicar los nexos trascendentales del acto exigido al espíritu. Y entonces se asume una actitud provisional que sigue siendo aplicada a circunstancias semejantes, hasta echar raíces en generaciones enteras cuyos objetivos de civilización han cambiado y contribuido a alterar esas circunstancias análogas. Es, pues, por un conflicto como llega a constituirse el prejuicio; pero en el prejuicio clásico la ignorancia es hipótesis: y es evasión de los tópicos inexplicados, o, simplemente, de los tópicos inexplicables.

Y después, ¿quién se atreve a juzgar los diversos valores de los prejuicios clásicos sin saber qué son y cómo se han organizado?

Pero es tiempo ya, amigo Suetonio, de contestar a la tercera pregunta: ¿cuáles son las razones psicológicas del prejuicio clásico? Las hay múltiples: 1a. toda actitud asumida tiende a conservarse; y lo consigue más en mejores circunstancias del medio; 2a. a mayor conservación de las actitudes psicológicas corresponden menor deseo y aptitud de explicarlas; 3a. a menor deseo y aptitud de explicar un estado, mayor probabilidad de conservación del mismo, porque la razón todo lo multiplica y transforma en su desenvolvimiento; 4a. la ignorancia, que es el estado más vasto del espíritu, provoca la pereza mental; ésta, la mayor conservación de los prejuicios de todo

género; 5a. los compromisos psicológicos creados con el prejuicio, en particular con el prejuicio clásico, ya que es el más doloroso en sus planos de sensibilidad superior, tiende a caracterizar la pretendida inmovilidad escolástica; y, por esta razón, toda mutabilidad es contraria a la conservación de los prejuicios iniciales que forman los sistemas conservadores y liberales, que son la riqueza moderna de los espíritus; y 6a. puesto que el deseo de conservación, la repugnancia de explicar las actitudes más organizadas y más estables, el aliciente de la pereza que presta la ignorancia, y la simpatía que tiende a conservar los prejuicios iniciales de los sistemas en la conservación del todo, son mayores que las capacidades de remoción, por lo general, la historia de la mentalidad es, en su mayor parte, la estadística de los prejuicios de todo género, a base de los prejuicios directores o clásicos.

S.—Y entonces ¿cómo por aceleración no se ha llegado a nulificar todo sentido de remoción de los valores?

P.—Amigo Suetonio, si los recursos de evolución sólo fuesen particularmente humanos y los humanos sólo estuviesen circunscritos dentro de las modernas capacidades conocidas, o que se pretenden conocer, la máxima ignorancia que es dado imaginar, habría vencido por aceleración todo intento de conocer el mundo. Pero no es así, y por ello es preciso creer en la posibilidad de llegar a anular el prejuicio con la acción del mismo conocimiento contemporáneo, en compañía del progreso de las siguientes épocas.

Pero ¿no es tiempo ya de explicar cuáles son, a mi juicio, las consecuencias de los prejuicios clásicos, que es la cuarta pregunta por contestarte, oh Suetonio?

S.—En efecto, querido maestro Paulino, pero, ¿podría hacerte una última pregunta sobre la tercera proposición?

P.—Las que gustes, Suetonio.

S.—¿Es preciso entonces dar mayor sentido y méritos a lo conocido que a lo desconocido, si este último, a pesar de su mayor grandeza aparente habrá de ser sustituido por un conocimiento final y absoluto?

P.—Ingenioso Suetonio: para contestarte con alguna satisfacción de mi parte, esa pregunta, tendría necesidad de que conversásemos otra tarde sobre los valores fundamentales del conocimiento; y que leyésemos juntos mis *Valores fundamentales de la razón*. Mas lo primero será posterior a mi discurso sobre la *Metafísica de la unidad*, en que te descubriré las dificultades de la razón consecuente y la posible orientación de la filosofía futura.

S.—Tendré mucho gusto de hacer lo que digas, querido maestro.

¿Cuáles son las consecuencias de los prejuicios clásicos?

P.—Si los prejuicios son consecuencia en particular de la ignorancia y la pereza, las consecuencias de ellos mismos son engendro indirecto de ambas. Y la pereza con la ignorancia engendran la inactividad, en primer lugar: y en segundo, la viciosa actividad del mal, que se ramifica en vicios orgánicos y espirituales. ¿En dónde encontrar, por ejemplo, las causas del arte morboso, que tanto han preocupado, con singularidad, al pueblo galicano? En el prejuicio de la voluptuosidad artística, que en Grecia no era prejuicio, y parecía una estatua purísima de mármol cincelado con la mano misma de la salud mental y orgánica. Y siempre que se intente la aplicación de un estado ajeno a las circunstancias a que se desea adoptar, da consecuencias similares: el desacuerdo, la disipación de toda energía.

S.—¿Es decir que esas consecuencias se reducen a la disipación de fuerzas? ¿Bastará, entonces, ver esta disipación en la mente y la carne para señalar como causas, posibles prejuicios adquiridos o ingénitos?

P.—Para aceptar eso, habría necesidad de extender la acepción de la palabra *"prejuicio"* a las fuerzas orgánicas e inorgánicas que se disipan; y aceptar como capaz de juicios y prejuicios a la materia inorgánica, que, si se atiende a la continuidad de las leyes, no es cosa imposible, antes bien, muy probable y racional. Sin embargo, no conviene atribuir toda disipación al prejuicio; a veces un prejuicio implica aglomeración de energías disipadoras, y ¿por esto se va a concluir que toda aglomeración es consecuencia del prejuicio? Sería concluir demasiado.

S.—¿Pero en qué se distinguen como elementos destructores los prejuicios clásicos de los otros?

P.—Suetonio, haces bien en dirigirte al punto primero: las consecuencias de los prejuicios clásicos. La tarde se aleja en el horizonte; el paso de la fuente se oscurece y temo las vacilaciones de mi vista octogenaria a la única luz de las estrellas. ¿Hay muchas nubes en el cielo, Suetonio?

S.—Maestro, un rebaño de tenues nubecillas tintas va de oriente a occidente; las estrellas ya asoman curiosas, sobre el ánfora del lago, sus rostros trascendentes e ingénuos.

P.—Hijo, bien marcha esta dulce primavera. Mas volvamos al problema: tu brazo suplirá las ausencias del tiempo y de la noche; y las ausencias de mis años, sobre todo.

Los prejuicios clásicos atañen, capitalmente, a las clases directoras; de una manera muy efectiva e indirecta, a las masas. Si no fuera muy efectiva en las muchedumbres, sus consecuencias serían reducidísimas y, en este caso, habría necesidad de atender con mayor solicitud a los prejuicios vulgares. Pero no es así, y esto, o simplifica el provecho aristócrata de las

masas a traves de las clases directoras, o lo complica cuando el mal de esas masas se hace en mayor escala a traves de ellas.

Lo mismo ocurre con una locomotora. En la palanca que dirige sus movimientos están, en cierto modo, su mayor bien o su mayor mal; si se maneja con prudencia y conocimiento, el tren marchará normalmente; de otro modo la violencia suplirá al orden y la seguridad...

El lago es todo una vasta placa dorada. El anciano filósofo se levanta del césped y es conducido del brazo por Suetonio, a lo largo de la ribera... Se oyen los clo, clo, clo, armoniosos de los sapos, y el revuelo de las aves crepusculares de los árboles floreciidos.

El céfiro ha montado las barbas blancas del anciano sobre sus hombros.

. El anciano señala repetidas veces las aguas bruñidas de la lejanía...

SEGUNDA JORNADA

Van a ser las seis de la tarde. Una lancha hienda las aguas, despaciosamente, siguiendo las sinuosidades pintorescas de la ribera. Dos abisinios hercúleos, uno en proa, y otro en popa, dirigen la barca. En el centro se ven dos siluetas latinas como en un viejo medallón romano: Paulino y Suetonio. Las barbas del viejo filósofo flotan en el viento, parlero. Suetonio escucha, reverente y aristócrata, con esa aristocracia real de las nobiezas latinas, la palabra enigmática del maestro.

El crepúsculo es pálido y borroso como las caras de una moneda milenaria.

Paulino.—Te decía, dulce Suetonio, que el problema de la unidad ha puesto inmensas dificultades entre los hombres pensadores. Así es, hijo mío.

¿Se ha definido lo que es la unidad? Sin definirlo, ¿habrá sido posible establecer sus relaciones con las otras ideas fundamentales y directoras de la historia? Pues bien: yo afirmo que no se ha definido y que, por consiguiente, no se sabe qué relación tiene un exacto criterio de la unidad absoluta con todos los otros problemas de la ciencia, el arte y la filosofía. Y más, todavía: afirmo que la razón siempre ha supuesto la constitución fundamental de su naturaleza como un ente *uno*, sea cualquiera la definición que se haya aceptado, de antemano, de la unidad pura.

Suetonio.—Luego ¿el edificio entero del conocimiento descansa sobre un vario, incongruente y difuso criterio de la unidad absoluta, sobre un prejuicio clásico múltiple y caprichoso? Y, como todo lo posterior depende de ese prejuicio, ¿no se pueden herir las consecuencias fundamentales que se le han sustraído, sin negar por entero las licencias iniciales que supone, y viceversa?

P.—Te adelantas con plausible aplomo, Suetonio.

Y si la iniciación es hipotética ¿sus consecuencias pueden ser reales? No, en efecto. Pero de ese prejuicio clásico, el más grave, jamás se ha separado la mente humana. Empecemos por la palabra. ¿Cuando decimos *la palabra* no suponemos la simplicidad fija de un ser? No se puede hablar sin suponer estos primeros elementos simples. Y bastaría hacer un grosero análisis científico de los órganos del lenguaje para reconocer que en lo material todas las palabras son perfectamente divisibles en partes múltiples, que no se repiten nunca. ¿No estará la simplicidad, entonces, en el sentido de los diversos elementos de la lengua? Habría diversas simplicidades, totalmente diferentes, pero que tendrían algo de común: lo simple. Esto es, pues, contradictorio en absoluto. Luego, ¿por qué suponemos tantas cosas fundamentales contradictorias; y después somos capaces de verter la sangre por una idea? Detrás está el gran prejuicio: la unidad, cuya existencia parece un mito perfecto, la perfecta *multiplicidad simple* y aplicable a la diversa noción del mundo interior y exterior.

Pero internémonos más en el espíritu. La razón ¿no supone en absoluto su unidad; no es una cosa inexacta, fuera del tiempo y el espacio? Supone la unidad puesto que es *la razón*, pero tiene *diversas* capacidades, analíticas y sintéticas, retentivas, metódicas, dogmáticas, liberales: todas éstas dentro de la idea, la pasión, y la mixtura de ambas. ¿Qué es esto, pues? Pero *la razón* sigue siendo para los más grandes pensadores, *una*, sin perjuicio de su evidente multiplicidad. Este error es universal; o no es error, y en este caso el milagro, esto es, lo contradietorio, es la naturaleza del mundo asequible a la mentalidad del hombre contemporáneo. Esta conclusión, sin embargo, ha sido evadida con entero espíritu dogmático por todos los filósofos conocidos, inclusive por Heráclito, si se examinan sus ideas con entereza. La historia de la filosofía es, o podría presentarse, como la estadística de las evasivas fundamentales.

S.—Maestro ¿has intentado definir la unidad?

P.—Sí; mis afirmaciones no se justificarían si no lo hubiese intentado. Pero antes estudié las definiciones expresas e implícitas de los grandes filósofos: no me satisficieron, y esto fué motivo para que tuviese el derecho y el deber de responder a las exigencias especulativas de mi espíritu. Y concluí los siguientes caracteres de la unidad pura: 1o.: es indivisible; 2o.: no es idén-

en informes jeroglíficos. La barca, con sus cuatro siluetas humanas, huye, sobre las aguas oscuras, como una visión fantástica de ultratumba. Juega un animal nictálope en la ribera...

TERCERA JORNADA

Paulino y Suetonio llegan, por fin, a la cima del monte, despejado. Es el alba y tiembla un rumor de golondrinas en el aire, latino. En el cielo hay una fugaz coloración violeta, como la túnica de un favorito del Papa. Bajo el árbol de la cima, la fuente ora una sonata armónica. El sol se adivina sacerdotal en los confines del lago, sereno y pensativo... El viejo octogenario siéntase, con Suetonio, bajo el árbol, en la humedad transparente de la hierba. Y sigue un trío de voces en la cima: las del maestro, Suetonio y el manantial, bullidor y cristalino...

Suetonio.—Descansa, dulce maestro: la cuesta es dura. ¿Sientes fatiga, maestro?

Paulino.—Tu brazo es suave y fuerte, Suetonio. Fatigado estás con tu doble jornada. Descansa, Suetonio, y la voz de la fuente despertará después las inquietudes trascendentes de tu espíritu.

S.—Habla, querido maestro, y tu palabra me arrullará más que las voces de la fuente. Tu elocuencia es un arrollo más poderoso y cristalino. ¡Cómo arrebatan al espíritu las grandes y originales concepciones! Dulce maestro, habla.

P.—Escucha, cortés mancebo: dentro de la *razón consecuente*, que abarca hasta hoy toda la historia de la filosofía, las más

grandes unidades determinadas son, en primer término, el ser. Es una unidad mental contradictoria que ha constituido una ciencia especial: la ontología. En ella se estudia el ser como tal, aplicado a las imaginadas extensiones e inextensiones temporales y no temporales del mundo. Después, la unidad del bien opuesta a la unidad del mal, y circunscritas ambas en la ciencia ética. Luego, las unidades de la verdad y el error. Pero las principales unidades imaginadas dentro de la misma unidad preliminar de la *razón consecuente,* son la unidad pura de la afirmación y la unidad de la negación. Cada palabra que determina la existencia de cada unidad implica indefectiblemente la absoluta simplicidad del objeto denominado: así consta en los escritos de los hombres, de modo expreso o tácito.

Si atiendes observarás adonde quiere conducirte mi palabra sin mayores rodeos, ya que estás liberado de las insustanciales paráfrasis contemporáneas de la razón.

S.—Ya entiendo, Paulino. ¿Deseas que aplique los juicios preestablecidos en las dos jornadas anteriores a la nueva afirmación de que son tales y cuales las más notables unidades de la filosofía, el arte y la ciencia? ¿Y que, en virtud de esa aplicación, tenga presentes esos juicios?

P.—Ha sido, pues, inexcusado mi llamamiento. Quería ver hasta qué punto seguías mi discurso, penetrante e ingenioso Suetonio.

Pues bien: yo afirmo ante el tribunal de la historia que el ser no es *uno:* es múltiple y sus partes infinitas son diferentes en lo que no son totalmente idénticas. Y acuso a la historia misma de no haber exigido la inmovilidad o abandono absoluto de esa unidad contradictoria, o de no haber solicitado a los filósofos su uso absolutamente conforme con los juicios preliminares: los de la unidad invariable del ser en sí mismo. Mas si hubiese solicitado esto último no habría podido esquivar el pensamiento la contradicción que entrañan esos juicios; y la historia se habría visto forzada, como ahora, a aceptar la contradicción de la unidad del ser en su comercio mental.

Por lo tanto, el ser es un abanico infinito cuyas varillas no son una misma cosa en su cualidad de ser; y llegan, a veces, a una absoluta oposición inimaginable. De otro modo la monotonía sucedería a la suprema variedad del Kosmos. ¿Qué dificulta por otro lado, que el mundo sea mucho más complejo de lo que se ha imaginado hasta aquí? El universo es infinitamente complejo.

S.—Pero si es infinitamente complejo ¿qué proporción y variedad de varillas del abanico determina la afirmación de que *es* infinitamente complejo?

P.—La contestación a semejante pregunta, Suetonio, está *en potencia* en la afirmación; no importa que yo la conteste o no.

Y donde se ha dicho *ser,* las varillas correspondientes han cruzado la realidad indefectible de las leyes del mundo. ¿O es que las ha podido cambiar la historia con su natural reducción proporcional y justa para apreciar las cosas? Por eso, Suetonio, todas las cosas se manifiestan absolutamente en su oportunidad. El eclecticismo ya ha escogido de todas las ideas las que más han convenido a un momento de evolución. Yo las justifico todas, por entero, así como el universo las ha producido todas. ¿Te basta el argumento? Pues bien: sin embargo, es preciso aceptar la divergencia y el cisma, por el mismo motivo.

S.—¿Entonces el *ser* podría llamarse *no ser* en multitud de sus infinitas partes? ¿No es, pues, la lengua, la forma más o menos simple de enunciar al espíritu las radicales diferencias del mundo, en virtud de nombres que las identifican, como si se tratara de un haz de entidades diferentes atadas a un mismo nombre, con propósito de facilitar su comercio mental? Si esto es así, venerable, los defectos que atribuyes al mundo en la explicación *consecuente* de sus fenómenos, ¿no pertenecen de modo exclusivo a la lengua, que es un simple convencionalismo simbólico, sin entidad real?

P.—Los convencionalismos, hijo mío, son trascendentes manifestaciones de la naturaleza, y tienen su íntima conexión con todo. ¿Podrías forjar un convencionalismo fuera de los talleres del mundo? Pues mira, Suetonio, si la unidad pura, tal como la he definido, no existe en la lengua, jamás sus símbolos convencionales serán consecuentes consigo mismos. Y entonces, ¿por qué estamos necesitados de expresar realidades consecuentes del universo, con símbolos contradictorios por naturaleza? Y la mente se mueve a base de símbolos, de la vasta lengua simbólica del espíritu.

S.—De manera que mientras el espíritu no esté capacitado para trabajar sin el concurso de los símbolos, ¿habrá de estar reducido por fuerza a la aceptación de la verdad contradictoria que enuncias, Paulino?

P.—¿De qué otro modo solucionarías la dificultad?

S.—En verdad, no lo sé, venerable.

P.—Pero si no estuvieses conforme con la solución de tu maestro, anda a los arsenales de la ciencia, o del arte y la filosofía, y traeme la más ínfima verdad consecuente, de modo absoluto, que haya adquirido la historia. Así tornamos los papeles: estoy en el perfecto derecho de exigirte la demostración opuesta. ¿Me traerás acaso una fórmula química por la cual un fenómeno está obligado a manifestarse de un cierto modo consecuente? ¿A quién se le presentará el fenómeno en idénticas circunstancias que a los demás? Se necesitaría que todos fuesen *uno* mismo, permanentes, en un solo momento, en un solo medio invariable. De lo contrario el fenómeno se manifestará de modo

semejante en las diversas oportunidades en que se observe; o desde sus puntos de vista diferentes en el mismo instante en que ocurra. Mas ¿puede ser, por otro lado, consecuente consigo un fenómeno que es divisible y cuyas partes diferentes no se sabe en qué punto se unen, ni cómo se unen, puesto que toda unión implica un contrasentido consecuente?

S.—Y, ¿para qué sirven entonces las leyes de la dinámica y de la química? ¿No se construyen locomotoras útiles y drogas prontas a extirpar las enfermedades? Si no se repitiesen los fenómenos en el mismo sentido en que son descritos por las fórmulas ¿no estaríamos en peligro de perecer a cada momento en virtud de falsas aplicaciones?

P.—Escucha, Suetonio. ¿Piensas que las oscilaciones de variación habrán de ser siempre perceptibles a todo el mundo? El márgen de las variaciones es infinito en un cabello. La droga aplicada a Camilo, quien tiene tal número y género de cualidades, variables constantemente, no reaccionará de modo idéntico en los intestinos de Numa. ¿Piensas que la matemática locomotora no lleva un infinito de variaciones visibles, en cada milímetro de su duro organismo metálico? ¿Querrías que al variar así todas las locomotoras se descarrilasen?

Grato es para mí, oh Suetonio, que hayas conducido mi discurso a la exactitud consecuente de las ciencias concretas: ningunas más aptas para el análisis de los problemas metafísicos.

S.—Tu me has impelido a ello como si persiguieses únicamente los problemas más difíciles, y fuesen, oh maestro, las dificultades mayores, los más poderosos surtidores de tu elocuencia.

P.—Hijo mío, se hace tarde, y preciso es dejar para otro día el examen de las otras grandes unidades. Basta por hoy haber analizado el valor de la unidad primitiva del *ser*. ¿Te es grato el rumor de la fuente? Pues quédate, hijo mío. Tu anciano maestro descenderá la dulce vereda en una vaga contemplación...

S.—Espera, maestro. La voz de la fuente es grata a mi espíritu. Pero tu compañía, oh venerable, en el silencio enseña las musicales idealizaciones de una fuente nueva, más fresca y más clara. Aguarda, maestro...

El sol asciende como un Sumo Pontífice. Las quillas cortan el agua, luminosa, como peces enigmáticos. Paulino, del brazo espiritual de Suetonio, desciende, como una estampa beatífica, — a orillas del arroyo, — mística y evocadora. Soplan tumultuosos los vientos africanos del sur.

CUARTA JORNADA

La luna está prendida en el cielo como un relicario. Las estrellas parecen pupilas errantes. A ambos lados de la calleja central del jardín, las blancas estátuas, damasquinadas de la temblorosa luz del cielo, parecen místicas ilusiones nocturnas; y las hiedras que las abrazan, exóticos arabescos esculpidos en altos relieves sobre las blancas formas de mármol... Las voces de Paulino y Suetonio emergen de la glorieta de juncos, como voces misteriosas de los espíritus... Y pueblan el jardín recuerdos seculares de las remotas civilizaciones.

Suetonio.—Virtuoso maestro: ¿no sientes el espíritu adormecido por un vago recuerdo de remota efervescencia de almas? Singular es la noche en este viejo jardín que ha sido viejo testigo de extraordinarias escenas: escenas infantiles de nobles infancias; escenas de odios y de amores románticos; seculares escenas de santos varones y satánicos caballeros, de pajes y esclavos.

Paulino.—Sí, Suetonio: evocadoras son esas regias estátuas; evocador el céfiro, al rumor de las frondas; y el aroma de las flores y los tallos resinosos, evocador como el aroma de un viejo incensario de un templo universal. ¡Se siente este jardín como si fuese un asilo de espíritus de caballeros, damas y esclavos! Y la voz de cristal del agua se esparce en el alma como un

sahumerio. ¿Oyes sus cristalinos suspiros? ¡Bendita sea la divina sabiduría del mundo!

PAUSA

S.—¡Despierta, maestro, de ese hondo sopor, despierta! Me da miedo contemplarte así. Parece que se desprenden las partículas de tu cuerpo y desaparecen luego por los cálices y las frondas. Y siento un vago estremecimiento en la médula de los huesos...

Paulino se incorpora, lívido, como una escultura de cera. Se oye la monotonía de los surtidores como rezos de ánimas en un templo solitario... Y dos lágrimas tiemblan en los ojos latinos de Suetonio. Después, leves sonrisas místicas, se dibujan, una frente a otra, en la penumbra de la glorieta. Hay fugaz rumor de alas agoreras...

P.—Te decía, Suetonio, en la jornada última, que hablaríamos de las grandes unidades posteriores a la unidad del ser. Siguen las de la ciencia ética: la del bien y la unidad del mal. ¿Han circunscrito los moralistas las leyes de la ética en determinadas normas fijas? ¿Ha resuelto la religión el problema de la extraña creación del mal? ¿Es suficiente la existencia del bien para justificar el pecado y el dolor de los hombres? ¿No se ha llegado al exceso extremo imaginando el mal eterno para castigo de un pecado finito? Si las unidades del bien y el mal hubiesen sido, junto con las dos subsiguientes unidades del placer y el dolor, determinadas, la eterna complacencia de los números, equivalentes de modo absoluto, no produciría consecuencias irregulares: el mal jamás sería complemento de relación del bien, porque, la absoluta unidad es solitaria y *única*, y no tiene conexión posible con nada. Y si el bien y el mal son múltiples, ¿en qué punto una parte del bien y el mal dejan de ser ambas cosas por entero? ¿En qué punto el todo de uno y otro no contienen las condiciones totales y particulares que las distinguen de él? Bien y mal son dos palabras múltiples que pretenden determinar múltiples significados, Suetonio.

S.—¿Son otros dos abanicos cuya unión se ignora, y cuyo apartamiento también se ignora, con dos simples símbolos que los determinan en el espíritu? ¿Dos abanicos que no son dos

sino en virtud de una licencia gramatical? ¿Y que podrían llevar en cada una de sus varillas infinitas un nombre que determine esencias totalmente distintas? ¿Tan distintas como dos universos distintos? Es asombroso, maestro. ¿Y cuántas combinaciones éticas pueden sufrir estas infinitas varillas? ¿Se puede ser, entonces, malo, bueno, una entidad situada más allá del bien y el mal; otra más acá; otra, todavía, situada más allá y más acá de éstas; y así hasta el nifinito? Jamás la mente humana ha imaginado mayor complejidad ética; jamás lo sospecharon los hombres, ¡oh maestro!

Ahora comprendo cómo te atreviste a circunscribir la historia del espíritu humano, en su inmenso conjunto, dentro de una sola época incipiente y preliminar.

P.—Lo vas entendiendo todo, singular Suetonio. ¿Podrías hacer una aplicación astronómica del mismo principio de multiplicidad diferencial?

S.—¿Te refieres a la monotonía de los sistemas solares, repetidos hasta lo infinito, sin más diferencia que la de los tamaños, sometidos a idénticas leyes y a idénticas formas correlativas? Sí, es indudable. El mundo no puede ser tan monótono; es preciso que las mismas leyes de la armonía de formas y contenidos sean particulares manifestaciones del mundo, infinitamente vario. Más allá de los soles y sus satélites hay otras esencias distintas, a las cuales corresponden otras ciencias superiores, o inferiores a éstas. ¿Por qué hemos de pensar que la forma más perfecta del universo es la esfera? ¿Porque nosotros no conocemos otra superior? El hombre es la medida de su comprensión; y no eleva su entendimiento sino en su propia naturaleza humana, limitada y siempre egoísta. ¿Y sin embargo no encuentra el hombre mayores revelaciones a medida que avanza en sí mismo? Preciso es conformarse con nuestro antropocentrismo crónico y natural; pero también hay que ampliarlo.

P.—Suetonio, ¿ves romperse ahora los límites de la filosofía, el arte y la ciencia contemporáneos? ¿Qué se hicieron esas ciencias, rígidas, esos taxidermistas de los fenómenos universales; qué se hicieron las momias del arte? Hijo mío, el mundo es infinito. ¿Cuántas veces se ha dicho esto en la historia? Y sin embargo el sentido de esa palabra jamás será comprendido. El infinito es una inmensa espora que sorprenderá siempre por sus frutos inesperados. ¡Me estremezco al pensar que estas mismas palabras son una oscura clasificación del infinito...!

S.—Y, por consiguiente, ¿jamás se llegará a saber lo cierto? Así vana es toda especulación, Paulino.

P.—Si los hombres han especulado, y siguen especulando, no es por vano capricho. ¿Podríamos pensar en la vanalidad del mundo? No importa, Suetonio, que el hombre no esté en condiciones de explicarse todos los resortes que mueven sus faculta-

des, si éstas existen y se ejercitan. ¿Pues no es el hombre la misma naturaleza? ¿No es un maravilloso enigma cuyas manifestaciones siempre están proporcionales al todo? No encuentro otra cosa mejor que especular y por eso me ejercito en la especulación. ¿Quién me inculpará?

S.—Pero, ¿te han desviado mis palabras, maestro?

P.—Ahora, hijo mío, siguen las unidades de la verdad y el error. Hay una palabra que ha ocultado siempre la multiplicidad ilimitada de lo verdadero y de lo erróneo: lo *relativo*. ¿Qué es una verdad relativa? Una verdad que para el mundo es un error absoluto. Y un error relativo es aquel que es una trascendente verdad. ¿Por qué estas consecuencias híbridas? El mundo no puede tener errores ni verdades a medias, Suetonio.

Mas, por otra parte, ¿es posible el error en el mundo? ¿No se manifiesta todo rigurosamente? Esta segunda dificultad sería admisible si el error fuese una unidad absoluta. ¿Cabría confundir una cosa que no tiene caracteres semejantes con nada? Aún más: ¿está capacitada la unidad de la razón para contener, sin dejar de ser simple e indivisible, la unidad del error y la unidad de la verdad; y para el propósito de juzgar si sus objetos son verdaderos o erróneos? ¿Qué identidad o semejanza podría existir entre unidades y entre unidades y objetos múltiples?

S.—Y sin embargo; ¿a qué aspiras con la elocuencia de tus discursos¿ ¿No es a la verdad?

P.—Busco lo que debe buscar en potencia mi espíritu: no la verdad *una*, como parece exigirlo su determinación simbólica en la lengua.

S.—Continúa, maestro.

.—Amigo Suetonio: quisiera vivir en esta glorieta nocturna, contigo, en eterno momento espiritual. Sin embargo, el infinito mundo es soberbiamente múltiple, y nos obliga a una múltiple peregrinación que jamás termina. ¿Sonríes? ¿Piensas en la unidad de la muerte? Lo he comprendido.

Pero ya las sombras se arropan en las matas, los surtidores y las blancas estátuas de mármol. Y la luz de la luna juega al escondite, tras las nubecillas gentiles. ¿Lo ves, Suetonio?

S.—Dulce maestro: ¿por qué tiñes tu alma de esa blanca nostalgia? ¿Y luego, insinúas, espiritual, la eternidad múltiple de la vida?

P.—Hijo mío, ningún sentimiento es incompatible con los demás. ¿Entiendes por qué pecan las religiones *consecuentes* de estrechez en sus medios y finalidades? ¿Qué ofrecimiento consecuente pueden hacer los templos a la virtud y el vicio? Por todo verás dilatarse ahora el horizonte del conocimiento. ¿Pero no es tarde ya, hijo mío?

S.—¡Oh, maestro!

Paulino y Suetonio, descienden, pausados, la escalinata de mármol. Y se ocultan por la enramada sacerdotal y enigmática, en los recodos espirituales de la vereda. El jardín parece un oscuro blasón latino...

QUINTA JORNADA

A orillas del lago, la quinta romana, como un santuario. Las columnas de pórfido, en el corredor, como adustos monjes con rosarios de enredadera en las redondas cinturas charoladas... ¡Desde el jardín llega un suave orar de fontanas! Dos leones africanos de mármol, resguardando la escalinata, de cara al horizonte enigmático. Lejano remar de líricas velas... ¡Y hay un susurro de frondas cabalísticas...!

Suetonio, de pie sobre la escalinata, espera al viejo maestro, inquiriendo, con la mano sobre los ojos el camino de las velas, lejanas. La túnica se le pliega en las piernas, a impulsos del céfiro, patriarcal.

Suetonio.—Dame la mano, venerable; la barca oscila y puedes caerte. ¡Abisinio, ayuda al maestro!

Paulino.—Escúchame, hijo mío; nos retardó un pequeño accidente. Se me calló el anillo en el remanso, frente a Pompilio. No lo pudimos sacar. Algún pez de cristal se lo tragaría. De seguro que si pudiese nadar hubiese perseguido a esos voraces transparentes... Decía mi abuela que tenía añejas virtudes: sin duda era virtuoso mi anillo; ¡lo cuidaba tanto como en recuerdo de mi legendario abuelo!

S.—Me tornaré pescador, viejo maestro. Y convocaré a mi red a todos los peces del remanso. Mas, ¿qué me darás a cambio del anillo, Paulino?

P.—Mi hija menor, Suetonio. Y las carnes de cristal del pez constituirán el plato cabalístico de la boda...

El rubor se prende de las mejillas de Suetonio como una flor de sorpresa. ¡Paulino lo sabe todo!

Momentos después, ambas siluetas se sientan, espirituales, en el fondo amplio y feudal del corredor, bajo un rudo ramillete de espadas...

Cambia el asunto de la conversación; y se oye un eco de voces metalógicas...

P.—Siguen, despechado Suetonio, las unidades trascendentes de la negación y la afirmación; estas son las que más interesan mi instinto, porque son, precisamente, las que se emplean para juzgar de la materia que se ha creído preliminar en la historia entera de la filosofía: de la existencia o no existencia, de la verdad o el error de los fenómenos. Primero se ha determinado la afirmación o la negación de un objeto; después, se ha discurrido acerca de sus cualidades, buenas o malas; y luego, de la excelencia de la actitud que se debe asumir ante su total determinación y los medios de asumirla para la finalidad práctica o teórica, determinada con tal o cual propósito.

Los fenómenos son o no son, se afirma. Pero ¿con qué objeto es preciso que la negación sea una unidad independiente susceptible de ser afirmada? La unidad absoluta exige que lo que es se pueda afirmar; y lo no determinado, la nada, que no se pueda afirmar en ningún sentido. Entonces, la negación para la razón consecuente es inútil. Lo que es consecuente, la unidad, no necesita de ningún parangón posible en el Kosmos. Descartada así la unidad de lo no existente, queda, todavía, la afirmación, única, indivisible y, sin embargo, aplicable al infinito de diferencias que constituyen los objetos universales. ¿No es esto una evidente inconsecuencia? Pero todas las lenguas contienen, en cada uno de sus términos, la misma dificultad; y la razón misma es la más caracterizada y singular de las contradicciones, Suetonio.

S.—¿La afirmación y la negación determinan, pues, reales existencias múltiples? ¿La primera corresponde a un género de existencias; y la segunda a otro género? ¿Y ambas constituyen otros dos abanicos que no se sabe en qué punto se juntan, y en

qué forma se prolongan hasta lo infinito? En consecuencia, una razón consecuente es un instrumento incipiente del espíritu, una forma bilateral dogmática de apreciar los fenómenos.

P.—Y, en verdad, ingenioso Suetonio, la razón infinita es un poliedro infinito. Los fenómenos no sólo residen en la dualidad del ente contradictorio que he descubierto en todas las esferas del conocimiento: la filosofía del porvenir, desenvuelta por capacidades que no sospechamos siquiera, circunscribirá a la negación y la afirmación, de la segunda gran época de que te he hablado ya, hijo mío, en multitud de formas análogas y, aun diferentes, de modo extraordinario. ¿Comprendes cómo la razón del porvenir llegará a apreciar el mundo? ¡Sólo el haber rasgado el velo de la vestal del porvenir me causa vértigo! ¿Qué me ocurriría si la viese desnuda?

Suetonio, Suetonio: es necesario que las palabras, copas que son abismos, reciban, cada vez más, nuevos tributos de significado. ¿Logrará reunir el mundo suficientes conocimientos para llenarlas? ¡Quién sabe! Dulce Suetonio, ¿habrás aprendido conmigo, siquiera, a dar mayor significado a la palabra *infinito*? ¡Cuánto contiene esta palabra en mi espíritu, y aún está vacía como un abismo, oh Suetonio!

S.—¡Paulino!

PAUSA

. . . . . .

Pasa un velero frente al palacio. Los faroles del barco alumbran la escalinata. ¡Fleta un vago rumor de flautas...! En vasta concha simbólica tirada por dos coleópteros esmeralda, Suetonio y su maestro viajan, taumaturgos, por el éter. ¡Y mariposas y libélulas de cristal escriben profecías apocalípticas por la senda florecida...!

Un esclavo.—Señor, el vino.

S.—Maestro, una copa de vino.

P.—Media copa, no más, hijo mío. Es ambrosía este vino. Más me gustara en las mismas uvas. ¡Es tan lindo su color glauco, o tinto...! En los racimos la dulce embriaguez del vino me entra por las pupilas. ¡Me tiembla el cristal en los labios, Suetonio!

S.—Un racimo, esclavo.

E.—Pronto, señor.

P.—Apretado racimo de ópalo, este, hijo mío. ¡Qué turbio y simbólico!

S.—Maestro, ¿estás cansado? Cuando quieras dormir avísame, Paulino.

El maestro se retira al aposento destinado a sus sueños trascendentes. Suetonio le mira, familiar y sumiso, bajo el ramillete de espadas. Y después, en el silencio de la noche, Paulino y su hija, Leuconoe, se esculpen en su corazón como en un escudo: el amor terreno y la sabiduría patriarcal.